

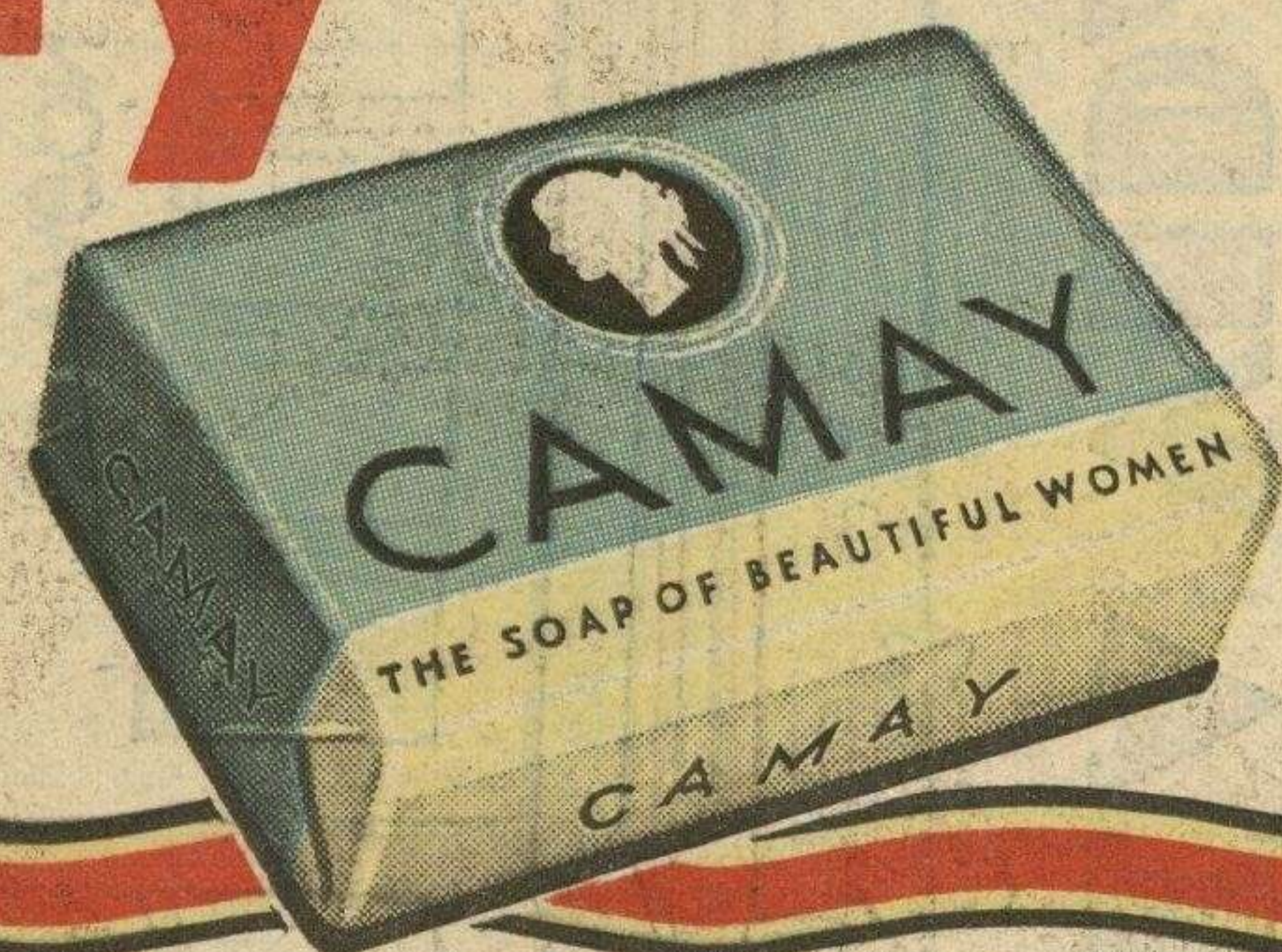
## El jabón de las bellezas

Una sola pastilla de Camay basta para convencer de que **aún** es posible conocer un jabón **nuevo...** un jabón que deje en el rostro la sensación de una delicadísima crema y en el cuerpo la fragancia de un baño de esencias. Y no obstante sus virtudes superiores, no se puede encontrar un jabón tan bueno al precio de Camay.

Todas las mujeres ambicionan un cutis y un cuerpo delicado y atrayente. Todos los hombres reciben el influjo de esta seducción. Camay ayuda a vencer. Camay contribuye a poseer esa apariencia que toda mujer desea y todo hombre admira. Camay tiene una condición aristocrática, pero se caracteriza por su precio popular. Está a la venta en todas partes. Se destaca por su original envoltura, verde y amarilla, cubierta con celofán.

# Camay

el jabón  
de las  
bellezas



# DIARIO DE LA MARINA

SUPLEMENTO DOMINICAL ILUSTRADO

LA HABANA, 8 DE MAYO DE 1938



Myrna Loy

En Este  
Número:



Las Naciones  
y el Espíritu  
de Conquista



Las Lunas  
de Miel  
en  
Hollywood



Juegos de  
Salón



Allan Jones  
Relata Sus  
Experiencias



Temblor  
de Tierra  
Cuento Breve



Myra la Entrépida  
Rod Rian o Trucutú  
y Otras Historietas

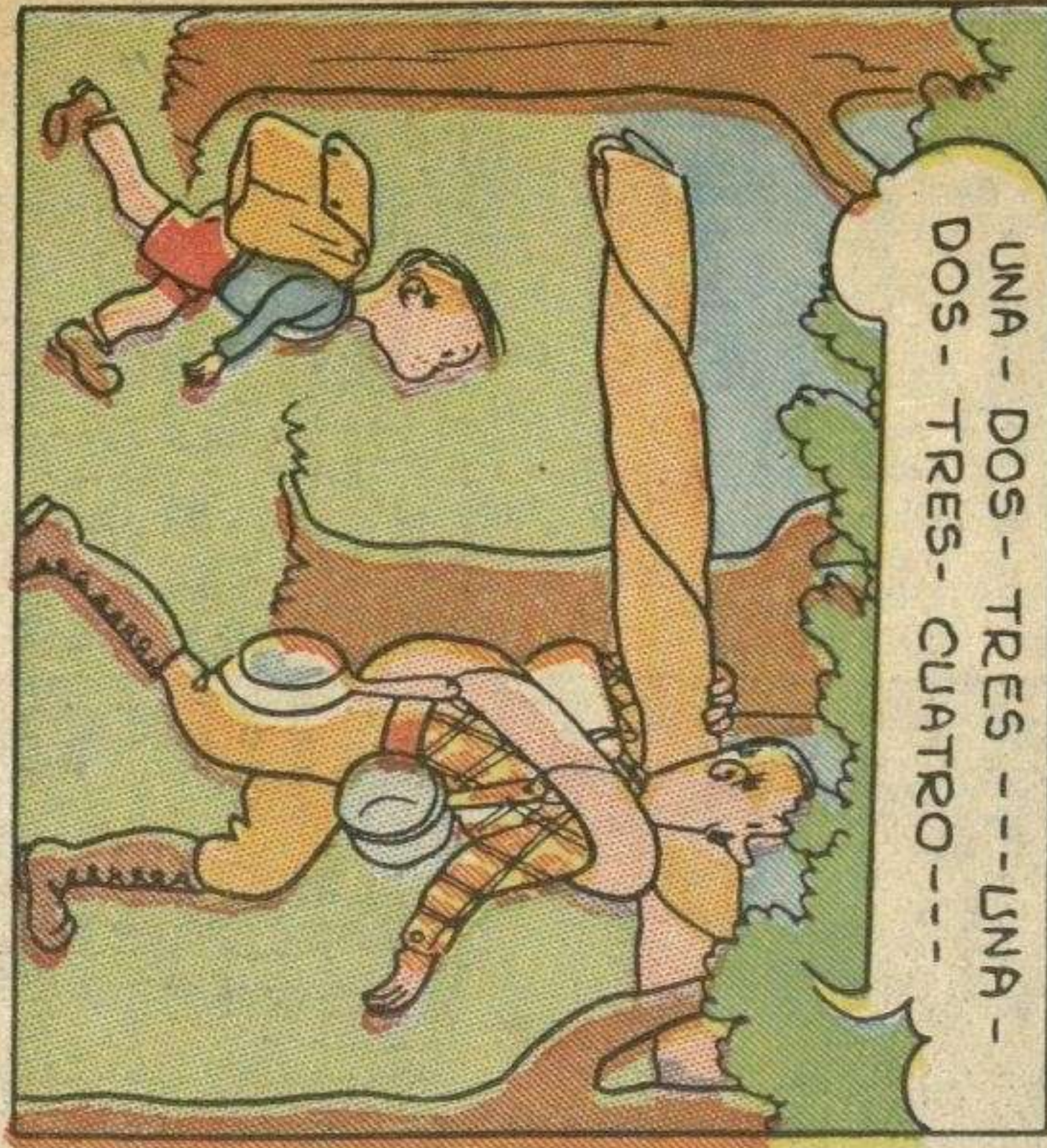




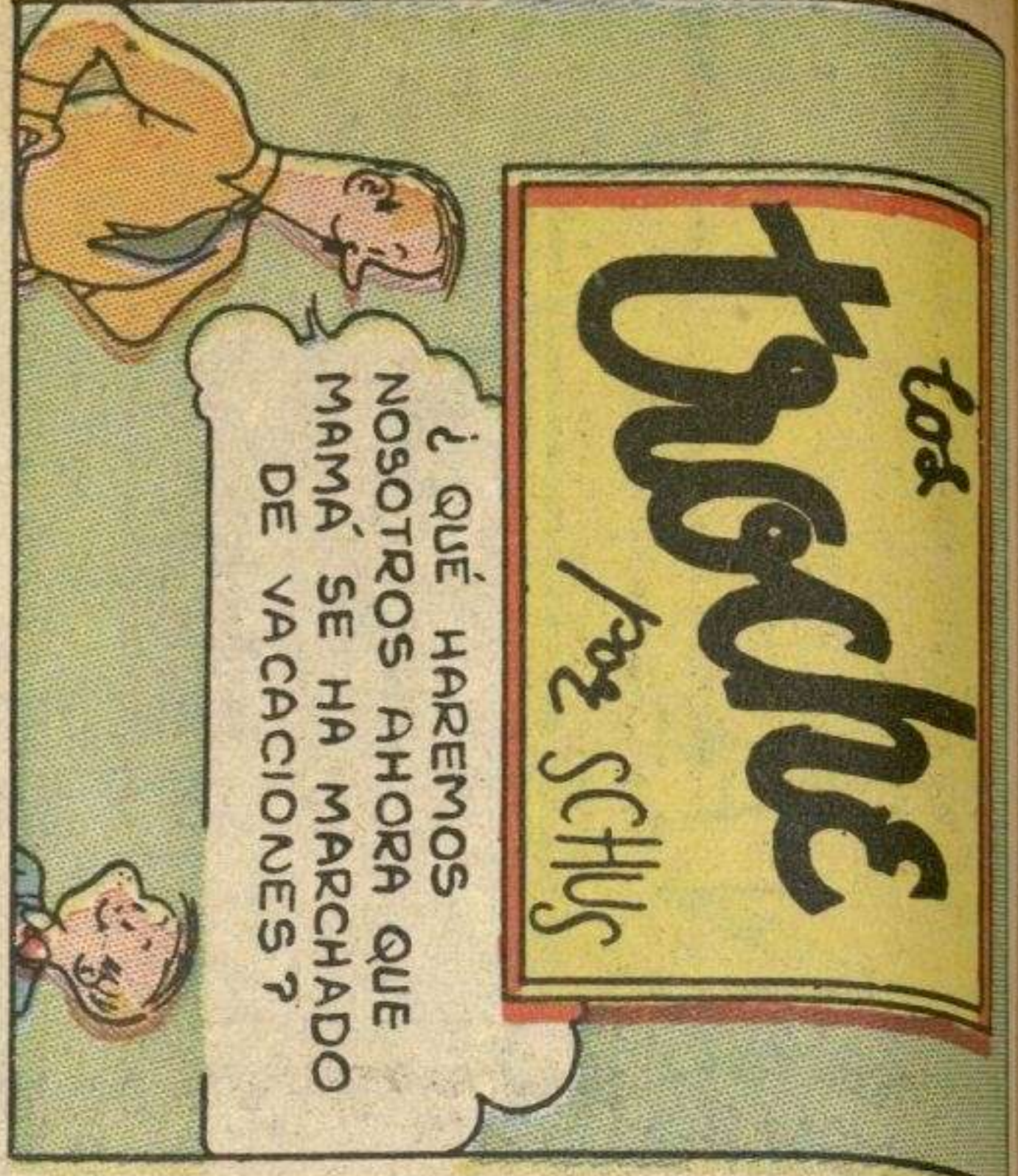
¡ACOSTEMONOS A DORMIR ANTES QUE NOS CHUPEN TODA LA SANGRE!



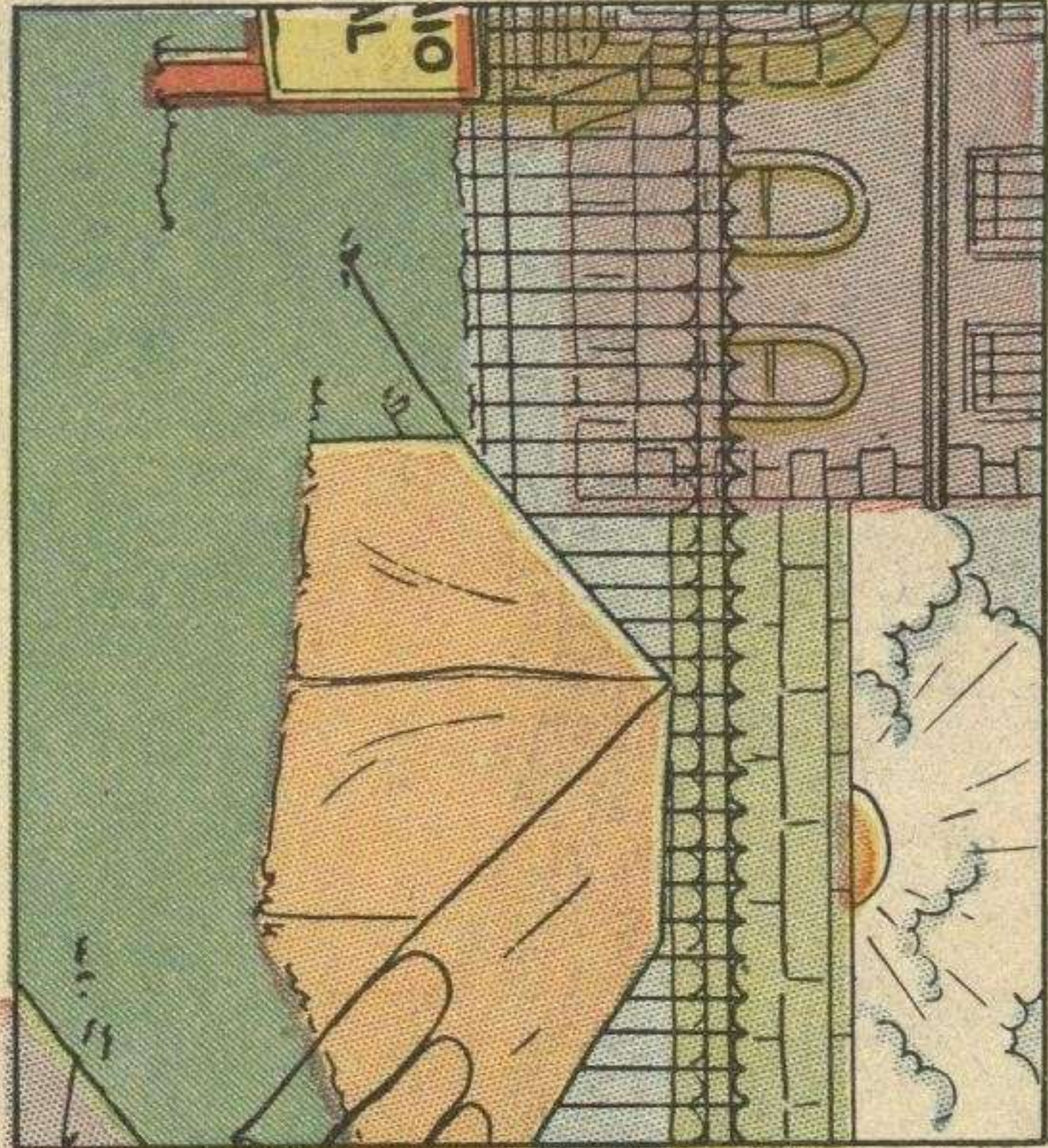
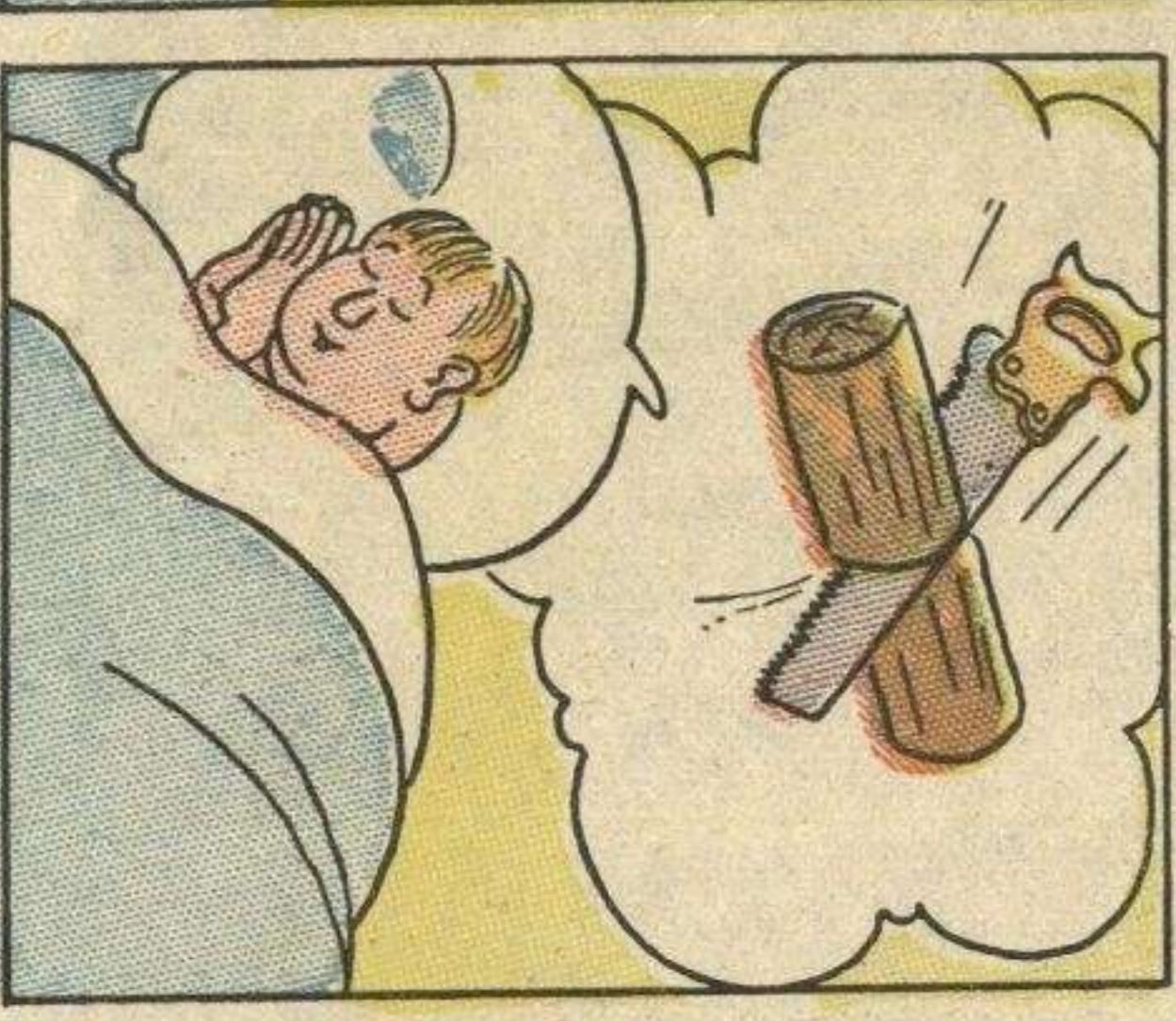
ESTO ES TERRIBLE --- PERDIDOS EN LA SELVA --- SIN CASA DE CAMPANA --- Y NI SIQUIERA TENEMOS LA LUZ DE LA LUNA.



UNA - DOS - TRES --- UNA - DOS - TRES - CUATRO ---



¿QUE HAREMOS NOSOTROS AHORA QUE MAMA SE HA MARCHADO DE VACACIONES?



ESTA MUY OSCURO PARA VER, PARECE QUE ESTAMOS EN UN TERRAPLEN.



¡YO TAMBIEN CREO QUE ES UN TERRAPLEN! LEVANTEMOS LA CASA DE CAMPANA!



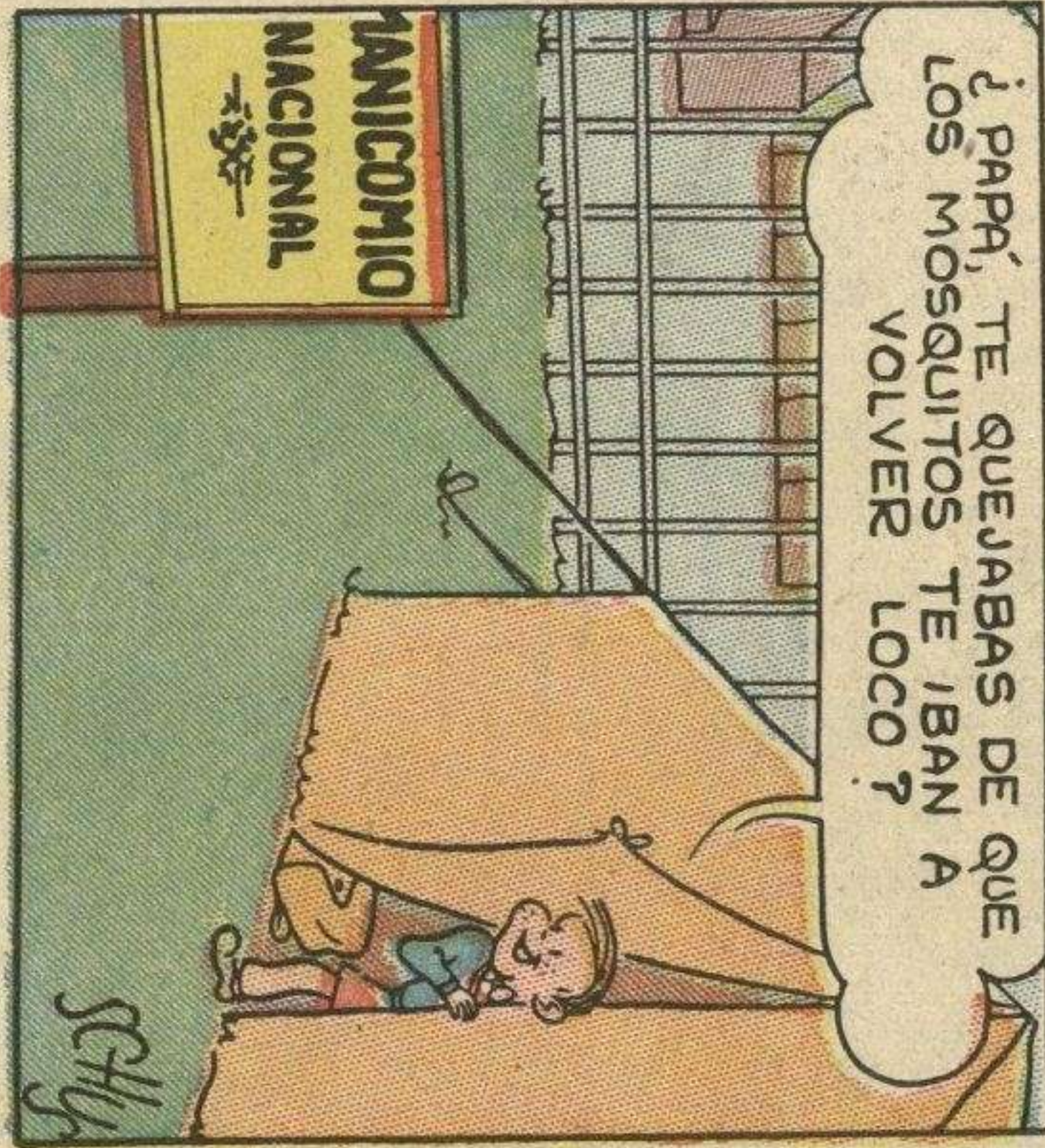
¡DEMONOS PRISA, FRANKQUITO! ¡ESTA OSCURECIENDO Y DEBEMOS MONTRAR LA CASA.

YA ESTOY LISTO. DEJAME GUARDAR EL ABRELATAS



¡PODRIAMOS IRNOS DE EXCURSION AL CAMPO Y LLEVARNOS LA CASA DE CAMPANA!

¡ADMIRABLE, HIJO! ¡BUSCA LA CASA, QUE YO BUSCARE LA COCINA!



¡PAPA, TE QUEJABAS DE QUE LOS MOSQUITOS TE IBAN A VOLVER LOCO?



¡TODO TERMINADO! ¡CARAMBA, ESTOS MOSQUITOS VAN A VOLVERME LOCO!

¡Y A MI! TAMBIEN!



¿PODREMOS SALIR DE ESTOS BOSQUES?

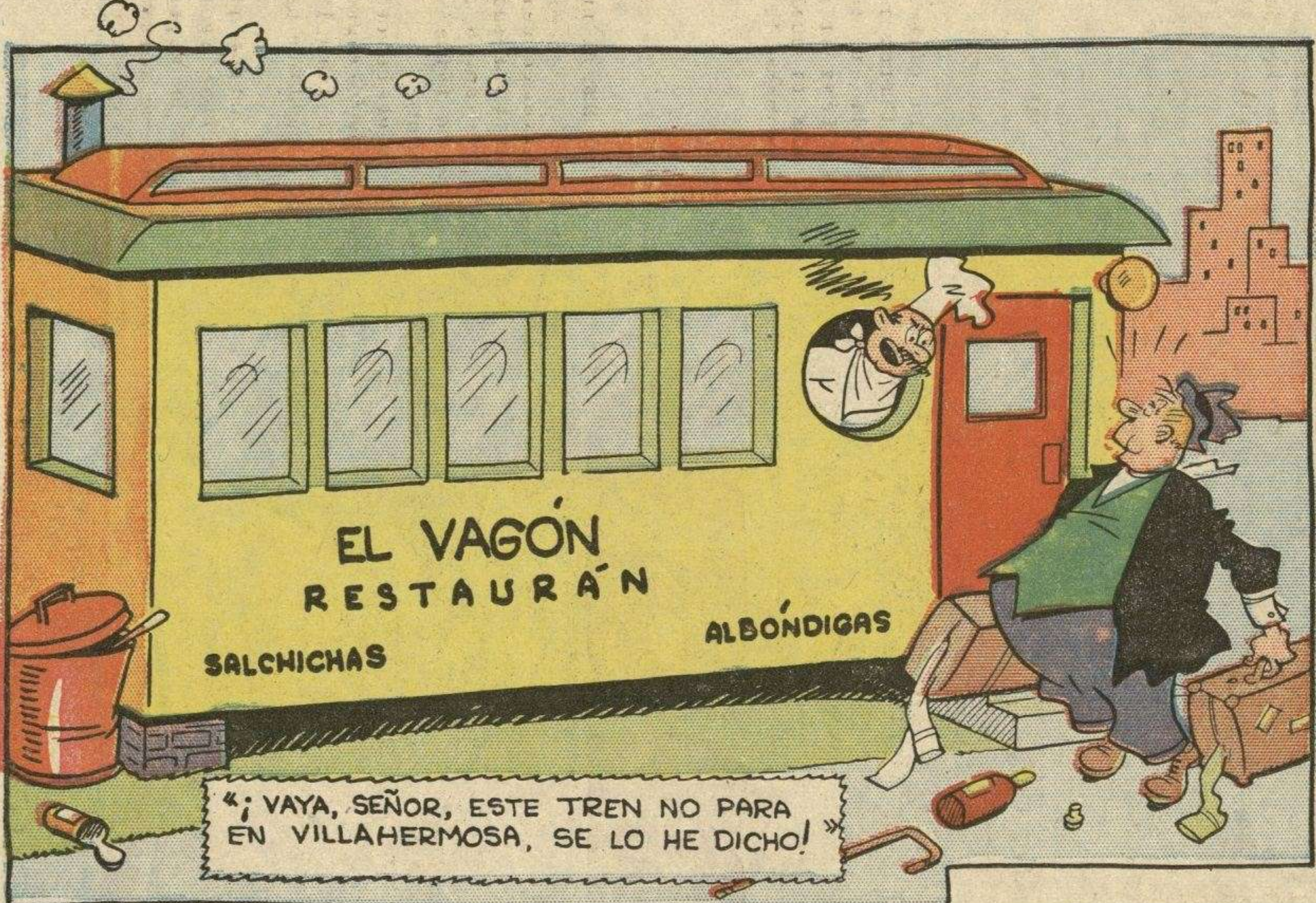
¡NO LO SE, PERO QUI- SIERA QUE SALIERAMOS!



¡ESTA NOCHE LA PASAREMOS EN PLENO CAMPO, RESPIRANDO LAS BRISAS LLENAS DE OXIGENO!

# LA VIDA ES ASÍ...

Por FRED NEHER



¡VAYA, SEÑOR, ESTE TREN NO PARA EN VILLAHERMOSA, SE LO HE DICHO!



«LLEVO 30 AÑOS DE CASADA CON ENRIQUE Y NUNCA ME HA ENGAÑADO. ¡SIEMPRE SE CUANDO ME MIENTE!»



«ESTA NO ES MI ALCAHOLA, ES MI ALCAHOLA VERDADERA, SINO UN CAMOFLAJE»



«¿QUIEN DICE QUE NO SE PUEDE DOBLAR A LA IZQUIERDA? ME PARECE COSA FACIL!»



«HE CREIDO MEJOR QUE CACHIMBO APRENDA A DEFENDERSE SOLO!»



«ME REMUEDE LA CONCIENCIA PORQUE NO SE SI GANA EL DINERO HONORABLEMENTE.»



**Q**UIEN no conoció en La Habana a Sobola, el cómico de la «Alhambra»? Era tan popular en la escena como en la calle; y en una y otra se destacaba por su especial manera de ser, entre ingenua e ignorante, entre brusca y simpática. Al más enojado le soltaba una grosería, y a lo mejor se descolgaba con una salida tan inesperada y chusca, que le hacía largar las tripas riéndose al más serio. Si se pone uno a recordar cosas de Sobola, no tiene para cuando acabar.

Era negado a todo lo que a él le parecía incomprendible o misterioso. No concebía la telegrafía sin hilos, ni el radio —que empezaba en sus últimos días, allá por el 1920...— y entre otras verdades científicas que se les resistían entraba la redondez y el movimiento de la tierra. No obstante, era ingenioso, lo que se dice un hombre «mañoso». Construía raros juguetes de su invención: ferrocarriles, molinos, semáforos. Levantó uno en el balcón de su casa, en la calle de Consulado, para que la gente que pasaba estuviera al tanto de las señales del Morro. De su tierra natal, la villa de Madrid, conservaba en su conversación los giros y los timos de sus conciudadanos de la calle de Toledo.

Panchito Robreño, trasunte durante muchos años de la compañía de «Alhambra», y hermano del popular y aplaudido actor y autor Gustavo, con quien escribió para aquel teatro un buen número de obras, siempre traía de retortero al cándido Sobola con sus ocurrencias.

Como dijimos antes, éste se negaba rotundamente a que se moviese la tierra y que fuera redonda. Todas las razones que se le aducían chocaban con su meollo de granito, y a todas contestaba con una sonrisa fría y desdefiosa.

—¿Una bola, eh? Pues a otra con la bola.

Una vez le dijo Panchito Robreño: —Oye, Sobola, ahora sí que voy a convencerte en eso del movimiento de la tierra.

—A ver, di—le contestó aquél, poniéndole ya en desconfianza.

—Te voy a presentar un ejemplo, una verdad que tiene que convencerte. La tierra está todo el día gira que gira, y es claro, cuando llega la noche, sus habitantes estamos todos mareados, ¿y qué pasa? Pues que tenemos sueño, y nos acostamos a dormir.

Y Sobola, con la arrogancia del que esgrime un argumento contundente, le contestó:

—Está bien: pero ¿y los serenos? Y ya que sacames al infeliz feliz Sobola de su sueño eterno, vamos a seguir recordando algunas de sus cosas.

Una noche de estreno se paseaba Sobola por el escenario esperando que Panchito, en su calidad de trasunte, le diera su correspondiente salida a escena. Como de costumbre, hacía un papel de escasa importancia y sin compromiso. Panchito se le acercó, e imaginando una de las suyas, lo miró de arriba abajo con gran atención, y acabó por preguntarle:

—¿Qué papel haces en la obra?

—Un tal López—le contestó Sobola—. Un tipo que sale ahí para nada.

Y observándolo Panchito otra vez con fingida extrañeza, volvió a la carga:

—¿López? ¿Un López sin barbas? Pero, ¿dónde has visto tú, Sobola, un López en el teatro sin un pelo de barba en la cara?

Y como si le hubiesen sorprendido en una falta involuntaria e imponderable, el cándido Sobola se apresuró a contestarle por lo bajo al travieso trasunte, procurando que no se percatase de su ignorancia:

—Cállate, chico; no lo sabía; pero ahora verás...

Y esto diciendo, dió media vuelta, subió a toda prisa a su camerino, y se apareció a poco con unas barbas que le caían hasta los pies, plantándose delante de Panchito muy satisfecho y preguntándole:

—¿Y ahora?

—Ahora sí—confirmó aquél, cada vez más serio.

—Ya lo sé para cuando me den otro López—, murmuró Sobola.

Y dejándolo en la duda, Panchito se alejó diciéndole:

—Sí, pero esos son otros López.

Cuando en un grupo se hablaba de arte, de ciencia, de viaje o de algo, en fin, que le interesaba, seguía la conversación con mayor fijsa, abiertos los ojos y abstraído de toda otra sugerencia, prendido atentamente del diálogo, hasta que la reunión se disolvía; y él se quedaba a solas, demostrando en lo vago de su mirada y de sus gestos que no había entendido una sola palabra de cuanto se había hablado. A él lo que le intrigaba—como le decía a Panchito—eran los términos, por lo que hablaban enredado de «expresos para que él no lo entendiera. Compraba libros con

Viejas nostales descoloridas



el propósito de estudiar e ilustrarse: pero tropezaba siempre con los malhadados «términos». Era amigo de asistir a conferencias y mítines con la esperanza de pescar algo que le aprovechara, pero los «términos» le salían al paso, y salía llevándose los demonios. ¡Malditos «términos»!

Tenía cosas y manías verdaderamente raras e incomprensibles; por ejemplo: después de acabar su trabajo en el teatro, remontaba él solo una caminata: Prado hacia el Malecón; seguía después hasta la Calzada de la Infanta; por ésta hasta Carlos III; bajaba el antiguo paseo, entrando en Reina hasta la Pila de la India; luego la zona que es hoy el Aire Libre, y recalaba, al fin, en lo que se llamó y se llamará por mucho tiempo entre la gente de «Alhambra», la bodega de Don Félix—Consulado esquina a Virtudes—, y durante esta larga y solitaria caminata iba tomándose un ron en cada bodega. En todas las del camino lo conocían. Un cognac en la de aquí, una ginebra en la de más allá, y pelizcando y comiendo «bocadillos» y «fritas», donde los había. Llegado el término del circuito, hallábase tan fresco y reposado como si no se hubiera alejado de la esquina del teatro. Por la madrugada, los noctámbulos solían encontrárselo en la «Puntilla» discutiendo de peces con los pescadores de oficio.

Se mordía las uñas de rabia cuando en los demás teatros había algo que llamara más la atención que en la «Alhambra»; y sostenía por ello recias y acaloradas disputas. Una cosa que verdaderamente llegó a sacarle de quicio fueron aquellas achas del «Chino Koma» y del «Español Incógnito», que resultaron para el teatro Payret un verdadero río de oro. Pocas veces se ha visto un teatro tan constante y numerosamente favorecido por el público. El «abarrotes», como se dice en jerga teatral, era diario, y Saaverio resolvió muchos de sus problemas de dueño y empresario. Se hicieron célebres las entradas del «Chino Koma» y del «Español Incógnito». Sobola sufría lo que no es decible viendo su «casa» poco menos que vacía, las más de las noches, hasta que la empresa López y Villoch se decidió a introducir en sus programas un poco de lucha y de boxeo. Rafael Conte, experto cronista de sports, consiguió una contrata del «Condé Koma» para la «Alhambra», y no dió resultado, porque el que se había impuesto era el «Español Incógnito». Hasta que el propio Conte le procuró a la empresa un español atleta que venía precedido de gran fama de luchador: un aragonés que parecía una torre de Hé-

cules y que las daba como trompazos de elefante.

—¡Ahora! ¡Ahora verán!—gritaba Sobola, encantado—. ¡Qué español, ni Español Incógnito de Dios!

Y efectivamente, el debut del atleta ibero fué un acontecimiento en la «Alhambra». A las seis de la tarde ya se habían acabado las entradas. Sobola gozaba lo que no es decible. Llenó de banderas el semáforo que tenía en el balcón de su casa. La función alcanzó un éxito formidable. Al terminarse le preguntamos:

—¡Eh! ¿qué te parece el Español?

A lo que contestó radiante de orgullo y dicha:

—¡Magnífico! Este es más incógnito veinte veces que el Español de Payret!

El recuerdo de Sobola se asocia al de su compañera Inés Velasco, «la vieja» de «Alhambra», como se le llamaba a aquella actriz característica que aplaudió toda La Habana y que constituía una de las figuras más destacadas en el lucido elenco del más popular de nuestros teatros vernáculos.

¿Quién no la recuerda? Porque ¿quién no fué en Cuba una vez siquiera a aquel alegre, popular y criollísimo teatro «Alhambra», que durante cerca de cuarenta años consoló la pena de los tristes; entretejo el ánimo de los preocupados, satisfizo el ansia de los cazadores de leonas; y desarrugó el entrecejo de los adustos? Era inconfundible, Inés Velasco no se parecía a nadie, más que a ella misma; y ella misma era una cosa que no tenía igual. Tenía de rostro chino, de cara achatada, de ídolo azteca, de carátula de santo japonés, de ícono ruso. Tria a la memoria el terrorífico cuento de Guy de Maupassant, «La Máscara». Así como su trabajo en el teatro «Alhambra» tampoco se parecía a ninguno del de sus demás compañeras. No cabía dirigirla, ni enseñarla. Había que dejarla que ella hiciese lo suyo: la callejera de cabó de tabaco; la borracha que bebe a pico de botella, la chismosa del solar más desprestigiado. Una vez en que un novel autor, que aún no la conocía, le dió un papel de «señora de la casa», se lo devolvió al director, diciéndole: —Pero ¿qué se habrá creí-

do este come mariguano? Sin embargo, estaba inimitable en la vieja institutriz doña María Quitasol, de la «Mosquita Muerta». Hablando en su casa particular lo hacía con el deajo y las maneras de una gran señora... bufa, costumbre que se le quedara de cuando trabajó con el actor español don Ceferino Palencia, en una corta temporada que llevó a cabo en la entonces Villa y Corte, en la compañía de la genial actriz doña María Tubau, que ella ponía siempre que la recordaba, en los cuernos de la luna; lo que no impidió que la pusiesen a ella en la puerta del teatro por poca cosa para el género, regresando a Cuba encantada; lo que demuestra lo estrecho de su criterio y el candor bobo de su espíritu.

Ya otra vez en su «Habanita», como ella decía, ingresó en el cuadro de verso del viejo actor don Joaquín Ruiz, que trabajaba generalmente para sociedades de recreo y veladas familiares; y del cuadro de don Joaquín pasó a la compañía de género criollo que dirigía el excelente actor don Manuel Mellado, autor, además, muy aplaudido de varios sainetes y juguets cómicos, entre otros, «Apuros de un Figurín», «Miseria Humana», «Buchito en Guanabacoa», etc., etc. Pérez, primer esposo de la Velasco—un garrafón de ginebra «La Campana» que caminaba solo—se la presentó a Don José Roff, que había arrendado el salón teatro «Alhambra», y así vino a caer y echar raíces en la compañía de Arias, Pirilo y Regino, y después por fallecimiento de los dos primeros, en la última de López y Villoch, en la que trabajó hasta su decrepitud y cuando fué internada en el Asilo de Ancianos de «Santovenia», en el que falleció a los pocos meses, ya pasados los noventa años.

La Vieja de «Alhambra»—«fea como el mismo diablo», decía el público—hacía reír nada más que con salir a escena. Tenía distracciones jocosísimas. Hacía mutis por la izquierda o por la derecha o por el foro, o por donde le parecía, y cuando se daba cuenta de que se había equivocado, volvía atrás para enmendar su error, diciéndole al público con la mayor frescura:

—Pero, ¿en qué rayos estaría yo pensando?

Guardaba las cosas como una urraca, sin acordarse después en dónde las había puesto, lo que le dió al postalista el argumento para su obra «Las Joyas de la Marquesa», en la que la Velasco, una criada, guardaba las joyas de sus amos, sin acordarse después del sitio, lo que hacía suponer que se trataba de un robo, por lo que se emprendía, tras los supuestos ladrones, un viaje lleno de lances cómicos y dramáticos e incidentes a través de los Estados Unidos, España, Francia, Inglaterra, etc., etc. Era el verdadero y clásico tipo de la avara de comedia. Economizaba hasta el aliento, y ocultaba el producto de sus ahorros en los sitios en que menos podía uno imaginárselo: en las patas de las mesas, las que perforaba convenientemente para lograr un escondrijo; en los techos de los escaparates, debajo de los ladrillos del piso, entre la viguetería del techo, en el doble forro de los baúles. Cuando murió en el Asilo, el actor Sobola, su compañero desde la muerte de Pérez, su legítimo esposo, desbarató todos los muebles del cuarto para ver si encontraba el dinero; pero, al parecer, ya ella había gastado hasta el último kilo—o alguien que sabía el secreto «lo había madrugado», porque no encontró nada en lo absoluto. Toda la herencia que le dejó la Vieja fué un loro tan viejo como ella, al que le había enseñado a decir algunas palabras. Al ver el loro al viudo infeliz en medio de aquellos muebles hechos trizas, sudoroso, agitado, con una terrible cara de desolación, es fama que hubo de decirle:

—¡Verraco!

Y el burlado heredero, para castigar su desvergüenza y desahogar también la rabia que se le comía, le cortó la cabeza al procaz animalito de un solo y feroz tijeretazo.

Por Dios, amigos, que el cuadro resultaba un sublime «agua fuerte» de Goya. Cuando se le preguntaba a Sobola cómo había sido aquello:

—¡Ras!—contestaba, dando un tajo en el aire—se acabó el loro!

Y bufaba.

—En fin—añadió Macha—observando de reojo el efecto que iba a producir en su señora—me dijo: «Repítete fiel y exactamente estas palabras, sin quitar ni poner en ellas: ¡Ah! ¡Por qué no esperó usted?»

El efecto de aquellas frases fué asombroso. La Condesa enrojóse intensamente, después palideció y tendió en detredor una mirada recelosa.

—Había más bajo, Macha; mejor dicho, cállate. Ya sé a qué atenerme. Es preciso que me conduzcas inmediatamente al lado de esa mujer.

—La reina Colomba acudirá a buscar a la señora Condesa.

—No quiero esperar una hora ni un minuto—murmuró bruscamente Alejandra—. Marchemos. ¿Conoces el camino?

—El campamento está lejos de aquí, demasiado lejos para la señora condesa; hay que recorrer tres o cuatro veras, por lo menos.

—¡No importa! Manda que enganchen un carruaje.

Macha movió negativamente la cabeza.

—El camino es malo para ir en carruaje. Hay que atravesar terreno muy quebrado, todo lleno de cuevas y de barrancos. Yendo a pie, la señora condesa se desgarraría el traje en los matorrales y el calzado no resistiría al contacto con los agudos guijarros del sendero.

—Entonces, ¿qué hago?

—Aguardar hasta mañana, señora condesa. Además, conviene tener presente que cuando se trata de espiar, Dimitri tiene cien ojos.

—¡Ese es uno de los que se acordarán de mí!—murmuró la condesa—. Bueno, Macha, arrégalo todo como mejor creas. Confío en tu inteligencia y en tu adhesión.

Al volver a la casa señorial, atravesando los jardines, seguida de su doncella, la condesa temió sin duda haber mostrado excesiva confianza con aquella sirvienta, «modelo de fidelidad», y exclamó con acento que pretendía ser indiferente:

—En verdad, es preciso creer que la ausencia de distracciones me ha inspirado curiosidad, para que me preste a dar crédito a las necesidades de una echadora de cartas.

—La reina Colomba no es una echadora de cartas—replicó Macha, sintiéndose enojada porque se juzgase despectivamente a su protegida—. Lee en los astros y en las líneas de la mano. La señora condesa se convencerá. Ya tengo formado plan para burlar la vigilancia de ese maldito Dimitri, que no cesa de «espiarnos».

Alejandra frunció las cejas al escuchar aquel plural, que revestía caracteres demasiados familiares; pero la doncella, aparentando no advertir el gesto de desagrado de su señora, continuó:

—La reina Colomba llegará con algunas mujeres de su tribu, como si viniese a vender a la servidumbre de la casa objetos adquiridos en la feria de Nijni-Novogorod. Traerán telas de Oriente, adecuadas para cofias y chales. Aprovechando la confusión que se producirá entre los criados, la señora condesa podrá hablar con Colomba, sin suscitarse sospechas. En cargaré también a los bohemios que traigan imágenes piadosas para Dimitri.

—Había oído decir que los bohemios no creen en Dios ni en el diablo—observó Alejandra.

—¡Oh! Señora condesa, cuando se trata de su comercio, los bohemios son capaces de vender hasta a San Basilio.

La condesa se detuvo de repente; con la contera de la sombrilla trazó en la arena de la avenida dibujos fantásticos y palabras que borró en el acto.

—¡Ras!—contestaba, dando un tajo en el aire—se acabó el loro!

Y bufaba.



La Secretaria de la Condesa por MARIA MARECHAL Continuation

—¿Qué motivos tienen para confiar en la buena voluntad y en la sinceridad de esa mujer? ¿Por qué desea serme agradable, y se ha fijado en mí con preferencia a cualquier otra persona?—preguntó de pronto.

La astuta Macha mudó de color. No quería ser adivinada. Deceaba aguijar la curiosidad de su señora, y presentarle el secreto en términos que, excitando su impaciencia, contribuyesen a elevar el precio de la complicidad.

—Por ahora, no sé más que lo que he manifestado a la señora condesa. Pero los bohemios son capaces de todo por ganar dinero, y la esperanza de penetrar en una casa como ésta los atrae sin duda, como la miel a las moscas.

—Bueno, no hablemos más del asunto.

Me vald de ellos para enviar aviso a Colomba.

Nueva interrupción, motivada por la busca de un lazo.

—Aviso verbal, porque esos vagundos no saben leer ni escribir...

Dejó caer al suelo media docena de horquillas y tardó en recogerlas.

—Pero son muy listos, y los entienden todo con media palabra... Perdóneme la señora condesa, no sé lo que me pasa hoy, pero tengo muy torpes las manos.

La astuta sirvienta, que reunía en su carácter los peores defectos de la raza eslava, veía muy bien que la cólera de su señora fermentaba y ascendía por grados. El entrecejo de la condesa se arrugaba, las pupilas se le ensombrecían y la boca se le contraía nerviosamente.

Mientras mayor fuera la curiosidad, más caro se pagaría el secreto.

—En fin, poca importancia tiene la forma que he empleado para lograr satisfacer el deseo de la señora condesa. Lo único importante es que la reina Colomba estará hoy aquí de doce a dos de la tarde.

La condesa movió la cabeza con expresión de indiferencia absoluta; pero, antes de las doce, amparándose del sol con su sombrilla, hallábase instalada en una butaca que hizo colocar en uno de los extremos de la explanada.

Desde allí se descubría, no solamente la avenida destinada al paso de peatones, jinetes y carruajes, sino también las praderas y los trigales, sombreados por grupos de árboles y surcados por sercas más del agrado de los bohemios, pero amigos de andar por caminos frecuentados.

La condesa tenía en la falda un libro abierto, pero probablemente le interesaba poquísimo la lectura, porque sus miradas no cesaban de explorar el horizonte. Seguían acaso el curso del riachuelo, que deslizaba tranquilamente sus azules aguas entre una doble fila de sauces y de cañas? ¿Buscaban tal vez la modesta torre de la iglesia, a la cual asistía el conde de Woronzoff todos los días de fiesta, para dar ejemplo a sus humildes vasallos? ¿Envidiaban quizá el vuelo de la alondra, que se remontaba cantando desde los surcos, para llevar las notas de su alegre canción hasta las alturas del cielo?

No, la bellísima condesa no pensaba en nada de esto; la Naturaleza ocupaba lugar escasoísimo en sus ensueños. En aquel momento su atención hallábase dedicada a dos puntitos negros que acababan de surgir del pinar que servía de límite al dominio por la parte Norte.

Los puntitos negros iban aumentando de tamaño cada vez más. Ya eran dos figuras perfectamente visibles, de distinto volumen y de desigual elevación.

Una, la más pequeña, se adelantó, como si adivinase que la esperaban, y apresuró el paso, sin que el apresuramiento restase gracia a la desenvoltura de su marcha.

Al cabo de pocos momentos la condesa tenía formado su juicio.

La criatura que avanzaba hacia la terraza era indudablemente la reina Colomba.

La bohemia podría tener hasta veinte años de edad. Su talle era esbelta, flexible, bien formado. Los cabellos, negros como el ala del cuervo le caían a la espalda en dos trenzas gruesas, después de formar diadema en torno de la despejada frente. Los pies calzados con botitas de cuero repujado, asomaban bajo una falda de cachemir roja bordada con oro y plata. Caminaba cadenciosamente, y su marcha rítmica servía de acompañamiento a una especie de canción, mejor dicho de melopeya salvaje, cuyas palabras llegaban ya con claridad a oídos de la condesa;



Por montes y por llanos  
Caminan los bohemios,  
Ya ruja la tormenta,  
Ya brille el claro sol;  
Lo mismo entre la sombra  
Que con la luz del día,  
Por montes y por llanos  
Alzando una canción,  
Caminan los bohemios,  
Caminan muy tranquilos,  
Pues saben que los mira,  
Desde los Cielos, Dios...

Al terminar el canto echó a la espalda, con ademán gracioso, el bandido incrustado en plata; hizo a su acompañante un gesto para que aguardase a distancia, y marchó en derechura hacia la condesa, que, sentada en la butaca, se esforzaba por dar a su fisonomía expresión de indiferencia.

La reina Co'omba mantúvose erguida y altanera ante la dama. Su mano derecha jugaba con la empuñadura de un puñal dorado que llevaba al cinto. A la izquierda se apoyaba en un largo bastón de madera, rematado por una medallona de plata. Sus ojos, de color azul oscuro y de extraordinaria movilidad, fijábanse de vez en cuando, escudriñadoramente, en Alejandra.

Sin duda alguna, la más cohibida de aquellas dos mujeres, tan diferentes por su condición social como por su fortuna, no era la bohemia.

La condesa de Woronzoff no tardó en recobrar su presencia de ánimo.

—¿Quién es usted?—preguntó con acento imperativo.

—La humilde estrella, errante en la noche, olvida su nombre y hasta la noción de su existencia, cuando se ve deslumbrada por los fulgores del astro soberano.

Aun cuando las palabras eran humildes, el tono con que fueron pronunciadas estaba lleno de arrogancia. Evidentemente, aquella mujer desempeñaba de mala gana un papel que le había sido impuesto.

—¿Qué desea usted?—exclamó la condesa.—¿Qué puedo hacer por usted? Una sonrisa orgullosa dibujóse en los labios de coral de la reina Colomba.

—Nada pido—murmuró—. Mi suerte está marcada. Pero el que me envía me ha mandado que advierta a usted que ha llegado la hora...

—¿Qué hora? ¿Quién envía a usted?—Deme la mano. He aprendido a leer en ella los secretos de la vida y de la muerte.

—Primeramente explíquese con más claridad—contestó la condesa, rechazando con altanería la manecita morena que se aproximaba a su mano.

Aquella manecita, aun cuando muy tostada por el sol, era de un dibujo tan delicado y tan perfecto, que podía competir con la cuidadísima mano de la condesa.

Vivo rubor subió a las morenas mejillas de la bohemia, que guardó silencio.

—¿Ha venido usted a buscarme, sin duda, por mandato de su amo?—dijo Alejandra, suavizando sus palabras.

—Colomba no tiene amo—contestó la bohemia, orgullosamente.—Colomba es la reina de su pueblo.

—Pues, sin embargo, hace un momento ha hablado usted, en términos misteriosos, de un ser invisible que le había ordenado venir a buscarme.

—Un amigo no es un amo—replicó con frialdad la reina Colomba.—Un deseo no es una orden. Con todo, el deseo del amigo es una orden para la mujer a la cual él ha devuelto una madre.

—¿Qué criatura tan rara!—murmuró la condesa.—Dice que está dispuesta a servirme, y, no obstante, sus pupilas lanzan sobre mí amenazadores rayos.

—Alejandra de Bergstein, ¿no se acuerda ya del doce de septiembre y de Podor Waritzine?—preguntó la bohemia con solemnidad.

Alejandra exhaló un débil grito y se llevó la mano a los ojos, como si no

quisiera ver algo que le inspirase terror.

—¡Cállese, desdichada!—balbució—. ¿Cómo se atreve a hablarme así?

La bohemia encogióse de hombros y añadió, recalando mucho las sílabas:

—«Ve a buscarla», me dijo. Y en el acto me puse en marcha, y caminé de día y de noche, y dormí al raso y atravesé el caudaloso río de oscuras aguas, como si huiese perseguida por los enemigos de mi raza. Todos mis súbditos quisieron seguirme y me siguieron, porque están siempre dispuestos a sacrificar la vida



por la reina Colomba. Al fin, después de recorrer cuatrocientas veredas, desafiando los caminos cómodos, siguiendo los atajos, no retrocediendo ante peligros, atento únicamente al objeto que era necesario alcanzar, llegamos hasta aquí para rondar en torno de tu bien guardada mansión, y aquí estoy, y conmigo mi tribu para servir a «él» sirviéndote.

Alejandra estaba pendiente de los labios de la bohemia. Tal era el efecto que le producían las palabras de Colomba, que la altiva condesa ni siquiera mostró indignación al oírse tutear.

—Habla—exclamó con ansiedad.—continúa hablando; te escucho. Y ahora te preguntó: ¿Qué puedes hacer por mí?

—Mira—contestó la bohemia, señalando con el extremo de su bastón a un pabellón saledizo que adornaba la fachada de la casa—mira en la pared esa línea sombría, estrecha aún, pero inflexible, rígida, que gana terreno a cada minuto que transcurre. Dentro de algunas horas, el sol se habrá retirado de la pared, vencido por la sombra. Tal es la imagen de tu destino, Alejandra de Bergstein. ¿Quieres que esa línea sombría aniquile poco a poco tu juventud y tu belleza? ¿Quieres acabar tu vida en este austero retiro, en el cual te esclaviza la voluntad de un amo implacable? ¿Quieres que así sea?

La condesa se irguió y respiró fuertemente, como para dar más y mejor entrada en sus pulmones al aire de la libertad que se le prometía.

—«El» me lo ha dicho—añadió Colomba.—Una palabra tuya, y todo cambiará. El hombre a quien sirvo es muy poderoso, casi tan poderoso como el Zar, dueño y señor de todos nosotros. Puede, como el rayo del sol, romper el hielo duro que man tiene cautivo al manantial. Puede, con una flecha de su arco victorioso, herrar mortalmente al buitre, cruel raptor de la inocente paloma. Puede, astro refulgente, ahuyentar la sombra en que estás hundida, condesa Alejandra.

Alejandra miró con recelo en derredor. La explanada y los jardines hallábanse desierto: Macha había cuidado de que los sirvientes acudiesen a la cocina para que admirasen y adquiriesen las telas orientales y las imágenes que habían llevado los bohemios.

—¿Qué en «él» y en mí, que soy su humilde instrumento—dijo Colomba.

Alejandra se sonrió irónicamente y exclamó:

—¡Si la fe fuera bastante!

Y, al hablar así, miró cara a cara con mucha firmeza a la bohemia.

—«Eucha»—dijo Colomba.—¿estás completamente resuelta a sacudir un yugo odioso?

—Sí, lo estoy, suceda lo que suceda.

—Perfectamente, en esta palabra se cifra tu salvación.

Inclinóse al oído de Alejandra, y murmuró algo que hizo estremecer a la condesa.

—Es una empresa muy difícil y acaso muy peligrosa—murmuró.

—Para él, sí; pero no para ti. Mañana a esta misma hora vendré a recoger los elementos que únicamente tú puedes suministrarlos. Te será fácil procurarte los, puesto que él está ausente y aún se prolongará su ausencia ocho días.

—¿Cómo lo sabes?

—Colomba lo sabe todo. Sus súbditos, cuando se trata de servir a su reina, tienen cien ojos y cien oídos.

XXXVI

Una semana después de la conversación anterior la Policía practicaba un registro en San Petersburgo, en el palacio del conde de Woronzoff.

El registro dió por resultado, según se susurró, el hallazgo de papeles comprometedores para el conde, de pruebas tan palpables de la parte que había tomado en la insurrección de Polonia—insurrección que acababa de ser reprimida—, que en el acto se dictó orden de prisión contra él.

Era un magnate, pero Siberia es un golfo que engulle indistintamente a los boyardos y a los siervos. Cuando se lanza sobre un hombre la acusación de haber auxiliado a los polacos en la lucha por su libertad, y se presentan pruebas de la acusación, la sentencia condenatoria no está lejos.

El conde fué detenido secretamente, a media noche, cuando regresaba a la casa señorial de su hacienda de Moldaia, y quedó incomunicado.

—Tengo un enemigo—pensó Sergio—, tengo un enemigo poderoso que desea mi perdición. ¿Cómo averiguaré quién es?

Por entonces el Zar hallábase gravemente enfermo.

El proceso se instruyó y se siguió sin que el Soberano supiese lo ocurrido; la primera noticia fué, al entrar en convalecencia, la de encontrarse con el nombre del conde de Woronzoff en una lista de condenados a deportación en Siberia.

El asunto había sido tramitado con absoluta discreción. Los amigos del conde, suponiendo que Sergio continuaba viviendo en su hacienda campestre, no se preocuparon por su ausencia de la Corte.

Respecto a la condesa, acaba de caer en cama atacada por una fiebre nerviosa,

que le había trastornado, al parecer, el equilibrio de las facultades mentales.

Esto, al menos, es lo que Macha decía a los criados, y lo que afirmaba también un médico que llegó de Moscú para asistir a la enferma.

La condesa, en razón a su estado, no recibía visita alguna, ni leía periódicos, ni siquiera, por su perturbación mental, se daba cuenta de la ausencia de su esposo.

Sólo Dimitri no concedió crédito a las explicaciones de Macha.

Una mañana el fiel servidor, sin decir palabra, sin avisar al administrador, ni al intendente Isbleff, ni al ama de gobierno Ana Moeskiné, colocóse en el cinto todos los rublos que poseía, ató un paquetito al extremo de su báculo de viaje y se marchó con rumbo a la más próxima estación del ferrocarril.

—Yo sabré descubrir el paradero de mi señor—se dijo—. Dios y los santos me ayudarán.

Poco le importaba los comentarios respecto a su ausencia.

—Si logro encontrar a mi señor, todo irá perfectamente bien—pensó; y si no consigo encontrarlo, ¿qué me importa lo demás?

El Zar quedóse estupefacto al hallar el nombre del Conde de Woronzoff en la lista de los condenados a deportación en Siberia. Inmediatamente mandó llamar al jefe superior de la policía, y no quiso aceptar como buenas las manifestaciones de aquel poderoso personaje.

—Deseo ver a Sergio Woronzoff, quiero interrogarlo personalmente...

Temo que resulte fatigoso para Vuestra Majestad ese interrogatorio—contestó el jefe superior de policía, palideciendo intensamente.

Pero la mirada imperativa que le dirigió el Zar no dejó resquebrajo para resistir abiertamente al mandato.

El funcionario se inclinó. Sin embargo, en vez de obedecer, dió instrucciones secretas para que, rápidamente, utilizaran todos los medios de transportes, fuese llevado el Conde a la frontera; allí comenzaría el fatigoso viaje a pie, al cual se ven sometidos en ocasiones los condenados a la deportación en Siberia.

El jefe superior de policía contaba con servidores asalariados prontos a satisfacer su voluntad, instrumentos miserables a los cuales rompía cuando ya no los necesitaba.

Todo se realizó, pues, como sujeción a aquel plan infernal, y como si la Providencia hubiese querido dar a la iniquidad tiempo para que efectuase su obra, el Zar sufrió una recaída en su enfermedad y con ello se retrasó la convalecencia.

Así transcurrieron muchos días; el Conde de Woronzoff hallábase ya muy lejos, caminando penosamente entre sus compañeros de desdicha, cuando, cerca de una pobrísima «Isba»—ante la cual mandaron que el convoy se detuviera, para abastecerse de agua y de leche, si la había—paró una «telega» que iba a la casa de postas, arrastrada por caballos rendidos de cansancio.

Un viajero, de aspecto muy distinguido, ocupaba con su equipaje toda la «telega».

—¿Sergio! ¿Sergio de Woronzoff!—exclamó—. ¿Usted aquí, entre los condenados a la deportación?...

Dióse a conocer al conductor del convoy, diciéndole:

—Soy el Príncipe Iván de Kalitsine, ayudante de Su Alteza Imperial el Gran Duque; regreso de Tobolsk, donde he desempeñado una comisión de Su Alteza.

Y añadió autoritariamente:

—Hay que suspender la marcha de este prisionero; acepto la responsabilidad de esta orden. Estoy seguro de que se ha incurrido en una fatal equivocación. Vuelvo a San Petersburgo, hablaré con su

por Emilio C. Davis

nos inuestran y que éstos no son ilusionistas, por la cual les es imposible revivir a aquellas gentes y permitirnos que hablemos con ellas.

La ciencia no sabe todavía como era el idioma de los habitantes de la Mesopotamia en el año 3000 A. C. Se trata de una raza prehistórica que no pudo comunicarse al porvenir (más que por medio de la memoria humana) los nombres de sus reyes, las fechas de sus guerras, las crisis de su historia. Es cierto que usaron burdas criptografías para recordar hechos y figuras. Pero la escritura no es todavía, en su época, la llave universal de entendimiento y comunicación que iba a ser muy poco después.

El Profesor Speiser dice: «Cuando, alrededor del año 3000 A. C., se inventó un sistema completo de escritura, puede decirse que empezó, realmente, la historia del mundo. Cuando nos enteramos que el primer gobernante independiente de Ur fué Mesannipadda, cuyo idioma era el sumiriano; cuando tenemos conocimiento de que guerró contra las gentes de Erech y que ofrecía costosos obsequios a su esposa, a la cual menciona por su nombre propio, nos damos cuenta inmediatamente de que el anonimato ha desaparecido para siempre y que la historia nos abre por primera vez sus páginas de maravilla.

«Y ahora, al observar el cambio de acontecimientos en las ciudades, se ve claramente una revolución literaria. Los reyes ya no necesitan depender de sus ministros o portavoces para llegar al público. Dictan grandilocuentes discursos que alguien copia esculpiéndolos en piedra, y la satisfacción de gobernar es más

## Lo que Ocurrió en Teruel, hace Seiscientos Años

EN LA ANTIGUA CIUDAD QUE HA SIDO DESTRUIDA POR LOS CANOKES Y LAS BOMBAS DE LA AVIACION, SE ESCRIBIO LA HISTORIA DE AMOR MAS FAMOSA DEL MUNDO. ¿HABRA RESPETADO LA METRALLA LOS RESTOS DE LOS AMANTES CELEBRES?

Recibo la siguiente carta: «Admirado señor Davis: Ahora que Teruel está en la memoria de todos, debido a las batallas que se están librando en su suelo, creo que sería muy oportuno que usted republicara su artículo de hace cinco años, escrito en aquella ciudad aragonesa, que se refería a la historia de amor de Juan Diego Martínez de Marcellas e Isabel de Segura, protagonistas del drama de amor más famoso del mundo.»

UNO QUE RECUERDA.

TERUEL, España. «Dónde está el mortal que pueda resistir el dolor de corazón que le proporciona la historia que culmina en la muerte de Julieta? Todos los hombres hemos sido alguna vez Romeos. ¿Y puede el mundo olvidar la novela enternecedora de Abelardo y Eloísa?»

—¡Sergio! ¿Sergio de Woronzoff!—exclamó—. ¿Usted aquí, entre los condenados a la deportación?...

Dióse a conocer al conductor del convoy, diciéndole: «Soy el Príncipe Iván de Kalitsine, ayudante de Su Alteza Imperial el Gran Duque; regreso de Tobolsk, donde he desempeñado una comisión de Su Alteza.

Y añadió autoritariamente: «Hay que suspender la marcha de este prisionero; acepto la responsabilidad de esta orden. Estoy seguro de que se ha incurrido en una fatal equivocación. Vuelvo a San Petersburgo, hablaré con su

profunda, porque el rey comprende que puede decir al mundo entero sus hazañas, que repercutarán a través de los siglos.

En lo que se refiere a la revolución industrial provocada por los metales, el Profesor Speiser dice: «Cuando el cobre hace su aparición en los principales centros del mundo antiguo, a fines del período prehistórico, nadie puede sospechar que la primera gran revolución industrial será originada por ese producto rojizo. Pero al fin llega el descubrimiento de que, cuando ese metal ha sido reducido y derretido, puede fundirse, conformándose a gusto del que lo trabaja. El cobre ha dejado de ser rígido como la piedra y se ha convertido en una cosa maleable, extraordinariamente dócil a la mano del hombre. En otras palabras: alguien ha dado, casualmente, con el principio fundamental de la metalurgia.

«Los acontecimientos se siguen uno a otros con alarmante rapidez. Las industrias domésticas reciben un impulso poderoso. El contacto con otros pueblos adquiere de pronto un significado mucho más amplio. Los guerreros que usan la piedra no son ya enemigos dignos de los que llevan armas de cobre. La posesión de este metal se convierte en una imperiosa e imprescindible necesidad y, puesto que las minas que se conocen son pocas, se produce una fiebre general en busca de nuevas fuentes de cobre. No importan las distancias en esta búsqueda de nuevas vetas. Y en la fiebre que se origina, naciones enteras son transplantadas de un lugar a otro, de la noche a la mañana.»



por BOB DAVIS

a la calidad de caballero del pretendiente, deseaba que su hija se casara con un hombre rico. Como resultado de la negativa del padre, los dos jóvenes hicieron juramento de serse fieles durante cinco años, en cuyo tiempo acaso la fortuna sonriese al muchacho, con lo cual la oposición del padre no tendría motivo para seguir siendo.

Bajo los estandartes del rey de Navarra, Marcellas fué a la guerra, se distinguió en la batalla de las Navas de Tolosa, capturó el tesoro de un príncipe moro obteniendo como su parte el valor de cien mil coronas y después de cinco años de comportamiento heroico, durante cuyo tiempo no se había comunicado con Isabel, retornó a Teruel. Tenía la intención de aparecer el mismo día que se cumplieran los cinco años del juramento, llegando al castillo de su novia en un fastuoso coche escoltado por caballeros con trompetas.

Mientras tanto, desconociendo los triunfos y riquezas de Juan Diego, Segura había llevado adelante los planes de casar a Isabel con el conde de Azagra, tras de haber anunciado que su hija había hecho la promesa de no contraer nupcias durante cinco años. Segura respetó la voluntad religiosa de su hija, pero le exigió que al final del plazo se casara con el conde. Isabel, que no había tenido noticias de su novio a quien creía muerto u olvidado de ella, consintió, al fin, en el matrimonio.

En las afueras de Teruel, el amante enriquecido se enteró de la boda, de manera que procuró entrar en la ciudad sin ser reconocido, y se encaminó a su casa donde se encerró en su habitación. A la llegada de la noche se examinó en la mansión de Segura donde se unió a los demás huéspedes, ninguno de los cuales lo reconoció. Trás de ver a Isabel del brazo de su marido, Juan Diego, sangrando interiormente y con el alma desesperada, se introdujo furtivamente en la cámara de la novia y se escondió en ella. Apenas se había ocultado tras de una cortina, cuando la novia, sola, entro en la habitación.

Juan Diego, como un espectro salió de las sombras, sus ojos cuajados de lágrimas, y se presentó ante su amada desajazado su empaque marital de unas horas antes. Y lo que le dijo no se ha sabido nunca, sino que dichos y sufrimientos tienen que ser conjeturados. Se dice que Isabel aseguró que su novio le había pedido un beso de despedida y que ella le había contestado: «Si fuera soltera, con todo mi corazón. Pero ahora soy la mujer de otro.

—¿Ni un sólo beso?—le preguntó débilmente él, tratando de atraerla hacia su corazón.

—Ni uno sólo—le respondió ella alejándose.

—¡Si... insistió él.

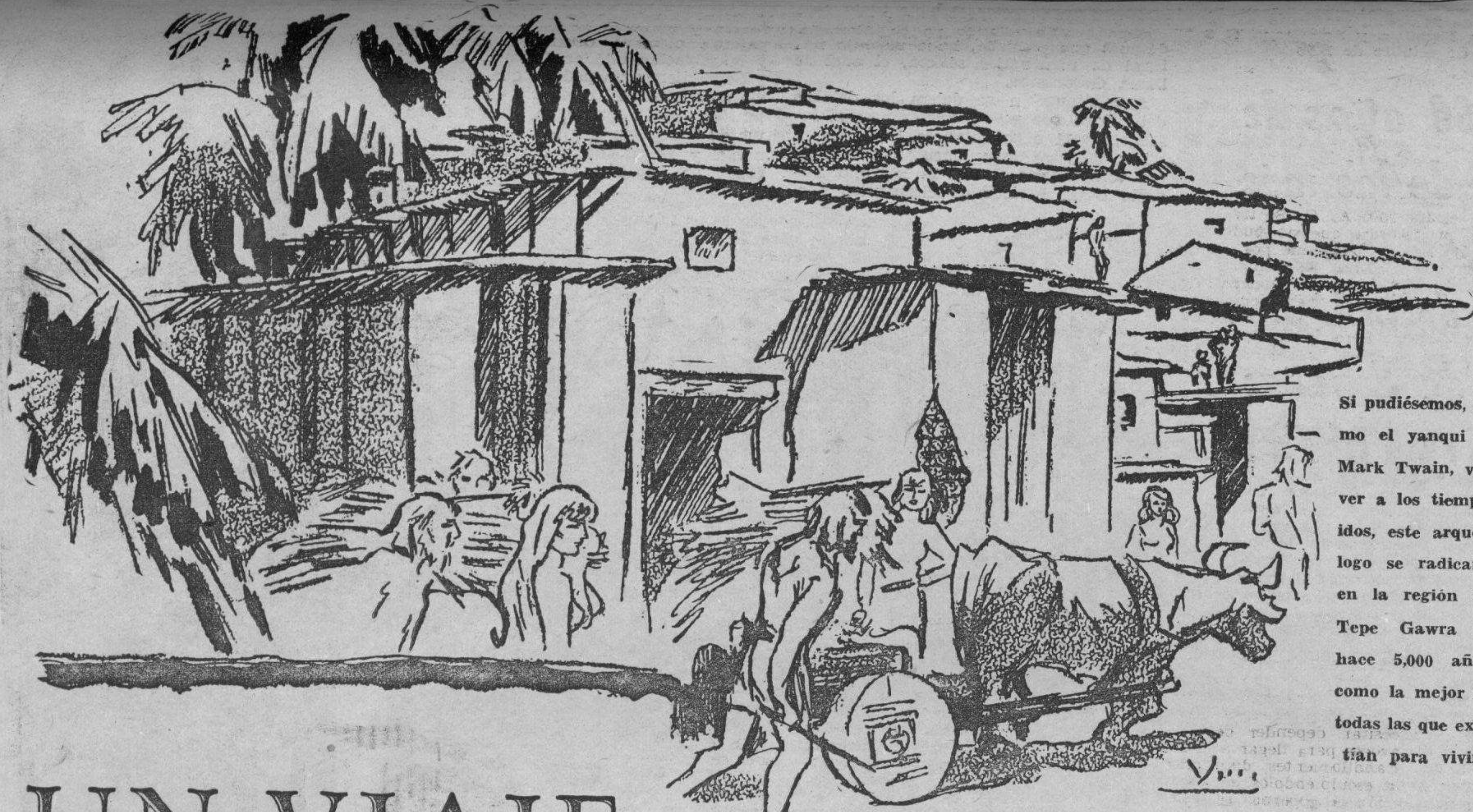
—N... O!

Sus manos, desmayadas ahora, cayeron a los lados del cuerpo mozo. Sus ojos brillaron extrañamente de repente, y luego perdieron toda luz. Y de pronto, sin una palabra, sin un gesto, Juan Diego cayó muerto a los pies de Isabel, la esposa de Azagra, quien, al oír los gritos de la muchacha, penetró precipitadamente en su cámara y se enteró de toda la tragedia. Isabel, entre sus raptos de desesperación y sus momentos de calma, le contó toda la trágica historia de su amor. Y Azagra también, ver acusado de la muerte del militar, llevó su cadáver a su casa, situada al otro lado de la calle, donde fué enterrado después por su familia sin señales externas de violencia.

En los funerales, celebrados con mucha pompa y a los que asistieron los nobles todos de Teruel, se presentó una mujer vestida con un traje sencillo y un velo espeso, que avanzó por la iglesia hacia el sarcófago del muerto y colocó sus labios calientes sobre la boca gelida de Juan Diego. Después Isabel de Segura, sin decir una sola palabra, murió también con el corazón roto.

Azagra, conmovido, explicó en alta voz a los reunidos la verdadera historia de aquel gran amor, y aprobó de corazón la sugestión de uno de los familiares de Juan Diego, que quería que los dos amantes fueran enterrados juntos, en un sarcófago de alabastro. Desenterrados los cadáveres 350 años después, se les encontró en perfecto estado de conservación. En 1555 fueron enterrados separados, en ataúdes de madera, y en 1619, en presencia de notarios, se les desenterró otra vez. Las dos momias fueron entonces colocadas de pie, en una caja de cristales, que se colocó en la capilla de los Sagrados Doctores de la Iglesia de San Pedro, con el título de «Los Amantes de Teruel».





Si pudiésemos, como el yanqui de Mark Twain, volver a los tiempos, este arqueólogo se radicaría en la región de Tepe Gawra de hace 5,000 años, como la mejor de todas las que existían para vivir.

# UN VIAJE a la Mesopotamia del Año 3.000 A. C.

Se le ha ocurrido alguna vez leer a un amigo, entretenerse pensando en lo que serían unas vacaciones que pudieran transportarlo al pasado, a cualquiera de aquellas brillantes épocas, mucho más románticas que esta complicada era nuestra de la eficiencia y la vertiginosidad? Si es así, teniendo a mano todos los esplendrosos lugares del pasado para elegir: las antiguas ciudades griegas, el sorprendente Egipto, la misteriosa China, ¿piensa usted alguna vez en pedir: «Deme un boleto de ida y vuelta a la Mesopotamia del año 3,000 A. C.»? Apuesto cualquier cosa a que no. Pero ello se debe, exclusivamente, a que la Mesopotamia del año 3,000 A. C. o sea de hace 4,935 años, no nos ha sido revelada hasta ahora, según dice el Profesor E. A. Spenser, arqueólogo de la Universidad de Pennsylvania. Y si a este hombre de ciencia le fuera dado elegir, se irían directamente allí, sin detenerse en ningún otro lugar, ni siquiera para presenciar el encuentro de Cleopatra con Marco Antonio, o para tomar parte en la celebración de alguna de las victorias conquistadas por Alejandro el Grande.

«Si tal viaje pudiera efectuarse —dice el Profesor, Spenser—, nuestros ojos contemplarían abortos uno de los acontecimientos más importantes en el extenso drama del progreso humano; el del hombre desprendiéndose de su sopor milenario de crisálida, para penetrar decididamente en la era de la sabiduría y de la historia.»

«Puede esa —agrega Spenser— una de las eras más emocionantes del mundo. El descubrimiento de la escritura llevó a

la humanidad a un género de vida completamente distinto al que hasta entonces había hecho. Y más o menos al mismo tiempo sobrevino otra bomba cultural: la Edad de los Metales, que provocó la primera revolución industrial que se haya conocido en el mundo.»

La vida experimentó un cambio tan radical, que Spenser, al evocarlo, exclama: «No se ha visto nada parecido hasta que no hemos estado en los umbrales de nuestra propia época.»

Fue debido a que Ur, Kish, Tepe Gawra y otras grandes ciudades de aquella época permanecieron sepultadas decenas de siglos, que el mundo, los borrosos de los itinerarios de todos sus viajes más ansiosos.

Mark Twain no sabía nada de las posibilidades aventureras de la Mesopotamia en el año 3,000 A. C., cuando decidió permitirle a su fantasía que lo transportara, personificando a un yanqui de Connecticut, a la antigua corte del rey Arturo. Un hombre de nuestros días, empujado en la tarea de imponer sistemas, costumbres y métodos modernos en aquellas ciudades que orillaban las márgenes del Tigris y el Eufrates, se hubiera encontrado seguramente en situaciones dignas de la pluma de un Mark Twain. Pero Twain murió demasiado pronto para que le fuera posible escribir ese relato.

Hoy mismo, tan sólo los arqueólogos saben algo sobre la vida de la humanidad de hace 5,000 años. Y la mayor parte de esos conocimientos han sido extraídos de las excavaciones destinadas a desenterrar a la gran Ur de los caldeos, trabajo que duró doce años. Kish quedó al descubierto en 1933, después de diez años de excavaciones. Tepe Gawra

es todavía un misterio, pues el cable, no hace mucho, nos informó que se han encontrado nuevas capas de la ciudad, que le agregan fácilmente mil años de antigüedad a los 5,000 que ya se le conocían.

Las expediciones arqueológicas cavando persistente y a menudo fatigosamente en la tierra, a través de gruesas capas de polvo y piedras, entre pilares y paredes, son impulsadas por la profunda emoción de saber que están trabajando para la historia. Cuando aprisionan entre sus dedos alguna vasija rota o un adorno de oro y pederías, un arma mohosa o una pieza de tela milagrosamente conservada, ven en aquellos objetos viejos, sucios y rotos, no lo que son en ese momento, sino lo que fueron frescos y nuevos, en el ambiente donde se elaboraron.

Estas reliquias rotas y empolvadas durante decenas de siglos, conjuntamente con los restos de edificios, interpretados por los conocimientos de los expertos en arqueología, están obrando el milagro de dar nueva vida a la antiquísima Mesopotamia de entonces. Y ese país ha revelado a los de estos modernos hombres de ciencia un encanto novedoso y exótico tal, que, a juicio del Profesor Spenser, el mundo entero quedará preso en sus maravillas, como lo están ya los que las han descubierto.

En el año 3,000 A. C., la época que más agrada al Profesor Spenser, Mesopotamia era un vasto escenario preparado para importantes acontecimientos. Supongamos que vamos allá, unos años antes, como lo recomienda el arqueólogo, y que efectuamos, primeramente, un vuelo de reconocimiento a modo de aperitivo de lo que vendrá después.

Una mirada a vuelo de pájaro nos muestra un número sorprendente de ciudades chatas, desparramadas por la planicie, a las dos orillas de los ríos paralelos: el Tigris y el Eufrates. Las ciudades se han levantado sobre promontorios artificiales de tierra, para protegerlas de las inundaciones.

Imaginativamente podemos recorrer numerosas ciudades, para estudiar, por medio de los conocimientos arqueológicos, sus diversas personalidades. Pero aquellas por las que uno preguntaría probablemente, apenas si resultarían dignas de ser recorridas. Babilonia no figura en este mapa y Nínive se encuentra todavía en la primera etapa de su vida y es sólo una localidad rural, en ese año 3,000 A. C.

Tepe Gawra —el orgullo del profesor Spenser, porque fue él quien la descubrió y trabajó entre sus ruinas personalmente— es uno de los lugares dignos de visitarse en aquella época.

Tepe Gawra no ha levantado sus templos en elevadas terrazas. Pero si vamos al sur, hasta Tish o Erech, veremos en ambas un templo en esa forma, que es realmente digno de tenerse en cuenta. Esos dos templos constituyen una idea original en la arquitectura religiosa y es-

Evocación de la vida, en la remota fecha —300 años antes de Cristo.—El umbral de las grandes transformaciones que hubiera podido relatar Mark Twain.—Excavaciones ricas en observaciones, y unas páginas merecedoras de la más cuidadosa atención, acerca de Babilonia, Asiria y Caldea.

tán destinados a convertirse en tradición por toda Babilonia, Asiria y Caldea.

La idea fue inventada por inmigrantes montañeses, que constituyen la raza dominante de Mesopotamia en el año 3,000 A. C. Procedentes de las montañas, se sienten desesperadamente alejados del cielo en la llanura y por ello empiezan a construir elevadas terrazas para sus templos. Unos siglos después, Ur empezará a construir una de aquellas imponentes torres, y más tarde aún, Babilonia construye su Torre de Babel, por el mismo estilo.

Las obras de arte, expuestas en los mercados de las ciudades, merecen un examen prolijo.

Si tenéis tiempo para visitar las ruinas, se os llevará a Jemdet Nasr, ciudad que ya entonces estaba abandonada, o a la vieja Shirupak, sede tradicional de los siglos antes construyó un arca para salvarse de una inundación.

Si bien las excavaciones han descubierto las ruinas de aquellas ciudades, permitiendo al arqueólogo reconstruirlas en su mente, no ocurre lo mismo con las gentes que las habitan, las cuales continúan siendo seres enigmáticos en una bruma difícil de atravesar. Recordemos que estamos viendo sólo lo que los arqueólogos

Altoza, verso al Zar, si es necesario. Dejo los pesterros estuercos de un desdichado país agonizante; si se me impulsa como un crimen la simpatía que he sentido siempre hacia la infortunada Polonia, entonces, señor, volveré a emprender el camino del destierro, porque soy culpable.

Mientras tanto, el jefe superior de policía (había creído que el asunto estaba olvidado. Desde el momento en que el Zar reanudó las audiencias, se presentó a Su Majestad y urdió una serie de mentiras tan hábiles y con tales apariencias de verosimilitud, que era muy difícil que la verdad lograra abrirse paso a través de aquellos ingeniosos enredos.

La Siberia se halla muy lejos, y los que están sepultados en ella casi no tienen el recurso de comunicarse con los vivos, sobre todo cuando, como el conde de Woronzoff, han sido recomendados de modo especial al gobernador general, y por éste, a sus agentes.

«Hombre peligroso; vigílesele muy de cerca y manténgasele aislado todo lo más posible».

Tal era la nota enviada acerca del nuevo prisionero.

Su perseguidor creyese, pues, por este lado, exento de inquietudes. Respecto a la versión comunicada al Zar, estaba perfectamente ideada. Se dijo que el conde de Woronzoff, merced a su inmensa fortuna y a su prestigio personal, había logrado evadirse. Y se agregó que, apesar de las minuciosas pesquisas, practicadas, no se había logrado descubrir aún su paradero.

Grandes fueron el asombro y el terror del jefe de policía cuando cierto día el príncipe de Kalitsine—que acababa de regresar a San Petersburgo—se presentó a pedirle, de parte del soberano, el legajo del proceso instruido contra el conde de Woronzoff, con todos los documentos acusadores.

Tuvo que obedecer, sofocando la rabia que sentía, pero abrigando, sin embargo, rato de esperanza.

El culpable estaba lejos. Únicamente el culpable solo interesado, era capaz de desenredar aquella trama tan bien tejida demostrando la falsedad de algunos de los documentos.

El jefe superior de policía se equivocaba: el culpable no estaba lejos.

A aquella misma hora un carruaje, cuidadosamente cerrado, acababa de conducirlo a Palacio, donde el príncipe de Kalitsine, que había tomado con profundo cariño la defensa del conde, lo aguardaba para hacerlo comparecer ante el Zar.

—Conde de Woronzoff—dijo Su Majestad Imperial con severidad, acentuada por cierta benevolencia—, creo a usted muy capaz de haber formulado votos en favor de mis súbditos rebeldes de Polonia; pero estimo a usted demasiado para conceptuarlo capaz de perpetrar una traición o de faltar a la verdad. Deseo saber todo lo ocurrido de labios de usted: dígame.

El conde de Woronzoff había entrado pálido y extenuado de cansancio en la estancia del soberano.

Las impresiones sufridas, las noches de insomnio, las marchas forzadas, la inquietud respecto a lo porvenir y a la cólera sorda que lo devoraba, habían modificado su actitud y trastornado sus facciones, hasta el extremo de envejecerlo en diez años.

Para el que juzgase sólo por apariencias, aquel aspecto era el de un verdadero culpable.

Sin embargo, el príncipe de Kalitsine aguardó impacientemente las palabras que iban a salir de labios del acusado, seguro de que aquellas palabras encajarían su justificación.

Cuando el zar calló, el conde de Woronzoff irguióse, coloreáronsele repentinamente las pálidas mejillas y le brillaron los ojos con la expresión habitual.

—Agradezco profundamente a vuestra majestad la confianza que tiene a bien cifrar en mí—dijo—. Creo que nunca he sido indigno de esa confianza. Pero si es culpable asistir con el corazón

desgarrado a las luchas supremas, a los pesterros estuercos de un desdichado país agonizante; si se me impulsa como un crimen la simpatía que he sentido siempre hacia la infortunada Polonia, entonces, señor, volveré a emprender el camino del destierro, porque soy culpable.

El zar frunció el entrecejo y permaneció silencioso breve rato.

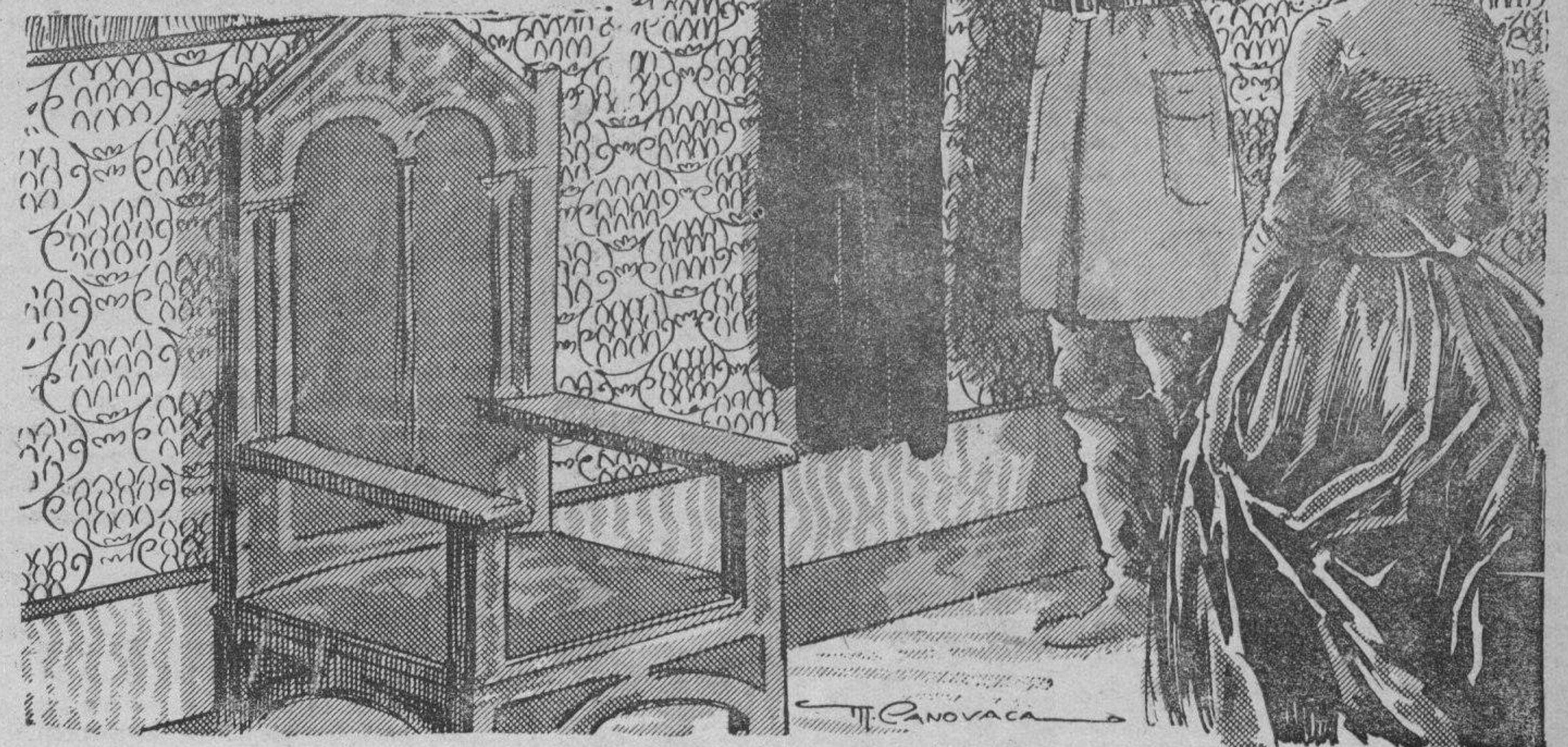
Durante aquellos minutos se hubiera podido escuchar las palpitaciones del corazón del príncipe de Kalitsine; el de su amigo continuó latiendo normalmente.

—Conde de Woronzoff—dijo al fin el zar—. Sólo Dios tiene las llaves de los corazones; no me conceptúo con derecho para pedir a mis súbditos cuenta de sus sentimientos íntimos. Contesté usted exclusivamente acerca de sus actos. ¿Han dirigido a usted esta carta? ¿Qué respuesta dió usted a ella?

La carta procedía del fondo de Rusia. Escrita con lágrimas por un venerable sacerdote católico—al cual el conde de Woronzoff conoció antaño, como amigo de su madre—, refería la miseria horrible en que se encontraba él, a la edad de setenta años, y muchos compañeros de infortunio.

«Después de los acontecimientos—decía la carta—nos enviaron a trabajos forzados en Siberia por doce y veinte años. Al cabo de diez años nos trasladaron al gobierno de Wologda, donde, desprovistos en absoluto de medios de existencia, nos diseminamos por los pueblecillos.

«Casi todos los que aquí estamos somos sacerdotes septuagenarios y octogenarios, que hemos consagrado la vida al apostolado de la doctrina del Salvador. Después de tantos años de destie-



rrero y del sufrimiento por la verdad y por la justicia, hemos llegado a tal extremo de necesidad que no tenemos con qué comprar un pedazo de pan. Desde hace algunos meses, abandonados completamente, hemos ido vendiendo nuestras proas para no morir de hambre; hoy ya no sabemos qué hacer. El vecindario nos persigue y la residencia en poblado nos está prohibida. Nos hallamos faltos de asistencia, sin hospital, sin comunicación postal, sin posibilidad de pagar el alquiler de nuestra vivienda.

«Acabamos de dirigir una petición al Gobierno; pero antes de que llegue el socorro solicitado es posible que todos hayamos perecido de inanición. Estamos peor que en trabajos forzados porque allí al menos teníamos pan y un albergue para guarecernos. El frío, que en el invierno llega hasta cuarenta grados bajo cero, nos matará, si a ello no se anticipa el hombre, y si la infinita misericordia de Dios no nos envía medio de salvarnos...»

—Basta, conde de Woronzoff—exclamó imperativamente el zar—. ¿Qué contestó usted a esa carta?

—Encargué a una persona de mi confianza que facilitase a ese pobre sacerdote y a sus compañeros todo cuanto necesitaran.

—Muy bien, lo demás corre de mi cuenta. Sea justicia o sea obra de misericordia, agradezco a usted el ejemplo que me ha dado. Pero deseo justicia para todos. ¿Qué significan estas cartas, firmadas con el nombre y apellido de usted, en las cuales se anuncian envíos de armas y de dinero a los jefes de los insurrectos polacos?

El conde recorrió con mirada rápida los papeles, que le presentaba el príncipe de Kalitsine.

—El carácter de letra es exactamente igual al mío—dijo el conde, tras breve examen—, y, sin embargo, no he escrito esas cartas.

—¿Cómo se explica usted el hecho?

—Estas cartas han sido escritas por un habilísimo falsificador—contestó el conde, sin perder la tranquilidad—. Afir-

me han conmovido. Dígame, ¿las ha dado usted a conocer?

—No, señor, nadie en el mundo, ni aún mis amigos más íntimos, conocen estas expansiones. Jamás se ha obtenido copia de estos versos. Los papeles que se encuentran en manos de vuestra majestad son los originales.

Después de pronunciar las anteriores palabras, el conde de Woronzoff pallideció mortalmente.

«Nadie en el mundo...», había dicho. Un hierro enrojecido atravesándole el corazón le hubiera hecho sufrir menos cruelmente que la idea que le acudió al cerebro.

Recordó que en los primeros tiempos de su matrimonio la condesa Alejandra, con desenvoltura de niña mimada, le volvió los cajones del bufete y le arrebató, bromeando, los versos que él no quería enseñarle.

—¡Ah!—murmuró entonces Alejandra con acento de rencor celoso que en-

cantó a su marido—. Ya siento odio hacia esa Polonia a la cual amas tanto. ¡Qué hermosos versos! ¡Nunca me han dedicado unos así!

Y Sergio la dejó que se llevara su presa, muy satisfecho al ver despertar en el alma de su esposa un sentimiento que parecía determinado por egoísmos de ternura; por celos.

—Conde de Woronzoff—manifestó el zar, dando por terminado el interrogatorio—, nunca he dudado de la inocencia de usted. Para proclamarla muy alto, para que nadie tenga el derecho de sospechar que he hecho gracia, y no justicia, nombro a usted mi embajador en la corte de Austria.

—Señor—contestó el conde, que se hallaba dominado por cruel emoción—, dentro de muy poco tiempo confío encontrarme en condiciones de agradecer a Vuestra Majestad sus bondades y gustas, de modo distinto que declinando la honra de aceptarlas. Hoy suplico a Vuestra Majestad que me deje tiempo suficiente para desenmarañar la abominable trama en la cual han querido en-

Las estrofas tituladas «Finis Polonia!»



—Sea como usted quiera, conde de Woronzoff. Pero el día en que haya usted realizado su deseo, me felicitaré de que acepte mi representación en el extranjero.

XXXVII

Algunos días después, el jefe superior de Policía presentó al Zar la dimisión de su elevado cargo, fundándola en el mal estado de su salud.

Cuando el conde de Woronzoff adquirió la plena certeza de que el jefe de la Policía era el autor de la tenebrosa conjuración tramada contra él, fué a buscar a su cobarde enemigo y con acento enérgico, con expresión implacable le dijo:

—Elija usted lo que más le plazca; o abandone usted el cargo que ha deshonrado y se marche para siempre de Rusia, o después de abofetear a usted ante toda la Corte, lo mato como a un perro.

Fedor Waritzine sabía muy bien de lo que era capaz de Woronzoff. Com-

EPILOGO

Ni surgió el arrepentimiento en el corazón de Alejandra, ni brotó el perdón en el alma de su marido.

Tres años habían transcurrido desde los trágicos acontecimientos que separaron para siempre a aquellos dos seres, tan poco adecuados para entenderse, y aún sangraba, como el primer día, la herida abierta en lo íntimo del sentimiento del conde de Woronzoff.

Y, sin embargo, había hecho cuanto era posible para olvidar. Su carácter enérgico se rebeló contra la viveza del

en el cual, por derecho propio, hubiera ocupado lugar preferentísimo.

En este momento volvemos a encontrarlo sentado, con expresión de desaliento, en el sofá del despacho que le sirve de retiro; escucha con indiferencia las explicaciones que le da la señorita de Pontmore respecto a una licencia de tres días, de la cual tiene necesidad en la semana que comienza.

—Perfectamente, señorita — contestó Sergio —; tómese más tiempo, si lo considera necesario; deseo ante todo, que no se imponga usted con contradicción ni molestia alguna.

Indudablemente la respuesta es muy



T. CANOVACA

cortés, y Blanca debería de darse por satisfecha. A pesar de ello, cuando regresara rápidamente a su casa, una nube de tristeza le vela las facciones. Acaso obedezca a que las relaciones de la juvenil secretaria con su señor—relaciones sujetas durante mucho tiempo a los estrictos preceptos de una cortesía glacial—empiezan a cambiar.

Blanca había encontrado a veces una sonrisa paternal en aquellos labios donde la sonrisa era muy rara. En aquellos ojos, que había visto brillar de indignación o de cólera con esplendor fulgurante, casi terrible, llegó a sorprender una expresión benévola, alentadora, cuando frecuentemente se fijaban en ella.

Así, la atención de la muchacha, desdenosa al principio de los matices, y de los hechos insignificantes, se fué concentrando de modo extraordinario, asombroso hasta para ella misma, en las horas que diariamente vivía en el palacio de Woronzoff.

¡Al fin se encontraba libre por tres días! Tres días que iba a consagrar a la más dulce, a la más santa de las tareas.

Era un lunes. El jueves siguiente Estefanía, preparada con mucha anticipación, iba a ver llegar a su cuarto, hasta la camita en que yacía enferma, a Dios, a Dios que ama a los pequeñuelos y que se apresura a asistir a aquellos que reclaman su socorro.

¡Oh! Si Dios fuese a decirle, como al paralítico del Evangelio:

«¡Levántate, toma tu lecho y anda!»

Pero no, la piadosa niña no pedía a Dios un milagro, ni necesitaba que el milagro se efectuase para afirmar su fe ya robusta. Blanca, al enseñarle la Doc-

la iglesia, le había repetido muchas veces esta hermosísima máxima:

«Dios no nos debe si aun siquiera lo que nos da, y siempre nos da lo que no nos debe».

También le había dicho que «es preciso amar lo que Dios nos otorga y lo que no nos concede, amar lo que El quiere y lo que El no quiere».

Y la dócil niña, nutrida con esta savia generosa, que hace valientes a las almas, se había conformado con su suerte. Ni remotamente se le ocurría la idea de considerarse desdichada, porque su hermana mayor, a la cual conceptuaba como cifra y compendio de sabiduría, le había enseñado «que en la tierra sólo son felices los buenos, los sabios y los santos», y Estefanía adoptó la resolución de ser buena, sabia y santa.

Llegó la víspera del día memorable. Blanca, levantada desde el amanecer, se disponía a salir para comprar algunas flores, acompañada del veterano Sappin.

Iba a buscar elementos con que adornar el altarcito, ya medio preparado para la ceremonia de la mañana siguiente:

De pronto, asomó la portera y dejó ver su rostro trastornado.

—Señorita Blanca—exclamó—, en la puerta hay un hombre con una carretilla de mano; pregunta si vive aquí la señorita Estefanía de Pontmore. Antes de dejarlo que descargue, he subido a enterarme de si usted espera alguna cosa.

Blanca no aguardaba nada; pero Estefanía, que conservaba sus costumbres infantiles, a despecho de la gravedad que quería imponerse, palmoteó alegremente.

—Queridísima hermana — gritó —, apostaría algo bueno a que me traen flores de mi incógnito amigo.

Así, designaba al ser misterioso que en distintas ocasiones, durante el transcurso del invierno, la había obsequiado con magníficas cestas de flores.

Esta vez la carretilla traía también flores abundantísimas, las más bellas, las más perfumadas que el mes de julio vio brotar, pero aparte de las flores llegaron maravillas ante las cuales la niña quedóse muda, sumida en admiración extática.

Primero un altar portátil de mármol blanco, con tabernáculo, ángeles orantes, mantel de encajes y candelabros de plata.

Después un armonio, en el cual su hermana mayor, que no tenía piano desde que llegó a París, podría entonar los cánticos predilectos de la juvenil cultigante.

Y luego un lindísimo devocionario de marfil, con broches de plata, un rosario de lazulita engarzado en oro, una pila de alabastro para agua bendita y un relicario de esmalte con artísticas miniaturas.

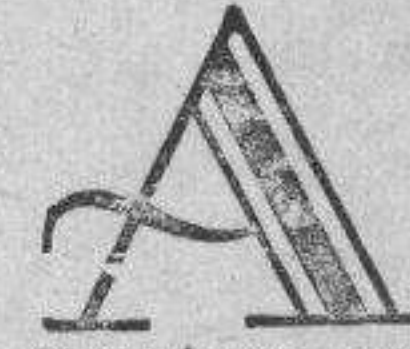
—¡Oh, Dios mío! — exclamó Estefanía—. ¡Ha pensado en todo! ¡Qué bueno es! ¡Con cuánta gratitud rezaré por el mañana! Ya veo que se empeña en ocultarse de mí—añadió sonriendo—; pero Dios, que todo lo sabe, sabrá descubrirlo.

—Sí, ruega por él, queridísima hermana—murmuró Blanca, con los ojos llenos de lágrimas, acariciando la frente pura de la inocente niña—; ruega para que Dios, llegue a él y lo ilumine y le conceda esta paz que el mundo no conoce.

Fueron tres días de bendición, tres días inolvidables los que pasó Blanca en aquel santuario, en acción de gracias por los favores celestes derramados en el alma de la inocente Estefanía. Dió al olvido las cosas terrenales, sintiéndose libre de inquietudes y de preocupaciones; en fin, saboreó toda la suavidad, toda la inefable dulzura de la promesa, formulada por Dios de hacerse

# A 366 años de una de las más brillantes páginas de la historia de España: LEPANTO

Por F. V. BUSTAMANTE



LOS 8 años Jeroním era un muchacho avisado y travieso como suelen serlo los de su edad; otro tanto le pasaba al pequeño Miguel, el hijo del Zurujano que en Valladolid pobremente aprendía a leer, y que por unos días, con permiso paterno holgaba de vacaciones en La Espina al cuidado de un tío o pariente suyo, monje de dicho monasterio. Un atardecer, había fiesta en Villagarcía y los dos muchachos por un fútil pretexto armaron ríña en la plaza del pueblo, que con este incidente se vio bien pronto poblada de mozalbetes comentaristas. No era entonces usual que los adultos transeúntes permaneciesen indiferentes al presenciar peleas de muchachos, antes al contrario, la intervención de los mayores ponía siempre término a estas incidencias, pero en la que nos ocupa había algo que pudiéramos llamar estrategia infantil caballerescas, que prolongó aquella lucha de mojicones y cachetes por varios minutos sin que nadie osara intervenir, ya que ni el travieso Jeroním ni el bélico Miguelito hacían uso de las artes para obtener la victoria sobre su adversario. Y hasta se comentaba después en aquel «villorrio» como cosa excepcional que los mozalbetes, luego de haberse zurrado de lo lindo se dieron la mano considerando ya definitivamente zanjada la cuestión. Una cuestión de honor entre protagonistas que no llegaban a los dos lustros.

Transcurrieron los años, y a bordo de las naves castellanicas el Destino de nuevo a los dos actores de la contienda infantil. Pero esta vez, ya no son ni Jeroním, ni Miguelito el hijo del Zurujano. El primero es un joven militar que con sólo 24 años, ostenta ya la más alta jerarquía que puede darse a un militar o marino de su época, Generalísimo de las Fuerzas de Mar y Tierra, de S. M. Felipe II, el monarca más poderoso de la Tierra.

Su nombre es Don Juan de Austria. El otro, el Miguelito de la infancia, todavía permanece en la casi obscuridad, ocupa su puesto entre las huestes cristianas, se bate como los mejores, y sufre heridas de tal consideración que es necesario amputarle un brazo; pero todavía, y que le queda asombra a las generaciones venideras y escala con su pluma las cumbres de la inmortalidad; de nada sirve su oscuro origen, su pobreza y sus vicisitudes en lóbregos calabozos. Mientras Don Juan de Austria pasa a la Historia como el héroe de Lepanto, su ingenio portentoso derrama en aquellas páginas castellanas de Don Quijote, Sancho y Dulcinea la sabia más rica y fértil de la literatura hispana. Su nombre, Miguel de Cervantes Saavedra.

Y con estos dos Principes, uno de las armas y otro de las letras quiso el Cielo que se escribiera la jornada gloriosa de Lepanto.

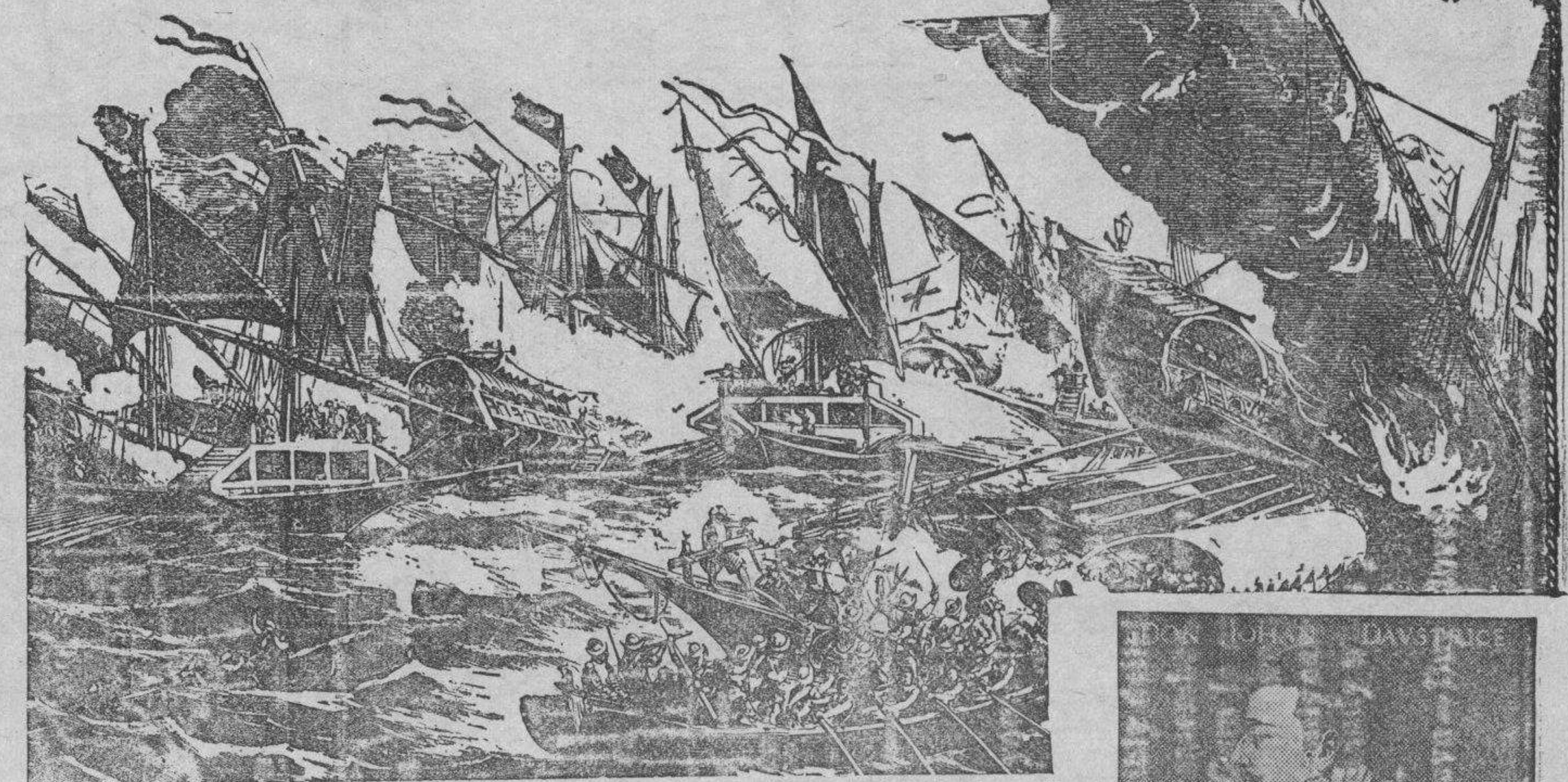
AGONIZABA en el Monasterio de Yuste la Católica y Augusta Majestad del Emperador Carlos V. En una mesa inmediata hay un sobre cerrado y lacrado, con instrucciones terminantes de que no debe abrirse ni su contenido ejecutarse hasta su fallecimiento. Y el Emperador rinde su postrer suspiro. Abierto el sobre por Don Luis Quijada, se lee en voz alta ante los familiares el histórico documento. Es el Testamento que Carlos V. ha-

La batalla de Lepanto: copia del cuadro de 1864, y entre otras cosas decía: «Que tanto estando yo en Alemaña después que embudé, hube un hijo natural de una mujer soltera, el cual se llama Jeroním».

A continuación se daban los detalles del sitio donde podría encontrarse el infante, de 11 años entonces.

Los albaceas cumplieron la última voluntad de Carlos V. Máximo Augusto César Invictísimo Germánico For-

ción turcos y berberiscos, batalla y escuadra pelagica. El nombre de España queda de tierras y mares amenaza eclipsarse. La pujanza otomana desafía al Occidente, y la salvación está en España. Ali Bajá y Selim tienen un poderío que es necesario exterminar. El escenario de la conflagración será Lepanto, la ciudad marítima de Grecia, en la provincia de la Acarnania y Etolia, costa septentrional del Golfo de Lepanto, antes Golfo de Corinto.



tísimo y Católico, cuyos títulos ostentaba el monarca por concesión del Papa Paulo III, en un Breve Apostólico.

Don Juan de Austria había nacido en Ratibona, en Alemania, el 25 de febrero de 1547. Su madre fué Bárbara Blomberg; se asegura que era de nobilísima familia, y su nacimiento fué en secreto. No se tuvo noticia de él hasta la muerte de Carlos V.

Pasó sus primeros cinco años en Ratibona, y después fué llevado a España y entregado a un matrimonio de la más alta alcurnia, Don Luis Quijada y Doña Magdalena de Ulloa quienes tuvieron a Don Juan de Austria en depósito hasta que Su Majestad lo reconoció como su hijo.

La educación de Don Juan, fué la que correspondía a su estirpe. Don Luis Quijada se mostraba orgulloso de ver la aplicación del joven que desde el primer momento exteriorizaba un talento excepcional y grandes dotes militares de serenidad, valor y caballería. Debido a esto, desde los doce años obtuvo licencia para cubrirse delante de Don Luis, y para ceñir espada.

Más tarde y ya con su hermano Felipe II llegó a ser su consejero y a desempeñar misiones difíciles que parecían incompatibles con su tierna edad. Y su educación se completó en la Real Ciudad de Alcalá de Henares, donde se convirtió en un gran latinista teniendo como compañeros de aula a Farnesio, el Duque de Parma y al Príncipe Don Carlos, su sobrino.

A los 18 años salió en socorro de Malta en grave aprieto por haber llegado a la isla la armada turca que desembarcó y atrincheró.

Y en 1567, cuando apenas tenía 22 años le vemos ya de Capitán General en la guerra de Granada, campaña en la que actuó durante tres años, entrando triunfante en Madrid el 13 de diciembre de 1570.

FRELEMINARES DE LEPANTO

Ocupaba el año 1571. Ocupaba la silla pontificia Pío V. La Cristiandad pasaba por difíciles momentos. Constantinopla quiere a todo trance imponer en el Mediterráneo su Media Luna, y ello hace que la República de Venecia, la Santa Sede y la Gran España formen una Confederación o Liga Santa. Se reúnen en Roma. Pío V. junto en su palacio a los cardenales Granvela y Pacheco, a Don Juan de Zúñiga, y a Miguel Soriano por parte de la República de Venecia; y de aquella reunión, surgió la epopeya de Lepanto. Ultimado el acuerdo de guerra el Papa nombró general a Marco Antonio Colona, Felipe II a Don Juan de Austria y Venecia a Jerónimo Zane, centralizando el mando en Don Juan de Austria, que quedó como Generalísimo de Mar y Tierra.

El comercio español, pujante en el siglo XVI, sufría la rapiña de los corsa-

El Papa bendijo el estandarte y el bastón que Don Juan llevaría en la guerra, y en Nápoles, en el Convento de San Francisco, los recibió Don Juan de manos del cardenal Granvela. El estandarte, con el bastón, se conservan hoy como reliquias en el histórico Archivo de Simancas. Era de color azul con Cristo crucificado y las armas del Pontífice al pie y las del Rey Católico y de la República de Venecia ligadas con una cadena, y más abajo las de la Crsa de Austria.

El Cardenal Granvela dijo: «Tomad, dichoso Príncipe, las insignias del verdadero verbo humano. Tomad la viva señal de la Santa Fe, de que en esta empresa eres defensor. El te dé victoria gloriosa del enemigo impío y que por tu mano sea abatida su soberbia». Y el pueblo contestó: Amén.

7 DE OCTUBRE 1571

Ya están listas las naves y las flotas poderosas se enfrentan. La formación de combate era la de media luna, figurando en el ala izquierda a lo largo de la Etolia, las naves del veneciano Bertarigo, que para no ser envuelto, se había acercado a la costa todo lo que pudo. El centro se componía de 63 galeras a las órdenes de Don Juan de Austria, secundado por Colonna y Vinier, y llevando a la popa su lugarteniente Requesens y el ala derecha estaba compuesta de unas 63 galeras a las órdenes de Doria, a quien tanto temían los musulmanes. La reserva fuerte de 35 buques, iba mandada por Don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz. Las naves habían salido de Messina, y estando en las islas Cuzolari tuvieron noticia de que la flota turca salía del puerto de Lepanto compuesta de 224 velas al mando de Ali Bajá. Don Juan ordenó poner en el sitio más alto las imágenes de Cristo y estando todos arrodillados delante de ellas se aumentó de tal modo el ánimo y el valor que en un momento y casi como por milagro se levantó por toda la Armada un grito de alegría que repitiendo en voz muy alta victoria... victoria! podían oírlo hasta los enemigos.

Después se juntan las dos escuadras y con estruendo las dos galeras capitanas, no sin que antes la artillería y los arcabuces hayan empezado su matanza entre las filas de Ali. Se generalizó el combate revolviéndose entre sí las galeras enemigas. Después del fuego de arcabuz y cañón, llegaba el abordaje y se peleaba con hachas y espadas, y rotas ya éstas se seguía luchando cuerpo a cuerpo. El aspecto era terrible. Poco importaba haber perdido la espada y que las finas hojas toledanas saltasen como astillas; se seguía peleando con puñales y dagas, y cuando también faltaron, se peleó con frascos, puños, uñas y boca; huyendo unos se arrojaban al mar, cristianos y musulmanes abrazados en tétrica lucha. Era un sonido infernal el choque del acero del cristiano con la maza del tártaro.



Don Juan de Austria. Copia del cuadro original que hasta hace cuarenta años poseía Don Federico Fernández de Velasco en su palacio de Soñanes, en Villacarriedo (Santander). La Sociedad de Bibliófilos españoles, en su edición de 1899 de Lepanto, escrita por él en 1590, honró dicha edición publicando en la portada este retrato, debido al pincel de Antonio Moro

o cuando la cimitarra del infiel zigzagueaba en el aire cortando cabezas con velocidad de huracán. Las balas eran más espesas que el granizo y el humo de la pólvora oscurecía el cielo que al dispersarse dejaba ver por unos momentos volar en el aire piernas, brazos, cabezas y cuerpos.

Y en aquella atmósfera de gloria y de muerte transcurrieron varias horas, hasta que un alarido de victoria cruzó el escenario como relámpago. Los cristianos que habían abordado la nave capitana de Ali, lograron dar muerte a éste y como trofeo exhibieron su cabeza en una pica, al propio tiempo que quitaban de aquella y otras naves el estandarte turco substituyéndolo por el del Cristo. Sin embargo la batalla se prolongó aún hasta que las sombras de la noche cubrieron la rada de Lepanto, a cuya hora el aplastamiento musulmán había sido completo. Murieron, de las fuerzas cristianas, siete mil quinientos. Los turcos perdieron en esta batalla 224 bajeles de los cuales 130 quedaron en poder de los cristianos, no más de noventa fueron echados a pique o quemados. Murieron más de 25 mil turcos y 5.000 quedaron prisioneros.

MILAGROS DE LA FE

Dada la batalla y antes de tenerse en Roma noticias del suceso se paseaba el Santo Padre Pío V. con el tesoro Donato Cossio, que más tarde fué Cardenal, y súbitamente se apartó de él, abrió una ventana y estuvo mirando al cielo. Cerró y dijo a su acompañante: «Andad con Dios, que no es tiempo de negocios, sino de dar gracias a El, porque nuestra Armada acaba de vencer en Lepanto».

Así era efectivamente; a aquella hora exacta Don Juan de Austria venció a los musulmanes.

Continua en la Pagina 11





# Los Conquistadores

LOVRIEN GREGORY & GLENN CHAFFIN

SUSANA HA SALIDO CON FRANK Y ELMER A COMPRAR LECHE PARA HACER CAFÉ PARA LOS EXPEDICIONARIOS, QUE PRONTO REANUDARÁN SU VIAJE HACIA EL LEJANO OESTE EN BUSCA DEL ORO.

¡SALTA MÁS, QUE ME ESTÁS PEGANDO CON LAS PIERNAS!  
¡ES QUE ERES MUY ALTO! ¡NO ESPERARÁS QUE VUELE COMO LOS PAJAROS!

¡TENEMOS QUE DARNOS PRISA Y COMPRAR LA LECHE PARA DEVOLVERNOS, PORQUE VA A OSCURECER!  
¡SÍ, APRESUREMOS-NOS, QUE SUSANA SE VA A LLENAR DE MIEDO!

¡ALLÁ VEO UNA CASA Y UNA LUZ!  
¡TAMBIÉN VEO UNA VACA!  
¡TIENES BUENA VISTA PARA PODER VER UNA VACA CON UNA LINTERNA!

¡NO DIJE QUE LA VACA LLEVABA LA LINTERNA.  
¡TENIA RAZÓN, SUSANA! SON VARIAS LAS VACAS!

¡HOLA! ¿DE DÓNDE VIENEN, MUCHACHOS?

VAMOS CON LOS EXPEDICIONARIOS DE CALIFORNIA, EN BUSCA DE ORO. ¿PODEMOS COMPRAR LECHE?  
¿A CALIFORNIA? ¿ME PARECEN MUY CHICOS PARA ESE VIAJE?  
¡A VER, CUÁNTA LECHE QUIEREN?

¡LLENEME ESTE BALDE! ¿COSTARÁ DIEZ CENTAVOS O ES MÁS DINERO?  
¡GUÁRDATE EL DINERO NIÑO! ¡ORDENA UNA VACA Y TE REGALO LA CANTIDAD QUE DESEES!

¡DÉJEME ORDENARLA YO, SEÑOR! ¡TENGO MÁS PRÁCTICA EN ESTAS FAENAS!  
¡CREO QUE SÍ! ¡FRANK HA ORDENADO MÁS DE UN MILLÓN DE VACAS!

¡TOMEN LA QUE QUIERAN, CHICOS! ¡YO TAMBIÉN VENGO DE LA MISMA TIERRA QUE USTEDES!  
¡FRANK, YA ES DE NOCHE! ¡TENGO MIEDO!  
¡CUIDADO, SUSANA! ¡TEN CUIDADO!

¡POR DIOS, ELMER, VEN AYÚDAME QUE ME VOY A CAER!  
¡SUJETAME FRANK, SUJETAME!

CONTINUARÁ

# TEMBLOR DE TIERRA

Por MARCIA DAUGHTREY

**T**OMMY TOMLINSON, el locutor de la emisora KNSI, de Culver City, California, se asomó a la puerta y le echó una sonrisa a Tomasita Thompson, a quien le habían dado el apodo de aquel.  
—¡Oye, linda, te gustaría ir de paseo conmigo esta noche? Estaba pensando en cenar en un restauran chino y asistir luego a alguna representación teatral.  
—¡Oh, estoy muy cansada!, respondió la muchacha.  
—¡Entonces vamos a un sitio donde haya tranquilidad!  
—Si vamos juntos, dejaría de haber tranquilidad.  
—¿Qué, tienes tanta estática?  
—¡Bastante!  
—¡Entonces, deberías practicar la televisión! Tal vez me verías con mejores ojos.  
Era la vigésima vez que Idem se negaba a acompañar a Tommy de paseo, y a él no le agradaba mucho esa actitud de indiferencia, conociendo como conocía la impresión que a las chicas románticas le producía su perfil apolíneo y a su cabellera Pompadour.  
—¡No me mire así!, dijo al fin, para sacarlo de sus profundas meditaciones. Y en seguida quiso cambiar el sesgo de la conversación para interesarlo en otro tema:

—¿Por qué será que la recepción de nuestra emisora no es tan buena como la de las de San Francisco?  
—¡Bah!— contestó Tommy— ¡A mí no me interesa la recepción de San Francisco! Lo que quisiera saber es por qué es tan mala la recepción en mis alrededores cuando estoy cerca de ti.  
**I**DEM suspiró, deseosa de "sintonizar" otro programa. Continuó hablándole con entera franqueza a su amigo:  
—¡Oiga, Tommy! Usted es un gran personaje y todo lo que se quiera, pero para mí no es nada más que un anunciador de la radio, que lee correctamente las cosas que otro le escribe en un papel...  
No sabía cómo describir con propiedad el asunto y tuvo que hacer una pausa. Luego añadió:  
—¡Por supuesto, tiene una voz melosa y amena, no hay que negarle eso! Es un fenómeno de acústica que triunfará hablando por el micrófono.  
Tommy no supo qué contestar. Se frotó las manos y soltó el primer pensamiento que se le vino a la cabeza.  
—¿Ha sintonizado otra emisora, por casualidad?  
—No, Tommy, no he sintonizado a nadie. Váyase y déjeme preparar este mapa en paz.  
Aquella misma tarde, cuando Idem salió de las oficinas de la emisora, donde trabajaba, encontró un policía merodeando por las inmediaciones de su automóvil.  
—¿Piensa estacionar ese vehículo permanentemente aquí?, le preguntó a la linda Tomasita.  
—¡Oh, perdone usted, señor! No ha sido mi intención violar las ordenanzas.  
En ese momento venía descendiendo las escaleras Tommy Tomlinson. El policía respondió:  
—De todos modos, déjeme ver su licencia para conducir autos.  
El agente comenzó a hacer anotaciones en su libreta y a escribir una tarjeta citando a la muchacha para que compareciera ante el tribunal. Idem pensó que aquella multa por estacionar el vehículo más del tiempo autorizado por la ley, iba a costarle suprimir de su presupuesto un par de medias y dos días de vacaciones en la Florida. En eso se presentó Tommy y preguntó, como intrigado:  
—¿Caramba, parece que estás siendo víctima de la estática otra vez!  
El policía miró y le hizo un saludo amable:  
—¡Hola, señor Tomlinson! ¿Cómo está usted? No lo había visto desde que me regaló las entradas para el concierto dominical de la emisora. Mi esposa y los chicos salieron regustados del programa.  
—¡He dejado tu automóvil en donde no se permitía?, indagó Tommy de Idem, aparentando que le había tomado prestado el coche y que era el culpable de la equivocación. El policía, dudosos, interrumpió en seguida:  
—¡Mire usted, señor Tomlinson, usted es mi amigo, pero las ordenanzas municipales hay que cumplirlas! Cuando el agente se alejó del grupo, la muchacha se volvió a Tommy:  
—¡Fué muy galante de usted, evitar la denuncia!  
—¡Bah!— repuso él secamente.—Esas cosas se hacen con los bronquitos...

**T**OMASITA THOMPSON iba a subir a su automóvil cuando se produjeron los primeros sacudimien-



La tierra comenzó a temblar y los edificios de la calle a derrumbarse como cajitas de papel. Parecía que el suelo cambiaba de posición, y ella sintió, por primera vez en su vida, el terror de la muerte paseándole por todo el cuerpo...

tos. La tierra comenzó a temblar y los edificios de la calle se derrumbaban como cajitas de papel. Parecía que el suelo cambiaba de posición y ella sintió, por primera vez en su vida, el terror de la muerte paseándole por todo el cuerpo. Tomlinson la cogió por el brazo y exclamó:  
—¡Entra al vestíbulo, pronto! Es el peor temblor que he sentido en muchos años... Subamos las escaleras, que tenemos mucho que hacer.  
Cuando llegaron a la sala del estudio la encontraron desierta. En las oficinas de la emisora no quedaba una sola persona. El único que había permanecido en su puesto era el técnico, que al ver a la pareja gritó consternado:  
—¡Márchense de aquí, por Dios! ¡La torre principal del edificio está a punto de desplomarse y moriremos como ratones!  
—¿Y usted, por qué se queda?, le preguntó Tomlinson.  
—¡Creí que podía ser útil en la labor de auxilio! El único medio de comunicación que hay es la radio. Tommy se volvió a la Thompson, decidido a decirle que se fuera inmediatamente, pero ella lo interrumpió:  
—¡Yo me quedo también!  
—¡Entonces, manos a la obra! Trata de comunicarte por teléfono con el cuartel de la policía y pregunta si podemos ayudar en algo. Dile que estamos haciendo servicio. ¡Date prisa!  
Otro sacudimiento de mayor intensidad hizo crujir en ese instante las paredes del edificio. La Thompson logró comunicarse con la policía, que necesitaba, según informó un sargento, avisarle al público lo que debía hacer, sin causar pánico ni precipitar las cosas.  
—¡Pues aquí tenemos a nuestro mejor locutor!— replicó ella.

—¡Entonces,—dijo el oficial—dígale que cite a los Legionarios para que se reúnan a la brevedad posible en las oficinas del Cuartel! Las personas que quieran trabajar como voluntarios en la labor de socorro deben dirigirse al ayuntamiento. La sección del suroeste es la que ha sufrido mayores daños.  
Pocos minutos después, la voz persuasiva de Tommy Tomlinson atravesaba el aire desde la emisora KNSI, tratando de tranquilizar al pueblo, dándole instrucciones a los voluntarios, movilizándolos todos los recursos para la obra de auxilio. Durante el resto de la noche, el famoso locutor no se despegó del micrófono, mientras su amiga ayudaba atendiendo al manejo del cuadro telefónico. Los cristales de varias ventanas se habían roto, pero el edificio continuaba en pie, en medio de los escombros del vecindario. Allí para el amanecer, Tommy le habló a su tocaya:  
—¿Quieres marcharte? El pánico que existe en trementado y dudo que alguien venga a relevarnos en muchos días.  
—¡No, yo me quedo!, contestó la valerosa Tomasita.  
Al día siguiente por la tarde, en un momento de sosiego, él abandonó el micrófono y se acercó a la mesita del teléfono, donde la hermosa, pero extenuada muchacha hacía su servicio. Le hizo una caricia pasándole la mano por la cabeza, y ella se volvió, sonriéndole con ternura.  
—¿Qué significa eso?— indagó él. ¿Un contrato por tiempo indefinido?  
Antes de que le contestara, se inclinó y le estampó un dulce beso en los labios. Después, se volvió hacia la caseta del técnico y preguntó, como extrañado:  
—¿Por qué no han llamado al párroco para que venga a celebrar la ceremonia?  
La tierra continuaba temblando, como sólo sabe temblar en California.







Allan Jones y su esposa, Irene Hervey, con el nene John.

# Larga ESPERA

Por Allan Jones

Hollywood.

**A**L ATRAVESAR los terrenos escenográficos de la Metro-Goldwyn-Mayer el otro día, ví a un joven que hacía tres o cuatro meses estaba contratado con la compañía. Sus ojos miraban con una mirada de preocupación y de ira. Parecía que estaba buscando algo. Caminaba sin entusiasmo y tenía los hombros como caídos.

Inmediatamente provocó mi simpatía, pues comprendí que se trataba de un actor que andaba buscando que le dieran un papel, y que había llegado al punto de la desilusión. Es corriente suponer que cuando uno consigue un contrato de cine eso indica que pronto aparecerá en películas. Pero esto es una falacia; lo primero que uno hace es esperar. Y esperar es lo más que desespera a las personas en el mundo!

A mí me sucedió lo mismo; firmé el contrato y me trasladé a Hollywood para convencerme de que lo último que uno hace aquí es trabajar en las películas. Ya nadie cree que ser actor de cine es una cuestión de magia negra, y hasta se da el caso de que aun cuando la persona tenga talento la impresión general es que antes de arriesgarse a aparecer ante las cámaras debe aprender algo de los aspectos fundamentales de la técnica pelicular.

Eso de que el artista sirve o no sirve es una leyenda en la que solamente creen los neófitos; los productores de cintas exigen no solamente una larga preparación en los artistas, sino que también éstos conozcan exactamente qué es lo que los hará triunfar en el lienzo. Todo aspirante a estrella debe de pasar por un período de aprendizaje, lo mismo que se requiere en cualquier otra profesión, aun suponiendo que posea amplios conocimientos sobre la técnica del cine.

**P**OR lo que a mí respecta tuve que aprender el ABC de esta materia desde que llegué a los estudios de la Metro, donde se dedicaron a entrenarme y enseñarme mucho antes de buscar una obra que se adaptara a mis aptitudes.

Esta búsqueda de una obra apropiada para mi tipo de personalidad estuvo llena de interesantes experiencias. Cada día que pasaba creíamos que faltaba muy poco para encontrar el vehículo de expresión que necesitábamos. Aguardar a que nos llegara el manuscrito ideal constituía otro motivo de ansiedad.

Mientras tanto yo me mantenía física y mentalmente preparado para que cuando me avisaran no me causara sorpresa. Hube de trabajar constantemente bajo la dirección de un experto en artes dramáticas, aparte de practicar de continuo con la voz y con el piano. Diariamente tenía que levantarme a las siete de la mañana, tomar una ducha y hacer ejercicios. Luego de tomar el desayuno, como a las nueve y media, tenía que caminar por media hora. Después, sentado al piano, debía hacer ejercicios de canto hasta medio día. A esa hora, almorzaba.

Después de almuerzo, iba al estudio, visitaba mis amigos o tomaba parte en algún acontecimiento social o público, como por ejemplo hacer acto de presencia en una función de beneficio. Otras veces iba a ver alguna amiga que me explicara los secretos del trabajo de actor. A medida que me iba relacionando con los artistas, reservaba algunas horas para salir a cenar afuera con alguna muchacha bonita por lo menos dos veces a la semana. Alternaba mis ratos de diversión



Allan Jones, el joven galán de la Metro, descubierto por Joan Crawford, en una pose típica de la vida real.

con actividades comerciales, entre las que recuerdo haber tomado parte en la compra de unos terrenos, y adquirir un caballo que luego vendí haciendo una pequeña ganancia.

**P**ERO volvamos a la rutina del trabajo, que es lo que me propongo explicar en este artículo. A las dos y media de la tarde debía de practicar ejercicios de voz otras dos horas bajo la dirección del maestro. De 4 a 6 de la tarde tenía que tomar parte en las conferencias que se celebraban en las oficinas de los jefes para seleccionar un manuscrito apropiado para mí.

De allí a cenar, y después una infinidad de obras para leer. En aquel entonces yo vivía en la cima de una montaña frente a Hollywood. Podía abarcar toda la ciudad desde las ventanas de mi dormitorio o de la sala de la casa. Mirando por las ventanas de la cocina se podía ver del todo la extensión del Valle de San Fernando, una vista grandiosa y bella.

Sin embargo, nunca tuve tiempo de contemplar este paisaje delicioso hasta después que empecé a trabajar efectivamente como actor. Todo el tiempo anterior me lo había pasado esperando. En esta larga espera aprendí a ser paciente y laborioso. En ocasiones me sentaba frente a la lumbre de la sala y me dedicaba a ver quemarse los leños, y cuando los leños se habían quemado me dedicaba a leer, y cuando los libros se terminaban me iba al patio a tirar piedras al aire, y cuando se acababan las piedras me metía en mi automóvil y me iba a visitar los estudios de otra compañía cinematográfica.

Allí ví trabajando en una escena a la muchacha más bella que he conocido en mi vida. Me estuve contemplándola lar-

go rato, hasta que alguien se apiadó de mí y me la presentó. Se llamaba Irene Hervey.

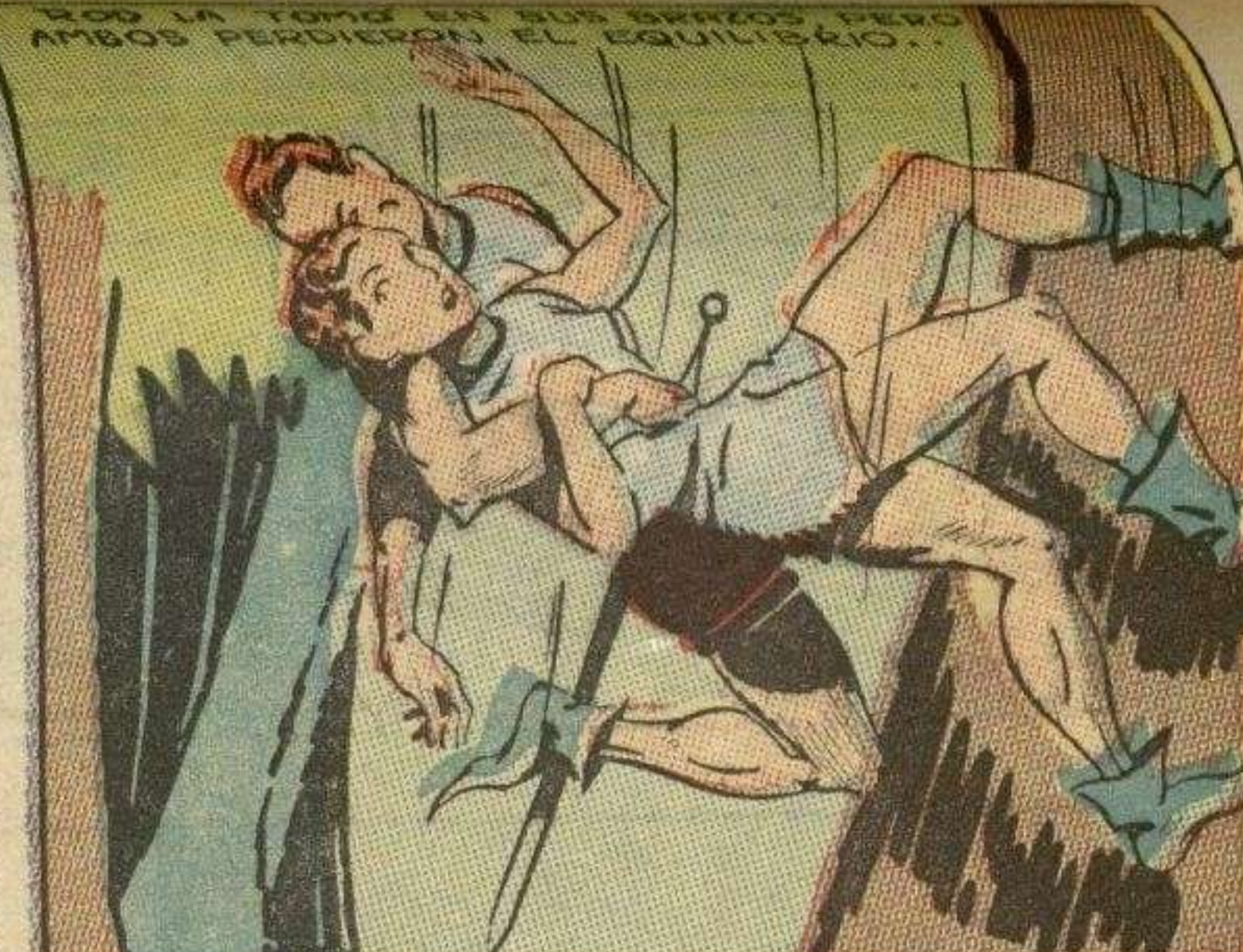
Durante los dos meses que siguieron me sumergí en un idilio que aumentaba mi entusiasmo por el trabajo y que me servía de consuelo en mi espera. Ya no tenía que leer más libros ni lanzar piedras al aire. Mi deporte favorito era visitar los establecimientos en busca de camisas y corbatas llamativas para lucírselas a Irene.

Estaba profundamente enamorado y ya el tiempo no tenía importancia para mí. Vivía en un mundo distinto, lleno de encantos, en el que las cosas más insignificantes me parecían magníficas. Al cabo de algunos meses de galantería logré conquistarla y nos casamos. Todas las historias buenas deben de terminar así.

Quizás un actor es siempre un actor, y lo mismo le sucede a las que tienen alma de actriz. Irene compartió conmigo las ambiciones que acariciaba y me ayudó mucho en mi labor. Llegó el día en que la Metro me mandó a buscar. Habían encontrado una obra en la cual podría yo hacer un papel adecuado a mi personalidad. Se titulaba Una Noche en la Opera.

Desde entonces he gozado muchos momentos de dicha. Irene piensa en cincuenta mil cosas que podríamos hacer, pero yo carezco de tiempo para lo más mínimo, porque en seguida que terminé mi trabajo en La Luciérnaga me asignaron otra obra con Judy Garland, y además tengo un hijo que se llama John Allan y que necesito cuidar.

Fuera de esto, mi única actividad es hacer películas. La vida de un artista de cine puede ser feliz si el artista la vive. Yo la estoy viviendo—vivo mi trabajo y la dicha de mi hogar.



## NUESTRA ALDEA

## ¿Dónde es el fuego?





# Myra la Intrepida



**MIENTRAS LEW WEN, EL DETECTIVE DE DESCENDENCIA ORIENTAL, TRATA DE ESCAPAR DE SUS PERSEGUIDORES, JACK LANE HA LLEGADO AL CASTILLO SUBTERRANEO DE LING SIN, DONDE ESTÁ SU COMPANERA Y NOVIA MYRA LA INTREPIDA.**

**JACK SE SORPRENDE AL VER QUE MYRA NO LO RECIBE CON AFECTO. LA ENCUENTRA TRABAJANDO EN EL LABORATORIO DE LING SIN, DESPUÉS DE HABER RECIBIDO EL TRATAMIENTO "E".**

MYRA, EL CAMBIO QUE HAS SUFRIDO ES INCONCEBIBLE. ¿NO ESTÁS INTERESADA EN SABER LO QUE NOS PASÓ A LEW WEN Y A MI EN LA CIUDAD?

¡EN ESTE MOMENTO, NO! POR FAVOR, NO QUIERO ECHAR A PERDER ESTE EXPERIMENTO.

¿LING SIN, QUÉ LE HAS HECHO A MYRA? ESTOY PERDIENDO LA RAZÓN. ESA MUJER CHACHA ES UNA PERSONA COMPLETAMENTE DIFERENTE.

¿TIENE USTED RAZÓN, SARGENTO? SE HA CONVERTIDO EN UNO DE MIS AYUDANTES, VENGA Y LE EXPLICARÉ.

¿ESTA PIEZA ESTÁ LLENA DE ABEJAS?

SÍ, PERO NO HAY PELIGRO. NO HACEN DAÑO CUANDO ESTÁN EN COMENA.

JACK-EL HOMBRE TIENE MUCHO QUE APRENDER DE LA ABEJA PARA SU PROGRESO SOCIAL. PARA ESO ES ESTA HABITACIÓN. LA ABEJA DOMINA LA LÓGICA DE LA VIDA. HAY AQUÍ EN ESTA SOCIEDAD ZANGANOS, VIGILANTES, OBREROS, NINFAS REALES, Y LA REINA. TODOS VIVEN EN ARMONÍA, CONTENTOS DE SU COMETIDO INDIVIDUAL.

¿Y ESTE ES SU PLAN PARA EL MUNDO FUTURO?

¡EXACTAMENTE! CADA CUAL TENDRÁ SU MISIÓN QUE CUMPLIR. LOS ZANGANOS SERÁN EJECUTADOS TAN PRONTO HAYAN CUMPLIDO SUS DEBERES BIOLÓGICOS.

¿Y SOY YO UNO DE ESTOS ZANGANOS?

¡SU ALTEZA, TENEMOS NOTICIAS DE SUMA GRAVEDAD.

¿CUÁLES SON?

VEA. EL DETECTIVE LEW WEN SE NOS HA ESCAPADO. AHORA ESTÁ EN EL MINISTERIO DE LA GUERRA.

**NUEVAMENTE, EL DR WU LE MUESTRA EN SU APARATO A LING LAS OFICINAS DEL GOBIERNO, DONDE LEW WEN ESTÁ EN CONFERENCIA CON LOS ALTOS FUNCIONARIOS DEL EJÉRCITO Y LA ARMADA.**

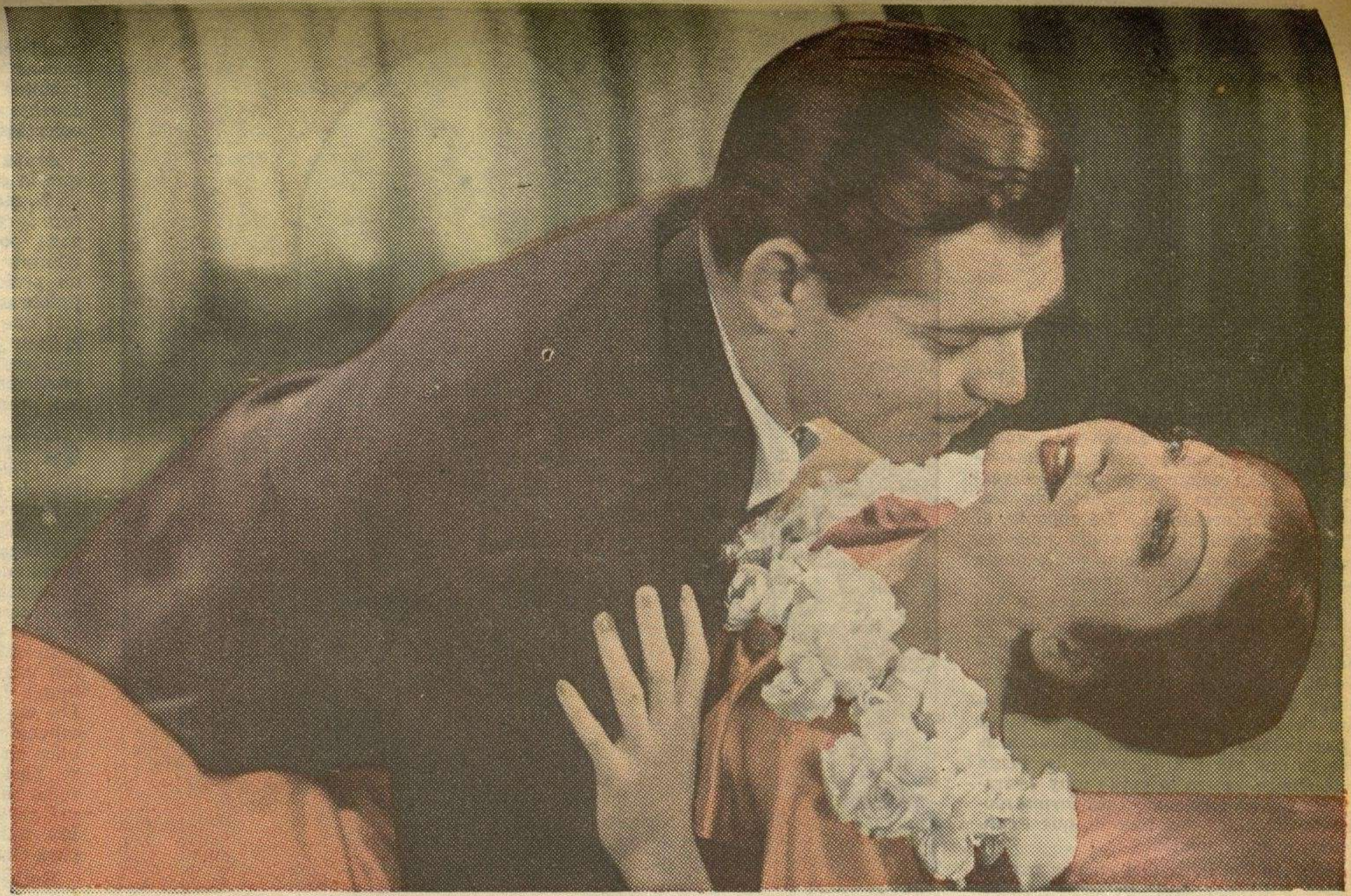
CABALLEROS-GRACIAS A LA COOPERACION DEL AGENTE WEN HEMOS LOGRADO IMPEDIR EL PÁNICO FINANCIERO Y DETENER EL AVANCE DE LA PLAGA "X". DEBEMOS TOMAR PRECAUCIONES PARA EVITAR EL PRÓXIMO GOLPE DE ESTA FANÁTICA LING SIN.

SEÑORES, A MÍ ME PARECE QUE LO MÁS INDICADO ES DESTRUIR EL CASTILLO SUBTERRANEO DE LING SIN, QUE DEBE ESTAR SITUADO CERCA DE AQUÍ. ¿PUEDO SUGERIR UN PLAN?

# Las Lunas de Miel

**Los Artistas de Cine Se Casan y Hasta Son Felices, Pero Solo Viven el Idilio en las Películas**

Por Ada María Duque



Claudette Colbert tenía que filmar tantas películas, como ésta con Clark Gable, que no pudo hacer el viaje de novios con su esposo, el Dr. Joel Pressman.

Hollywood. **L**OS MATRIMONIOS hollywoodenses no son como los que vemos en las películas o los que describen las novelas; ni siquiera se parecen, en cuanto a su aspecto idílico, a los de las personas de más modesta posición social. Entre la gente que no goza de fama, que es el 99 por ciento de la humanidad, el matrimonio tiene su época de romántico esplendor y eso que llamamos la luna de miel. Los pobres artistas de cine están tan ocupados en la labor de hacer escenas amorosas en el lienzo que apenas disponen del tiempo necesario para sentirse transportados al país de los sueños cuando por fin realizan la ilusión color de rosa del matrimonio.

¿Pero puede llamarse ilusión color de rosa a estas bodas a la carrera, y a estas uniones que a veces culminan en el divorcio sin que se haya pasado por la luna de miel? Conozco algunos casos de artistas que cuando se casaron estaban filmando obras de importancia y no pudieron dar el acostumbrado viaje de novios. Lo pospusieron para una fecha conveniente, sin sospechar que entretanto iban a reñir y provocar la separación con vistas al divorcio. Luego se reconciliaron y fué entonces que se dieron cuenta de la necesidad que es el matrimonio a prisa y sin los alicientes de la comprensión. Nunca dedicaron tiempo a sus vidas, porque tenían la mente fija en el trabajo o en actividades de otro género que le robaban el derecho al hogar y al corazón.

Westmore se casaron y no pudieron marcharse lejos de los estudios donde trabajan. "La luna de miel—dijo Martha—la llevamos en el corazón, y nuestro amor es tan grande que no nos importa donde la tengamos que pasar." Pocas semanas más tarde la romántica Martha había demandado a Buddy en acción de divorcio, acusándolo de tratarla con crueldad y de divergencias con la suegra.

Los incidentes que precedieron al casamiento de Gloria Stuart con Arthur Sheekman son de lo más jocoso que puede suponerse. Los padres de Gloria fueron a la ciudad de Aguas Calientes el día antes de la boda para hacer las gestiones necesarias. Al otro día salieron Gloria y su novio en automóvil. En el camino, el viento le llevó el sombrero a ella, y Arthur tuvo que retroceder en el auto para recuperarlo. Tanto retrocedió que en poco más se van por un precipicio. Luego tuvieron que hacer una larga caminata para conseguir que varias personas vinieran a saacar el coche de su atoladero. Después de tantos inconvenientes, llegaron a la ciudad donde se iban a casar en un estado de ánimo terrible y con las ropas todas estropeadas. ¡Y por supuesto, a ninguno se le ocurrió pensar en viaje de novios ni en lunas de miel!

Entre los pocos que lograron escapar a los viajes de novios sin que ello afectara su felicidad, hay que citar a los jóvenes artistas Allan Jones e Irene Her-

vey. Este sí que puede decirse que fué un matrimonio romántico y lleno de ilusiones. En la casita que poseen en lo alto de una montaña han construido su nido de amor, y tenemos entendido que Irene espera pronto la llegada de un heredero.

Joan Crawford y Franchot Tone se casaron en Greenwich, cerca de Nueva York, y pasaron la luna de miel en el hogar de los padres de Tone, en Niágara Falls. Desde que hizo su primer matrimonio con Douglas Fairbanks, Jr., que culminó en el divorcio, Joan se ha puesto muy supersticiosa y no le gusta hacer mucha fiesta con motivo de su segundo experimento.

**G**AIL PATRICK y Robert Cobb tampoco pudieron escaparse en viaje de novios, debido a los compromisos de ella en el estudio. Sin embargo, Cobb, que es el propietario del famoso restauran Brown Derby, combinó sus vacaciones con la época de ocio de Gail y juntos hicieron un viaje a Nueva York por la vía del Canal de Panamá.

Arline Judge y Dan Topping se casaron en Reno, la Meca de los Divorcios norteamericanos, inmediatamente después de obtener ella en dicha ciudad el divorcio de su anterior marido, Wesley Ruggles. Para que la felicidad les durara algo, partieron en seguida para Honolulu. Todavía están casados y son dichosos.

Harriet Hilliard y Ozzie Nelson, el director de orquesta, pidieron un día de permiso para casarse. Se fueron al cine y al día siguiente él volvió a su trabajo en el Hotel Lexington. Dos días más tarde, Harriet partió para Hollywood a empezar la filmación de su primera película.

Miriam Hopkins y el director Anatole Litvak; Alice Faye y Tony Martin; Lili Damita y Errol Flynn; he ahí tres parejas que se casaron sin luna de miel. En las épocas que escogieron para unirse, estaban atareadísimos filmando cintas, y después han continuado atareados. Janet Janice Jarrett, en cambio, no solamente no pudo realizar su viaje de novios con el agente de la "secreta federal, Melvin Purvis, sino que el matrimonio se agió inexplicablemente cuando ya se habían repartido las invitaciones para la ceremonia en la ciudad de San Antonio.

Bette Davis y Harmon O. Nelson se casaron y salieron de viaje para Santa Bárbara... donde Bette tenía que filmar varias escenas de una película que estaba en curso de producción. Joel McCrea hace tiempo le prometió a su esposa, Frances Dee, llevarla de paseo al Hawai.

Jeanette MacDonald y Gene Raymond supieron hacer su boda un éxito porque no querían caer en el error de muchos compañeros. Prepararon un programa para pasar la luna de miel en Honolulu y lo cumplieron, con la satisfacción de ver a sus amigos y admiradores vitorearlos y despedirlos con una lluvia de rosas y orquídeas cuando el vapor zarpó del puerto de Los Angeles. Cuando llegaron al Hawai, allí también los aguardaban con camelias y gardenias y los tradicionales ornamentos que lucen los novios nativos. Seis meses pasaron en la gloria, olvidados del mundo y de Hollywood.

**T**EMEROSA de que Darryl Zanuck, el jefe de producción de los estudios Twentieth Century-Fox, fuera a inventar alguna película para ella a última hora, June Lang se agarró del brazo de su esposo Victor Orsatti al terminar la recepción celebrada en el Trocadero para festejar su boda, y le dijo: "¡Vámonos de aquí, que no estaré tranquila hasta

## A las MUJERES que pasan de los 40

Si está usted llegando a la edad crítica, al período tan difícil de la menopausia (cambio de vida) y, como es natural se encuentra abatida, nerviosa, falta de ánimos—pruebe el tónico exclusivo para la mujer, el Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham. Deje que sus benéficas hierbas y raíces contribuyan con la naturaleza a tonificar su organismo y calmar su estado nervioso dándole más energías para continuar disfrutando de la vida.

Desde hace más de 60 años unas mujeres se dicen a otras que "para sentirse bien" no hay nada como el Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham. Alivia los males que ocasionan los desarreglos femeninos. Más de un millón de mujeres han escrito cartas de agradecimiento por los magníficos resultados obtenidos con el Compuesto de Pinkham. Pruébelo usted.



98 de cada cien les hace BIEN

Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham



# Juegos de SALÓN

Por Graciela Rivas

Hollywood

¿QUE hacer cuando se está celebrando una fiesta y las cosas se ponen aburridas y amenazan a echar a perder la diversión? A menudo sucede esto en las fiestas más interesantes. De repente, el ambiente se amodorra y nadie sabe las causas, y lo que es mucho peor, nadie sabe cómo remediar la situación.

Para esto es, precisamente, que se han inventado los juegos de salón. Había en Hollywood un juego muy interesante que simulaba un asesinato y su explicación. Pero el otro día Loretta Young nos sorprendió a todos los invitados a una fiestecita de íntimos enseñándonos a jugar un pasatiempo que se llama Indiciones, y que es una versión diferente del juego del asesinato. Para la gente muy estridida y formal no hay como esta forma modificada del viejo pasatiempo, que explicaremos a continuación.



Sonja Henie no podría simular a una patinadora en un juego de salón, pero sí podría imitar a Greta Garbo en las reuniones sociales de Carole Lombard.

Dividense los invitados en dos grupos iguales, y hágase salir del salón a uno de los grupos. Entonces cada grupo escribe un número de lemas, títulos de libros, proverbios, frases hechas, etc. igual al número de personas del grupo contrario. Luego se decide el tiempo que se concederá para representar las referidas ideas. Al empezar el juego, el jefe de uno de los bandos le dá a uno de los miembros del otro bando una de las líneas escritas para que la represente. El grupo al que pertenece el actor debe adivinar cuál es la línea según la mímica y las acciones del compañero seleccionado.

La colonia artística se vale con frecuencia de los servicios de prestidigitadores, ilusionistas, adivinos, astrólogos, palmistas, grafólogos y gitanos para animar sus fiestas sociales. El más querido de los entrenadores era el fenecido Cheiro, que atraía a las estrellas más encopetadas cuando se anunciaba que iba a estar presente en alguna reunión de Hollywood.

Se le puede preguntar al actor el número de palabras que hay en la línea y cuál es la palabra que está representando en cualquier momento dado. El puede contestar valiéndose sólo de los dedos. Cuando alguien está acertando con la contestación, él lo indica señalando a sí mismo; si no están acertando lo indica señalando lejos de él.

Rosalind Russell es una experta en grafología y con frecuencia analiza los especímenes de la escritura de sus amigos artistas. No hace mucho asistió a una fiesta un famoso grafólogo. Rosalind le leyó su caligrafía y le dijo cosas que lo dejaron asombrado.

Ejemplo: si el actor está representando una oración que dice amor a la carrera, debe de hacer la mímica de un hombre enamorando a una muchacha y luego salir corriendo.

A Carole Lombard le encantan las diversiones, lo mismo cuando es ella la anfitriona que cuando es una de las invitadas. Una vez alquiló un lugar de diversiones para darle una fiesta a 300 invitados y los juegos de salón fueron la nota saliente de la noche.

ROSEMARY LANE y sus hermanas, Lola y Priscilla, celebran unas fiestecitas animadísimas y siempre están inventando diversiones para recrear a sus invitados. El repertorio de juegos de salón que se hacen en el hogar de estas gentiles anfitrionas es amplio y variado, pero hay un juego llamado Intel que es de lo más interesante, y que ya se está haciendo popular en las reuniones de las estrellas.

Había un adivino en Hollywood que vaticinaba el futuro a través de unas columnas de humo salidas de velas perfumadas. El pasatiempo se hizo célebre entre los artistas, pero resultaba bastante caro por el número de velitas de perfume que había que comprar.

Intel es una contracción de la palabra inteligencia, que es lo que se necesita para poder hacer este juego, una especie de serie de anagramas, pero con más complicación.

Los juegos y las triquiñuelas de naipes son muy corrientes para después que se

puede consistir en salir de la casa y regresar dentro de media hora con un guante autografiado por un policía. Huelga añadir que a veces se reúne una colección interesantísima de prendas.

Anita Louise ha originado un juego que le encanta. Toma un reloj antiguo en la mano, de esos que tienen un minuto larguísimo, y sincroniza a cada persona por separado para determinar el número de palabras que puede decir en un período de tiempo dado. Todas las palabras deben empezar con la letra inicial que se dé. Las personas empiezan a decir palabras kilométricas, en vez de palabras cortas, y el resultado es que los participantes tienen que pagar numerosas prendas.

GLORIA STUART prefiere jugar un pasatiempo que se llama geografía. Dos de los presentes salen de la sala, y seleccionan el nombre de una ciudad, país, montaña o lugar geográfico que representarán. Luego idean un programa y cuando vuelven a la sala hacen la representación. Por ejemplo, si deciden representar la isla de Cerdeña, entran a la sala empujándose, preguntando si hay suficiente espacio y simulando que quieren usar un abrelatas. Ahora bien: en inglés la palabra Cerdeña es Sardinia. Los empujones y la idea de que no hay espacio sugieren la aglomeración de público en los trenes subterráneos de Nueva York, de cuyos ocupantes se dice van como sardinas enlatadas. De ahí la idea del abrelatas y la relación con la palabra Sardinia, que es el término inglés para Cerdeña.

Rochelle Hudson acostumbra jugar un juego telepático y psíquico que se llama radio. Mandan a uno de los presentes que se aleje de la sala mientras los demás deciden lo que esa persona deberá hacer cuando regrese. Convenido el asunto, los participantes empiezan a concentrar. Se conecta el radio al entrar la persona a la sala y se le sube o se le baja el tono según esté acertando o no lo que debe de hacer.

El juego predilecto de Alice Faye y Tony Martin se llama personajes. Dos personas son mandadas alejarse de la sala, mientras los concurrentes deciden qué personaje famoso representarán cada uno al entrar. Luego los llaman por separado y se les dice a cada uno lo que el compañero ha de representar. Entran y se sientan, entablado conversación. En esa conversación cada uno le hace muy vagas sugerencias al otro sobre el personaje que representa. Solamente deben representarse personajes muy conocidos para este juego.

En cierta ocasión June Lang y Harry Ritz fueron las personas que salieron de la sala. Se le dijo a June que Harry era Clark Gable, y a Harry que June era una cantante de ópera muy famosa pero muy gorda. Cuando se devolvieron a la reunión, June le preguntó a Harry si no se cansaba de firmar tantos autógrafos y de las adulaciones del público. Cuando mencionó el detalle de las orejas inmediatamente se pudo identificar el nombre del famoso actor.

JOAN BLONDELL y Dick Powell prefieren montar obras teatrales de memoria, haciendo una especie de parodia o representación burlesca del original, o preguntándose pasajes de los libretos. Este pasatiempo es muy divertido, pues los artistas pueden decir lo que se les antoje y como no siempre aparecen todos en escena siempre hay un grupo que hace de público. Ha habido ocasiones en que las obras han contado en sus repartos a James Cagney, Chester Morris, Frank McHugh, Albert Hackett, Frances Goodrich, Gloria y Joan Blondell, Frank Rowan y Dick Powell.

Por ejemplo, si al cómico Hugh Herbert se le pregunta el chiste que le toca decir en tal o cual escena de una obra, y no lo recuerda mientras se cuentan diez, debe de pagar prenda. Esta prenda

Harry entonces empezó a felicitar a June por los conciertos que había dado recientemente y le dijo que su voz era magnífica, pero al mismo tiempo le sugirió que hiciera algo para rebajar de peso. Como hay tantas cantantes de ópera que son gruesas, June comenzó a adivinar hasta que dió con el personaje representado.



FRAGMENTOS DE LA HISTORIA HUMANA LA EDAD DEL HOMBRE

EL PITHECANTHROPUS ERECTUS, CUYOS RESTOS FÓSILES FUERON C hallados en la isla de Java por el doctor holandés Eugenio Dubois, es uno de los antecesores primitivos más remotos del hombre actual, y los antropólogos lo consideran un eslabón entre el mono y la especie humana.

EL CRANEO DE ESTE TIPO ERE DE CONFORMACIÓN LARGA Y BAJA, Y TENÍA LA FRENTE MÁS ECHADA HACIA ATRÁS QUE EL CHIMPANCÉ. TENÍA UN CEREBRO DE ALREDEDOR DE 985 CENTÍMETROS DE CAPACIDAD, A DIFERENCIA DE LOS CHIMPANCÉS MÁS GRANDES QUE SÓLO TIENEN UNOS 600 CENTÍMETROS CÚBICOS DE CAPACIDAD.

¿POSEE LA ASTUCIA DEL HOMBRE Y LA FEROCIDAD TERRIBLE DE LAS BESTIAS SALVAJES!

¿A MÍ NO ME PARECE TAN FIERO COMO LO PINTAN!

¿OIGA, IDIOTA, ¡ALEJÉSE DE ESA JAULA! ¿QUIERE QUE LO MATEN?

¿BAH! ¡TIENES CARA DE RATÓN!

¿OIGA, IDIOTA, ¡ALEJÉSE DE ESA JAULA! ¿QUIERE QUE LO MATEN?

¡SOCORRO! ¡EL HOMBRE-BESTIA SE HA SOLTADO! ¡SÁVESE EL QUE PUEDA!

¡BAH! ¡TIENES CARA DE RATÓN!

¿POR NADA DEL MUNDO ME VUELVO A METER EN ESA JAULA! ¡NO ME IMPORTA QUE QUIEBRE EL CIRCO!

¿NO TE LO DIJE QUE ESE HOMBRE-BESTIA ERA PURA FARSA?

¿SERÁ UN TIMO Y TODO, PERO ES BASTANTE SALVAJE, CHICO!

Con Cafiaspirina cesa cualquier dolor de cabeza

¡Qué sorprendente y qué admirable es la prontitud con que la Cafiaspirina alivia hasta el más terrible dolor de cabeza! Por eso la Cafiaspirina es el producto de confianza contra los dolores.

**CAFIASPIRINA**

alivia y reanima

Pida las tabletas de Cafiaspirina protegidas en papel CELLOPHANE.

BAIER



# AUNQUE PAREZCA INCREIBLE

POR JOHN HIX

**EL DESTINO NUMEROLÓGICO DE LUIS FELIPE!**  
 ESTE REY DE FRANCIA FUE CORONADO EN 1830. SI SUMAMOS A ESTA CIFRA LOS DÍGITOS DEL AÑO DE SU NACIMIENTO, O DEL DE SU ESPOSA, O DEL AÑO DE SU MATRIMONIO, LA SUMA TOTAL SERÁ 1848, O SEA LA FECHA EN QUE FUE ECHADO DEL TRONO.

1830	1830	1830
1773	1782	1809
1848	1848	1848

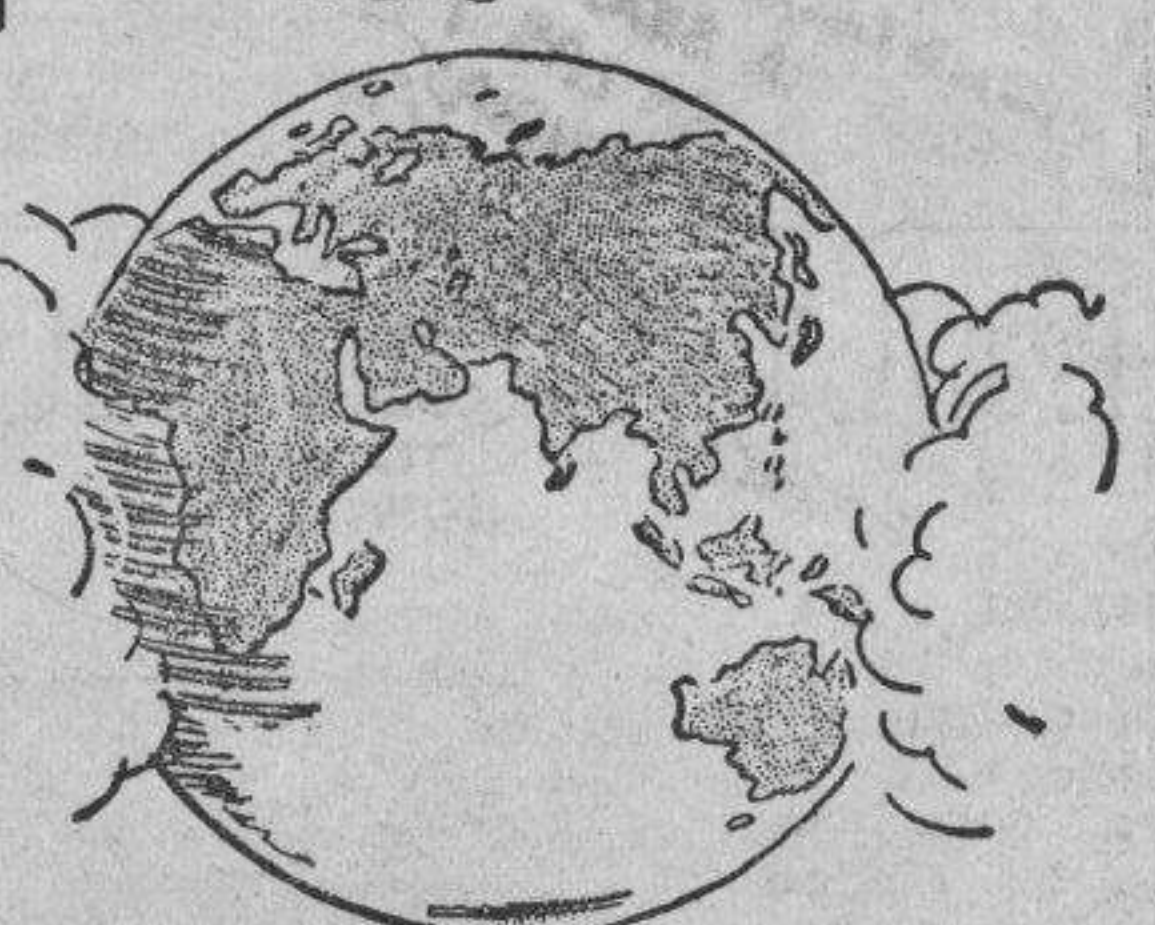
## EL ALMIRANTE NELSON

MÁXIMO HÉROE NAVAL DE INGLATERRA, MIRÓ POR SU TELESCOPIO CON EL OJO CIEGO QUE TENÍA PARA NO VER UNA SEÑAL DE RETIRADA QUE LE DIERON EN LA BATALLA DE COPENHAGEN, EL 1 DE ABRIL DE 1801. ¡...Y SALIÓ VICTORIOSO!



**EN VENECIA, ITALIA, HAY AMBULANCIAS FLOTANTES, Y LOS CONDUCTORES SON GONDOLEROS...**

**¡PESO ARRIBA!**  
 EN EL HEMISFERIO NORTE DE LA TIERRA HAY DOS VECES MÁS TIERRA QUE EN EL HEMISFERIO SUR...



## EL HOMBRE-GORILA

BUHRAM -- BANDIDO HINDÚ, ESTRANGULÓ CON SUS MANOS A 931 PERSONAS EN UN PERÍODO DE 40 AÑOS. SIGLO 19

**EL LAGARTO PAPEL SECANTE!**  
 EL LAGARTO MOLOC, DE AUSTRALIA, SE SATURA DE AGUA COMO UNA ESPONJA...

**Luis XIV**  
 fué Rey de Francia durante 72 años.



visible en la tierra para los corazones puros. Y en la mañana del cuarto día exhaló un suspiro de pena al abandonar las cumbres del Tabor para emprender de nuevo sus ocupaciones cotidianas para cumplir con los vulgares deberes que llenaban su existencia. Pero no; para Blanca el cumplimiento de un deber nunca podía ser una vulgaridad. Hacer bien todo lo que tiene uno a su cargo, y hacerlo en el momento oportuno y en la forma apetecida, ¿no es el colmo del arte?

Cuando llegó al palacio de Wronzoff se le antojó que la opulenta morada había adquirido aspecto hospitalario y benévolo que hasta entonces no mostró. Dimitri parecía estar acochándola a la entrada, tan inmóvil como las estatuas de bronce que sostenían una gran farola de cristal a cada lado de la escalinata.

Pero los ojuelos verdes del leal servidor relampagueaban como revelando cierta impaciencia. Creyórase que tenía que comunicar algo importante a Blanca. La secretaria le dirigió una mirada interrogadora.

—El señor conde aguarda a la señorita—se limitó a decirle, frotándose las manos.  
 —¿Acaso llevo con retraso?—preguntó Blanca muy inquieta.  
 —No, no; por lo menos Su Excelencia nada ha dicho. Pero me figuro que el señor conde aguarda a la señorita.

Con emoción que en vano pretendió disimular, entró la secretaria en el despacho. Se le antojaba que los cuatro días de ausencia debían de haber producido cambios en todo, y, además, sentía el agobio de la gratitud que necesariamente tenía que guardar con el mayor cuidado en el fondo del corazón. El obsequio —la muchacha no abrigaba duda alguna respecto al autor— había sido un modelo de delicadeza y de afecto para la enfermita. Resultaba durísimo no poder pronunciar la palabra gracias.

La amplia habitación hallábase desierta, pero, por vez primera, la encontró Blanca adornada con flores.

La mano de Blanca tembló mientras mojaba la pluma en el tintero, y trató de disimular el temblor, apoyándola en la mesa.  
 —Deseo terminar este trabajo, que he comenzado con usted, antes de regresar definitivamente a San Petersburgo.  
 ¡Definitivamente! ¿Por qué esta palabra tendió algo así como un velo sombrío ante los ojos de Blanca? ¿Por qué se le anudó la garganta y se le humedecieron los párpados?  
 ¡Ahora se lo explicaba todo! El soberbio altar de mármol y cuanto acompañaba a aquel obsequio de príncipe eran regalo de despedida, delicada muestra de gratitud por los insignificantes servicios que le había prestado. No quiso Blanca alzar los ojos, para

para acudir al lado de usted. ¡Pobre, pobre Alejandra! ¡Cuántísimo lamentará usted no haberla perdonado antes de su última hora!  
 —Hace mucho tiempo que vengo pidiendo a Dios se dignase concederle el arrepentimiento y el perdón —murmuró el conde—; en cuanto a mí, el olvido no era posible.  
 Reinó silencio profundo, tan profundo que hubiera podido oírse las palpitations del corazón de Blanca. ¿Quién era, pues aquella Alejandra? Una hermana indigna, tal vez.  
 La secretaria se levantó, creyendo que no debía permanecer entre el conde y su prima, como testigo importuno.

—No se moleste usted, señorita —dijo el dueño de la casa, sin apartar los ojos de Blanca—. Mi prima no acost-



quedan relegadas a último término, ¿Acaso no es un deber para mí procurar, en todo cuanto pueda ser agradable o útil a usted? Al fin y al cabo soy su parienta más próxima.  
 —Efectivamente, su madre de usted era hermana de mi padre.  
 —Somos primos hermanos, casi hermanos. Abrigo en realidad hacia usted sentimientos fraternales. El matrimonio de usted nos separó un poco, pero ahora las nubes deben desvanecerse en creer en modo alguno que yo no experimentaba afecto hacia la pobre Alejandra. Con toda mi alma le he perdonado la escasa simpatía que siempre me manifestó. Sólo ha habido un punto en el cual me he sentido invariablemente desprovista de indulgencia; en lo que a usted se refería. ¿Cómo no supo Alejandra hacer a usted feliz, cuando usted le había dado todo?...

La Princesa hablaba con tal afecto, con tanta familiaridad y con ingenuidad tan infantil que Blanca se asombraba viendo que el conde no deponía la actitud de frialdad y de reserva que adoptó desde el comienzo de la entrevista.  
 —Sólo es inapreciable el don de sí mismo —murmuró Sergio—. Ese don lo retiré mucho tiempo ha. Estábamos en paz.

Blanca encontró dura la frase. Ahora comprendía lo que se hablaba. La condesa Alejandra, cuyo nombre oyó pronunciar muchísimas veces y cuya altiva belleza admiró en el retrato escondido en la habitación de Dimitri, era la condesa le Woronzoff, la esposa del conde Sergio. La mujer por la cual éste llevaba luto desde hacía cuarenta y ocho horas.

Pero al cruzar por los Campos Eliseos, repletos de paseantes, no pensaba Blanca en la condesa.  
 Tenía el cerebro y el corazón tan llenos por la triste idea de la próxima ausencia, que ni aun siquiera por curiosidad reflexionó en lo que acababa de oír.

¿Qué le importaban, después de todo, las causas del disintimiento y de la separación entre la condesa de Woronzoff y su marido?  
 También el conde iba a ser muy pronto un extraño para la secretaria.  
 —¡Ay, de mi amado trabajo! —exclamó Blanca—. ¡Ay, del pan cotidiano de mi hermanita enferma! ¿Cómo reemplazaré al uno, para ganar el otro? Tal es para mí el problema. Bendiga Dios a la mano que me traiga ese maná.

Al entrar en su casa, Blanca encontró a Estefanía llorando amargamente. «Minos», acurrucado al pie de la cama de la enferma, en un blando almohadón que le había fabricado su amita, la miraba con tristeza; parecía comprender la desolación de la niña. Las chinchillas habíanse acurrucado ambas en la falda de Estefanía, pero aguardaban en vano las caricias que habitualmente recibían.  
 —¡Ay, hermana queridísima! —exclamó la pequeñuela—. Tiberio ha venido. —Bueno, ¿qué ocurre—preguntó Blanca, palideciendo intensamente.  
 Se le figuraba que, a partir de aquella hora, podía y hasta «debía» esperar la completa ruina de su modesta felicidad.  
 —Ha venido para decirnos que ya no veremos más a su bondadoso amo —añadió la niña, rompiendo a sollozar.  
 —¿Ha muerto el doctor? —gritó Blanca, palideciendo intensamente.  
 —No, por fortuna, hermana; Dios ha querido apadarse de nosotros y conservarnos a nuestro mejor amigo. Pero hasta que transcurra mucho, muchísimo tiempo no podrá salir a la calle. Alapearse del carruaje pisó en falso y se ha fracturado una pierna.  
 —¡Oh! ¡No hable usted así! Ante los deberes del corazón, las distracciones

# Dé a sus niños este nutritivo desayuno



Un niño normal es un niño activo... consumiendo energía constantemente. Proteja la vitalidad de su niño con un desayuno saludable... Kellogg's Corn Flakes. Kellogg's producen energía rápidamente. Y tanto a los niños como a los mayores les encantan estas tentadoras hojuelas de maíz. Siempre frescas... siempre tostadas. Sirvalas con leche y azúcar. El tomar más leche les hace bien. Induzca a sus niños a tomar más leche sirviéndoles Kellogg's Corn Flakes a menudo. Son fáciles de digerir... a cualquier hora. De venta en todas las tiendas de comestibles.



EL PREFERIDO DE TODA MADRE MODERNA

En la mesa que la secretaria utilizaba para escribir, en un admirable vaso de porcelana de China, lucía un ramillete de rosas blancas y de jazmines, que de tal modo parecía estar dedicado a Blanca, que ésta, cuando entró el conde de Woronzoff, no pudo menos de ruborizarse y de bajar los ojos, ligeramente cohibida.  
 El conde vestía de luto, y su palidez natural resaltaba con el severo traje negro. Pero aun cuando mostraba huellas de reciente emoción, en el semblante del magnate había serenidad infinita.  
 —Si no tiene usted inconveniente, comenzaremos a trabajar cuanto antes—exclamó con acento dulcísimo, casi imperceptible—. Es necesario que ganemos el retraso de estos cuatro días últimos, y además ando muy escaso de tiempo.  
 Blanca no se atrevió a formular, ni aun con la mirada, pregunta alguna acerca de aquel apremio de tiempo.  
 —Es probable —añadió el conde— que me marche de París en plazo muy próximo.

no dejar ver las lágrimas; consagróse a hojear con ardor extraordinario un diccionario alemán que se hallaba al alcance de su mano. ¿Pero engañaba con aquel ardor a «él», que la contemplaba con tanto recogimiento como ternura, a «él» cuyo austero semblante revelaba, desde hacía un momento, alegría muy profunda?  
 En aquel instante el pesado cortinón se levantó suavemente; vióse aparecer a Dimitri, vestido de luto como su señor, y tras él, cuajada de azabache, y envuelta en vaporosas gasas negras, a la princesa de Schersky.  
 Era una actriz habilísima la encantadora Olga.  
 Entró con el paso rápido, trágico, expresivo que emplean los grandes artistas teatrales al salir a escena en los momentos de mayor fuerza dramática. Después se detuvo y llevóse un minuto la mano izquierda al corazón, mientras que la derecha se tendía compasivamente hacia el conde de Woronzoff.  
 —¡Ah, Sergio! —exclamó—. ¡Qué horrible e inesperada desgracia! Recibí la noticia en Trouville y lo he dejado todo

tumbra a hacerme visitas largas. ¿Expresaba sentimiento al hablar así, o aquellas frases eran una de las ironías que anteriormente asomaban con frecuencia en su conversación y que ahora eran cada vez más raras en la boca del conde?  
 —He venido a ofrecer a usted consuelos —añadió la princesa Olga— He dado por cierto que el corazón de usted no había podido sufrir sin un desgarramiento muy doloroso esta separación irremediable.  
 Los bellísimos ojos de la Princesa estaban llenos de lágrimas y brillaban más que de ordinario; pero ¿no consistía esto una demostración superflua?  
 El conde tenía los ojos secos, y, si se hallaba conmovido, su emoción no parecía revestir carácter muy difícil de sobrelevar.  
 —Muchísimas gracias, Olga —exclamó el conde, estrechándole la mano—. Lamento que por mi causa haya usted abreviado una temporada en la cual encontraba distracciones.  
 —¡Oh! ¡No hable usted así! Ante los deberes del corazón, las distracciones



exhalar en un suspiro las inquietudes que la dominaban.

—¡Alabado sea Dios! —murmuró—, ¡alabado sea Dios, si se ha dignado velar por la vida de nuestro protector! Tendremos que resignarnos a no recibir sus visitas durante una temporada... ¡Cómo ha de ser!

—¿Y mis alas? —preguntó la pequeñuela, comenzando a sonreír en medio del llanto—. ¿Y mis alas, que aún continúan esperando? ¿Quién me las promete ahora?

—Tré a ver al doctor, le escribiré dando cuenta detallada de tu estado, y te traeré de su parte palabras de aliento y de esperanza. ¿Sabes cuándo ha ocurrido ese desgraciado accidente?

—Ayer a última hora de la tarde. Mira, hermana, ya ves si es bueno el doctor, que lo primero que ha hecho esta mañana ha sido enviarme recado. Estaba seguro de que aguardaba su vi-

sita, y sabe que, después que la tuya, su presencia es mi mayor alegría.

A la mañana siguiente Blanca salió de casa mucho más temprano que de costumbre.

Quería oír misa, para pedir a Dios que la perdonase por no sentir tanto, cual ella hubiera querido, aquella pena. Deseaba también ir a casa del doctor, para tratar de verlo—aceptando la invitación que el día anterior le hizo por conducto de Tiberio—, o por lo menos para adquirir noticias acerca de su salud.

Llamó tímidamente a la puerta. Tiberio acudió a abrir, y su rostro resplandeciente de satisfacción al ver a la señorita de Potmore.

—No ha pasado mal la noche —se apresuró a decir— y me ha encargado mucho que hiciese entrar a la señorita tan pronto como la señorita llegase. La pierna no ha sufrido fractura, como temíamos en un principio, y el señor doctor,

recostado en un diván, ante su mesa, de trabajo, no tiene aspecto de enfermo.

Blanca sonrió al oír aquellas satisfactorias noticias, pero muy pronto dejó de sonreír para sentirse turbada y molesta.

En el fondo del vestíbulo apareció una señora, en traje de casa, que llamó a Tiberio con acento imperativo.

—¿Le parece a usted bien perder el tiempo charlando en la puerta, dejando abandonados sus quehaceres? ¿Quién es esa persona con la cual está usted de conversación?

La señora de Roland había reconocido a Blanca, pero le placía imponerle aquella pequeña humillación, como desquite de los accesos de despecho que ésta inconscientemente le ocasionara con bastante frecuencia.

—Es la señorita de Pontmore —contestó Tiberio, con aire respetuoso, que se dirigía por lo menos tanto a la visitante

El conde de Woronzoff mostrábase aún más grave que el día anterior; ponía escasa atención en el trabajo de su secretaria; abrió varias veces la boca como si fuese a hablar, y se estremecía al escuchar el ruido más leve.

—Indudablemente está esperándola —pensó Blanca—. ¡Oh! ¡Si pudiese irme! Comprendo muy bien que mi presencia aquí le desagrada.

Como la víspera, casi a la misma hora, se levantó el cortinón de terciopelo. Era la princesa, lozana, sonrosada, vestida con elegantísimo traje de luto, que le sentaba a las mil maravillas.

Ya visitaba a diario el palacio de Woronzoff. ¿Acaso no estaba destinada a reemplazar a la condesa Alejandra y a ser reina y señora en aquella espléndida morada, que antaño se preparó para la difunta?

Como la víspera, Blanca intentó retirarse. Limpio la pluma, arregló los papeles y se levantó sin pronunciar palabra.

—Hágame el favor de continuar, señorita de Pontmore —dijo el conde con el acento lleno de dulzura que venía empujando recientemente—. Tengo necesidad de usted.

Blanca tomó asiento y comenzó de nuevo a disponer los papeles; pero la mano le temblaba y si el prócer hubiese podido leer en el corazón de la secretaria, habría visto hasta qué punto le resultaba penoso aquel día su trabajo asalariado.

Estar pagada por él, recibir sus órdenes para ganar algún dinero, se le figuraba en esta ocasión la más humillante. La más dolorosa de las obligaciones.

—¿Es cierta la noticia que me dieron anoche en la Embajada? —preguntó Olga con voz doliente—. ¿Se propone usted regresar a Rusia?

—Sí, tan pronto como despache algunos asuntos que tengo pendientes.

—Véngase antes a pasar quince días en Trouville. Aseguro a usted que para ello el luto no es un inconveniente, por que allí se puede vivir todo lo aislado que se desee.

Aislarse en Trouville y elegir como lugar de retiro la playa animadísima donde los veraneantes se congregan y donde el placer impera, pareció idea tan original al conde de Woronzoff, que no pudo reprimir una sonrisa.

—Está usted equivocado, Sergio —murmuró la Princesa, fijando en él sus bellos ojos, a los cuales las lágrimas sabían acudir oportunamente—. Usted imagina que echo de menos mi temporada de baños, y que, fluctuando entre el atractivo que me llama y el sentimiento que me retiene aquí, deseo que vaya usted a Trouville para así conciliarlo todo. No, no—añadió, bajando la voz cada vez más— veo perfectamente que aún no me conoce usted. No soy, en lo íntimo del corazón, una mujer frívola como usted cree. Me he dedicado a la vida mundana porque, desgraciadamente, no encontraba nada mejor cerca de mí.

El Conde no se mostró conmovido por aquellas frases; irguió la cabeza, y, como si no hubiese oído lo que la Princesa acababa de manifestar, le preguntó súbitamente:

—¿Conoce usted a un joyero de confianza al cual pueda confiar los brillantes para que les cambie las monturas? Las lágrimas se enjugaron como por encanto en los hermosos ojos de Olga, y el tono sonrosado de las mejillas se convirtió en púrpura.

No, no, aquella pregunta no era tan extemporánea como pudiera parecer al principio.

Si el Conde pensaba en cambiar las monturas de sus brillantes, era sin duda porque no quería ofrecerlos como accidentalmente estaban, y tal y como habían servido a la difunta, a la afortunada mujer que iba ocupar el sitio de la Condesa Alejandra.

incógnitamente enamorado de Cubita Bella, hasta el punto de dedicarle en «Nouvelles Littéraires», un artículo que los cubanos no le agradeceremos jamás en lo que vale.

—No olvidaré jamás—me dice— la recepción que me dispuso el doctor Beruff Mendieta, ni la acogida cordial del doctor Fernando Ortiz, de José Luciano Franco, de otros cubanos de relieve aún. Me obsequiaron con un concierto afro-cubano en el Club Atenas, y, palabra de honor, yo que soy un «viejo africano», no pude contener los latidos de mi corazón delante de aquella expresión refinada y civilizada de los negros cubanos que han logrado tender un puente mágico entre su lejana África ancestral y la Habana española y americana, gracias a sus ritmos y a sus instrumentos típicos.

#### CATORCE AÑOS DE AFRICA

Al comienzo os decía que André Demaison ha pasado una gran parte de su vida en el África; exactamente han sido catorce años. Además, va todos los años, regresa por un motivo o por otro, y hasta regresa sin motivo. El África está en su piel, en la niña de sus ojos, en la impersonalidad del timpano. Es como una divinidad que lo posee. Allí descubrió al animal, allí comulgó con ese sentimiento precioso del hombre que se llama «comprensión humana». El África, en suma, es su segunda naturaleza.

Este fenómeno lo encontramos con frecuencia en las tierras colonizadas. Precisamente en la residencia de André Demaison almorcé yo en compañía de M. Olivier y de su esposa, Gobernador, él, del África Ecuatorial y compañero de africanerías de Demaison. Pues bien, tanto él como su esposa sienten, cada vez que «suben» hasta París, la nostalgia poderosa del África, sus inmensas soledades pobladas de sorpresas, su aire, su sol, su flora, su fauna.

—Es una especie de llamado—me explica el autor de «Diatos». Una suerte de imantación misteriosa, y sin embargo de explicación fácil: es porque hemos comprendido el África, y comprender es ya amar.

Esas palabras me revelan que Demaison no es lo que entre nosotros se llama «un gerifalte colonial», un pájaro de presa, un comerciante, un explotador sin entrañas de un pueblo subyugado con la ametralladora, sino que «lo comprende», se dice, «lo ama», forma unidad con él, siente que de él parte la métrica de su producción literaria, y obedece al «llamado misterioso» del África con algo de devoción y de penetración en los movimientos. Y yo me digo que si no fuera así, no habría

*Chers amis du Diario de la Marina, de La Havane et de Cuba, Sur les rives lointaines et tumultueuses de votre vieille Europe, je languis à la pensée, au souvenir des belles heures cubaines qui furent pour moi trop courtes. Et vive la vieille Amérique! Et vive la belle île de Cuba! André Demaison*

Queridos amigos del DIARIO DE LA MARINA, de la Habana y de Cuba: Sobre las orillas lejanas y tumultuosas de nuestra vieja Europa, languidezco en el pensamiento y el recuerdo de las bellas horas cubanas que fueron para mí demasiado cortas. ¡Viva la bella América! ¡Viva la bella Isla de Cuba! André DEMAISON.

sido posible que se despertara, en él, el Kipling francés con que encanta y subyuga a los públicos multipingües de Europa y de América. Hay en él la «calidad amorosa», calidad con la cual se pueden hacer muchas grandes, bellas y nobles cosas en la vida.

#### QUIERE VOLVER A CUBA

Demaison, esta mañana, está en su jardín, a orillas del Sena, llenando de agua una fuente en la cual nadan los peces rojos de ojillos negros, prodigiosos de vida. Después, con mano experta, les echa de comer. Uno de ellos se esconde bajo una

pedra. No tiene apetito. Huye de la compañía de los otros. —Está enfermo—dice el autor de «Pachá de Tombouctou». Está cambiando de escamas... Dice eso con el aire que un buen papá diría de uno de sus chicos: «Tiene catarro...»

Después me explica el itinerario de su nuevo viaje al África, al cual tanto quisiera ir acompañarlo. El deja la jardinería vacía de agua sobre el césped, me mira a los ojos y termina:

—Pero sabe usted? Lo que deseo ardientemente es volver a Cuba. Toda la riqueza africana de catorce años de permanencia entre mis negros y mis animales sufrió un choque al llegar a la Habana. Vi una especie de comparsa, escuché las rumbas llenas de color, y comencé a dudar si conocía efectivamente el África, a preguntarme si aquel encanto, insólito para mí, encontrado inesperadamente en la Habana, no representaba la verdadera sintaxis del África. Además, los cubanos, mestizos o blancos, están dotados de tan fina sensibilidad y de comprensión tan ardua, que uno «se deja vivir» entre ellos. Yo encontré allí gentes colocadas en sitios opuestos de la sociedad, pero todos igualmente inteligentes y simpáticos. Del doctor Fernando Ortiz, al músico Gilberto Valdés, un muchacho que ni siquiera ha aprendido la música y que es un formidable intérprete de la música afro-cubana, como el doctor Ortiz es su filólogo y su filósofo... Ah, no estaré contento hasta que no vuelva a divisar el Morro sobre el horizonte...

Después Demaison me coge del brazo y me dice:

—Vamos arriba, a mi bureau. Quiero darle para el DIARIO DE LA MARINA, periódico que honraría no importa qué gran potencia europea, un autógrafo especial.

Y arriba, en efecto, delante de las ventanas abiertas y llenas con los oros del primer sol primaveral, entre flechas, personajes de madera tallada, tejidos, instrumentos de música y recuerdos del África; entre álbums de viejas fotografías de animales «llamados salvajes»; entre anaqueles cargados de libros, el Kipling francés se sienta y escribe para nuestro periódico este mensaje:

«Amigos queridos del DIARIO DE LA MARINA, de la Habana y de Cuba: en las riberas lejanas y tumultuosas de nuestra vieja Europa, siento la nostalgia, recuerdo y pienso en las bellas horas cubanas que fueron para mí demasiado cortas. ¡Viva la América! ¡Viva la bella isla de Cuba!»

Paris—1938.



como a la esposa del doctor.

—¿Señorita de...? —repitió la dama con tono agrio, como si no hubiese entendido el apellido.

—De Pontmore —dijo Tiberio, con cierta impaciencia.

—El doctor no recibe, señorita —dijo claró con sequedad la señora de Roland, avanzando hasta el centro del vestíbulo.

Blanca balbució algunas excusas; pero no tuvo que molestarse en terminirlas, porque se vio «ayudada» a cerrar la puerta con brusquedad sorprendente.

For desdicha, la puerta, al cerrarse rápidamente, le cogió la falda, y mientras la desprendía tuvo tiempo para oír a la señora de Roland que amonestaba al criado para que nunca dejase entrar a «esa aventurera».

—¡Todo me falta hoy! —pensó la muchacha.

Y se dirigió a la iglesia más próxima para encontrar en ella al que nunca falta.

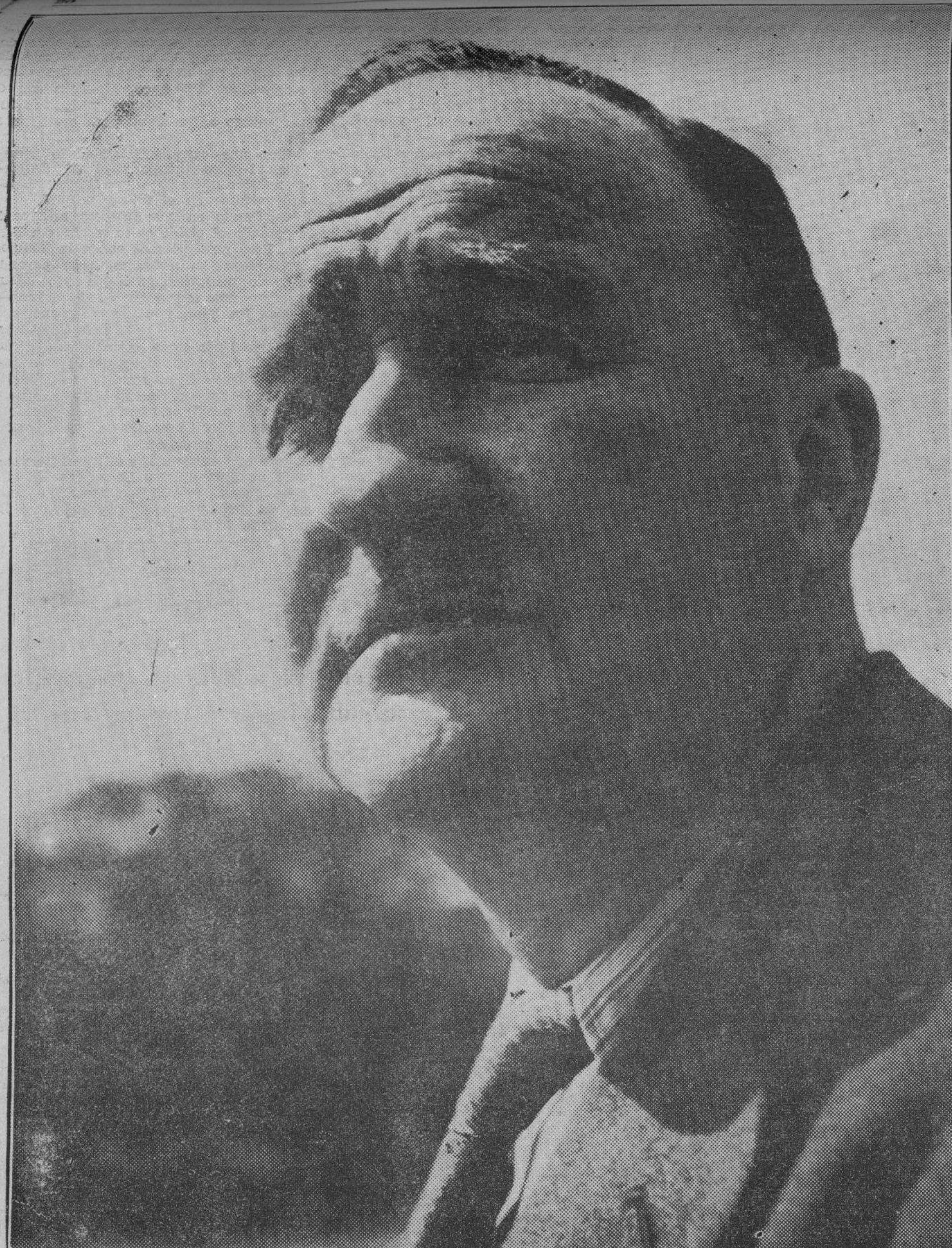
Una hora después, Blanca se hallaba consagrada por completo a su trabajo, ocultando en lo íntimo del corazón la pena que sufría.

Tenía tranquilo el rostro y despejada la frente; nunca su mirada brilló con claridad más serena, con transparencia más luminosa; pero los párpados algo enrojecidos y el círculo azulado que le rodeaba los ojos indicaban que había debido de llorar mucho durante una noche de insomnio.

Gabriel d'Annunzio, el poeta-soldado de Italia, héroe de la conquista de Fiume, hecho realizador en 1919, empujando su última jornada, desde la que fué su villa cerca del Lago Garda, —la «victoriales» al Panteón donde reposan ya por siempre sus restos mortales. El Duce Mussolini se asoció al duelo de Annunzio acompañando sus restos hasta la última morada. Con él asistieron también, los más altos dignatarios del fascio y del país, que se ven en la fotografía comitiva que cerró su existencia.







## ANDRE DEMAISON NOS DICE...

POR  
EDUARDO  
AVILES  
RAMIREZ

**E**STAMOS en Meudon, en las cercanías de París. Paisaje típico: el Sena desarrollando su curva de serpiente perezosa a la orilla de una floresta histórica, junto a una floresta cargada de anécdotas. La residencia de André Demaison se eleva sobre una colina. Jardines, fuentes, terrazas, frente a las perspectivas que se difuminan en el color gris de la Isla de Francia, como perspectivas de un pastel.

Dentro, salones Luis XV, maderas preciosas, estudios, cuadros de maestros, plafones pintados por Premios de Roma, estucos, parquets. En el tercer piso, el bureau del gran escritor. Los bureaux, más bien, porque son dos, con recuerdos africanos y testimonios animales de su odisea. La residencia de André Demaison me da la sensación de las viejas máscaras griegas. De un lado, el «gran siglo francés»; del otro, la aspereza soleada del África. Contrastes. Quizás no habrá que perder de vista que el gran escritor está casado con una parisense de estirpe aristocrática, y que él es un colono integral, broncado, enrojecido bajo los soles, bajo las estrellas, bajo los bochornos, bajo el azul, bajo los silencios del África Ecuatorial, al cual llegó siendo muy joven, y

al cual regresa casi todos los años como a una segunda patria, identificado con los principios esenciales de esa comarca misteriosa de la tierra. Hasta el punto de que, leyendo sus libros, escuchando su plática, yo me pregunto qué hubiera sido del gran escritor que hay en André Demaison si Francia no poseyera el África Ecuatorial, si fuera una especie de Suiza, un país sin colonias y sin territorios calcinados de sol y nutridos de savia, con padres-rios, con flora y con fauna capaces de forjar personalidades originales por la propia virtud de su existencia. —Lá-bas... Es la frase corriente en los labios de

Demaison. «Lá-bas...». Es decir: «Allá...» Allí en la floresta virgen, allá en el padre-rio, allá entre los animales que viven como en la aurora del mundo... André Demaison repite esa frase con la frecuencia con que un judío habla de la Tierra Prometida. Y hay que escudriñar sus facciones, hay que valorizar el acento con que pronuncia ciertos nombres. Por ejemplo: Oubangui-Chari, Gabón, Tchad, Cameroun, Kayes, Tan... Países reafriicanos, con 35 grados de calor a la sombra en pleno diciembre, de las once de la mañana a las cuatro de la tarde. Demaison me explica, con palabras cálidas (et pour cause):

—No es posible pasar a menos de dos metros de distancia de los muros que protegen las casas, porque esos muros despiden un calor comparable sólo al de los hornos. Para protegerse del calor es preciso cerrar puertas y ventanas desde por la mañana herméticamente, aprisionando así la frescura del alba. Y no abrir ni ventanas ni puertas sino a la caída de la tarde. ¡Ay, y eso haciendo funcionar los ventiladores!

**EL KIPLING FRANCÉS**  
Demaison es autor de varios libros célebres. Pero en su bibliografía figuran dos

**EL KIPLING FRANCÉS.—UN HOMBRE QUE SE IDENTIFICA CON EL CLÁSICO TIPO DE "LE COLONIAL FRANÇAIS", PERO QUE ESCRIBE LIBROS ADMIRABLES DE LA JUNGLA AFRICANA.—DEL SENEGAL A LA HABANA.—CATORCE AÑOS EN AFRICA. SU AFÁN ES VOLVER A CUBA, DONDE HA PASADO HORAS GRATAS QUE NO OLVIDARÁ JAMAS.**

que son, si se me permite la imagen, el retrato de su alma». Estos volúmenes son «El Libro de las Bestias Llamadas Salvajes» y «Otras Bestias Llamadas Salvajes».

En estas dos obras André Demaison se puso en diapason con Kipling, «scrita así, rápidamente, la frase parece una gentil exageración. Sin embargo, si hay en Francia un escritor profundamente «animalier», sinceramente dependiente de la fauna, que conozca hasta los detalles físicos y psicológicos más nimios de ese universo, es bien André Demaison.

Este escritor comprende—quizás porque adora— las bestias, desde elefante de la selva, al pez rojo de los acuarios minúsculos de salón. Se interesa en ellos y los convierte en el pedestal de su gloria. Conoce el dolor de sus fibras íntimas, las reacciones de su «personalidad», los golpes de carácter, los accesos de lucidez, las sombras que cubren de pronto sus cerebros. Y cuando escribe sobre los animales—serpientes, leones, zebras, rinocerontes, pájaros— lo hace con acentos que conmueven, como si en vez de ser él fueran directamente los animales los que nos hablaran.

### EL SER HUMANIZADO

Hay el hombre-pedernal, impermeable a toda emoción.

Hay el hombre-secante, que absorbe todas las emociones.

Hay el hombre-camaleón, que es seco cinco minutos después de ser húmedo.

Hay el hombre-hueso, que no es nada más que un hueso insensible.

Hay el hombre-adormidera, sensible en extremo.

Y sobre todos ellos hay el hombre humanizado, que comprende, que deja vibrar el ramillete de fibras de que está hecho, que deja palpitar el haz de nervios nobles de que está formado, y que encuentra en el animal muchas veces más que en el hombre, la sustancia preciosa con la cual alimenta su espíritu.

Los «animaleros» son artistas y poetas humanizados por excelencia. Y entre los poetas y artistas de Francia dedicados a exaltar—o ennoblecerse—explotando a los animales—Colette, Montherlant, Soulas, Pompon, Mateo Hernández—ninguno por lo contrario como André Demaison para saturar su dialéctica con observaciones precisas sobre las bestias, para ilustrarlas con léxico exacto, limpio de literatura y de imágenes circunstanciales.

Es el hombre humanizado cien por cien.

**DEL SENEGAL A LA HABANA**  
Climáticamente no están tan lejos la Habana y el Senegal, en donde André Demaison pasó su juventud. Sólo que, aun cabalgando más o menos sobre el mismo paralelo, entre la Habana y el Senegal hay unos diez mil kilómetros de distancia.

André Demaison dió ese salto. ¿Cómo? Sería difícil explicarlo aquí. Lo cierto es que un día amaneció en la Habana, que fué recibido «involuntariamente»—son sus palabras—por nuestro alcalde Beruff Mendietta, que pronunció un discurso «en español»—es él quien sigue hablando—y que bebió nuestros refrescos, nuestros cocktails, fumó nuestros cigarrillos, vió desfilar en el Prado a nuestras mujeres, se informó de nuestros defectos capitales y de nuestras capitales virtudes, y que regresó a Europa

—¡Los brillantes de mi pobre prima! —exclamó la Princesa con tono compasivo—. ¿Va usted a hacer que los envíen a Rusia?

—Están aquí ya —contestó el Conde, señalando a una caja de caudales, mecido oculta en un ángulo del despacho.

—¿Todos? —dijo vehementemente la Princesa, juntando las manos con un movimiento apasionado—. ¡Oh! ¡Enséñemelos, Sergio! ¡Enséñemelos!

—Ya los verá usted cuando queden colocados en sus nuevas monturas —replicó el Conde, sonriendo con cierta malicia.

Olga bajó los ojos modestamente.

—¿Y los topacios? —preguntó—. ¿Están aquí también? Esas joyas constituían, a mi juicio, el más espléndido de los obsequios hechos por usted a Alejandra. Aún me parece verla en el baile inaugural de la temporada de fiestas del primer invierno. Iba bellísima con el traje de seda y de terciopelo bordado en plata, y con el aderezo de topacios: de esos topacios capaces de hacer sentir envidia al Soberano de Persia.

El conde continuó silencioso con los ojos fijos en el vacío, al parecer. Pero Olga siguió ansiosamente la dirección de aquella mirada, y la vió que se hallaba absorta en la contemplación de la juvenil secretaria.

También allí, en aquellas pupilas aceradas, llenas de dulzura infinita, brillaban topacios, cien veces más bellos, cien veces más transparentes, cien veces más luminosos que todas las joyas encerradas en la caja de caudales.

Olga experimentó dolor agudísimo, como una punzada en el corazón. El aguijón de los celos se dejaba sentir por vez primera, cruel, lancinante, en aquella alma frívola. La Princesa recordó que había odiado instintivamente desde el primer día a la muchachita silenciosa, en la cual descubría ahora gracias nuevas, gracias más bellas aún que la belleza que desde el primer día tuvo que reconocerle. Gracias en los ademanes y en el lenguaje, armonías misteriosas de la voz y de los movimientos, encanto delicioso e imitancias misteriosas de la voz y de los movimientos, altivez tímida que sabe imponer respeto, discreción exquisita sin bajeza ni servilismo: todos los signos de la más elevada nobleza de alma y de entendimiento se hallaban reunidos para constituir una rival formidable.

—¿Qué importa —se dijo en su fuero interno—, qué importa al conde de Woronzoff, a ese hombre caprichoso que no piensa ni vive como todo el mundo, que sea yo princesa dos veces y que posea un caudal casi tan grande como el suyo? Si así le place, mis ilusiones se derrumbarán irremisiblemente. ¿Qué puedo hacer para evitarlo...?

Ocultó bajo un gesto amabilísimo la inquietud que la dominaba y exclamó:

—Así, pues, ¿regresa usted a San Petersburgo?

—El Zar me ha dispensado el honor de llamarme—respondió el Conde.

—¡Ah! ¿Se ha encargado el Embajador de poner en conocimiento de usted el augusto deseo?

—La honra ha sido mayor aún; he recibido carta autógrafa de Su Majestad Imperial.

Los ojos de Olga relampaguearon. ¡Qué cebo para su carácter ambicioso!

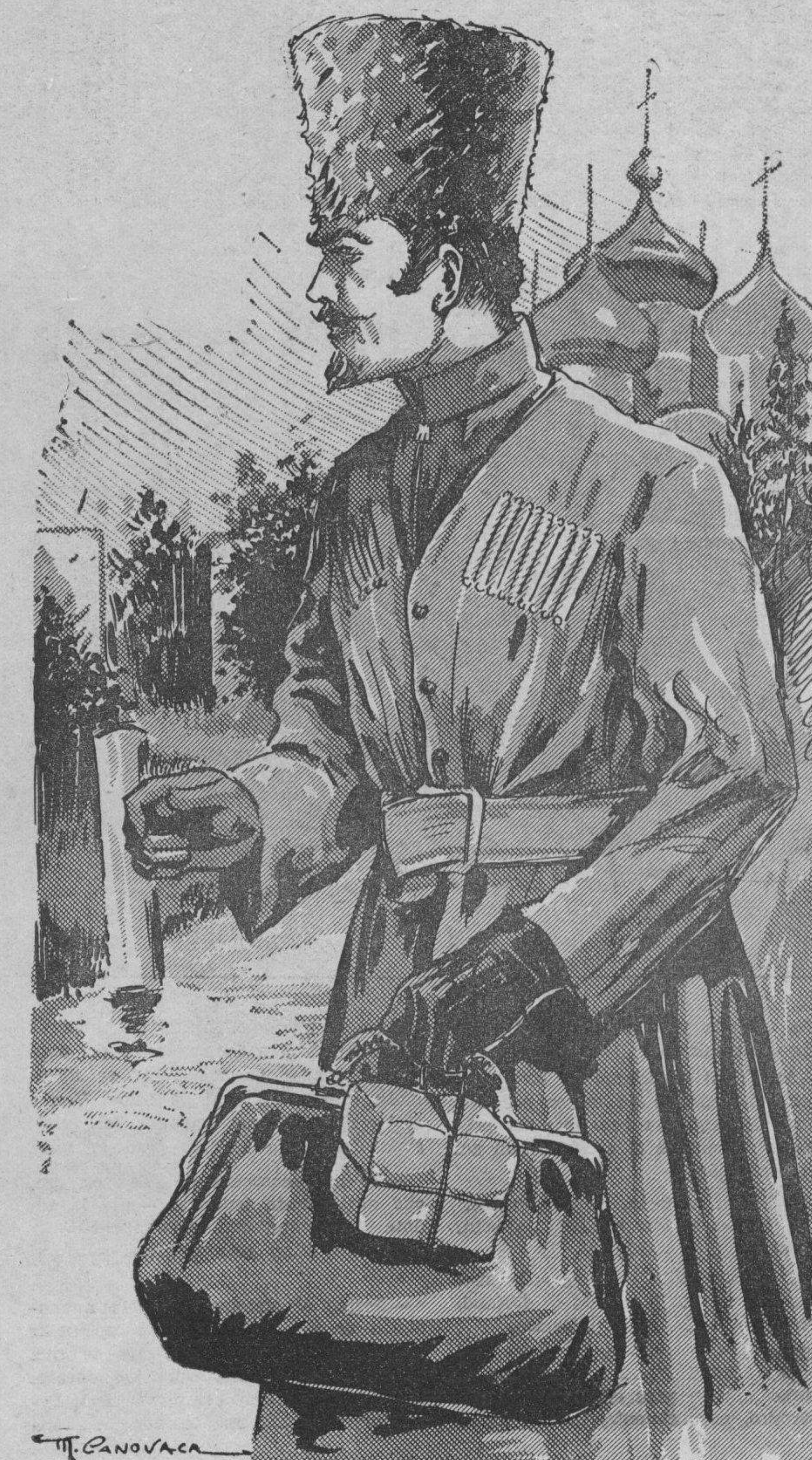
—Me encanta saber que al cabo se dispone usted a reingresar en la vida del mundo, renunciando a trabajos ausentes...

—No he dicho tanto... Todo depende de circunstancias que no están supeditadas solamente a mi voluntad.

—Pues —observó la Princesa, sin poder disimular una sonrisa maligna—, si continúa usted siendo en Rusia tan laborioso como en París, tendrá necesidad de nuevo secretario.

—Se equivoca usted —contestó el Conde con frialdad estudiada—; cuento con llevar a Rusia a la señorita de Pontmore. Me horroriza alterar mis costumbres, y cuando una cosa me parece bien y la encuentro bien, procuro conservarla. ¡Oh! ¡Cómo palpitó el corazón de Blanca! ¡Cómo le tembló la pluma en la mano! Pero... ¡atrás, esperanzas insensatas! ¡Habría sitio para la secre-

—¿De veras? —exclamó el Conde con acento semiojal—. No había previsto que temiese usted el destierro en Rusia. Tal vez la salud de su hermanita de usted se resintiese por efecto del clima de San Petersburgo. Pero entonces —añadió tras breve reflexión—, podremos instalarla en Crimea. Poseo allí, en un clima tan suave como el del Mediodía de Francia, en una situa-



el centro de un hermoso parque, hallando la salud en la casa del conde de Woronzoff! ¡Y ella, Blanca, contando ya seguro un trabajo que le agradaba más cada día, sin temer ya el triste momento de la despedida, la hora de una separación que presentaba iba a ser eterna!...

Y, sin embargo, era necesario decir que no. Aun cuando el corazón se le desgarrase, aun cuando se le rompiera para siempre, no debía aceptar aquellas seductoras ofertas. Blanca, para juzgar las cosas desde su verdadero punto de vista, acostumbraba a colocarse en las alturas donde el horizonte se encorcha: donde las nubes se desmenuaban. Allí se abre paso la luz victoriosa, serena, pero implacable, y todo se aprecia perfectamente en su verdadero aspecto y en su verdadera esencia, merced a esa claridad divina; el error cae vencido, las quimeras emprenden la fuga y los fantasmas más atractivos se desvanecen para dejar que reine la verdad.

—Señor Conde —exclamó Blanca afirmando la voz gracias a un supremo esfuerzo de voluntad—, no puedo separarme de mi hermana.

—Así lo he comprendido, señorita. En modo alguno he pensado que la hermana mayor viva en San Petersburgo y la menor en el Mediodía de Rusia. Al fin y al cabo, ¿qué me importa residir en un sitio o en otro? Elija usted. Allí donde posee usted el dedo en el mapa, allí plantaré, mi tienda.

¿Sofíaiba la secretaria? ¿Se burlaba de su candor aquel hombre impenetrable?

No se atrevía a mirar al conde, y, sin embargo, tenía que responderle.

—Aun así, continúa siendo imposible —murmuró juntando las manos en actitud de implorar, como para pedir a Dios que la librara de aquella angustia.

—¡Blanca! El conde no pronunció más que esta palabra; pero Blanca lo comprendió.

Levantó hacia él los ojos, y Sergio pudo leer en ellos, como en un purísimo espejo, la ternura sumisa, la abnegación apasionada, el afecto durante mucho tiempo encerrado en aquel corazón, que anhelaba poseer por entero.

—¡Oh, mi dulce estrella! —murmuró el conde, contemplando a Blanca en la sombra que proyectaban las leyes cortinas de encaje. ¡Al fin has llegado! Has tenido que ascender desde el fondo del sombrío horizonte, ahuyentando las tinieblas pobladas de fantasmas que envolvían a mi alma enlutada. La tempestad rugía constantemente; las nubes, amontonándose sin cesar, amenazaban extinguir tu suave claridad; pero la mano de Dios te guiaba. Como hace siglos el astro radioso de Oriente, así te has detenido sobre mi techo; Dios te había dicho: «¡Ahí es! El hombre al cual hay que salvar se encuentra en esa morada».

Dos meses después, el doctor Roland, completamente repuesto de su accidente, vestido de negro de pies a cabeza, con excepción de la corbata blanca y de la roseta multicolor que lucía en el ojal, entregaba a su esposa una esquila concebida en los siguientes términos:

«Sergio de Woronzoff, conde de Woronzoff, tiene el honor de anunciar a usted su próximo enlace con la señorita Blanca de Pontmore, vizcondesa de Pontmore, y le ruega asista a la bendición nupcial, que se celebrará en la iglesia de San Pablo el martes 25 de septiembre, a las doce en punto de la mañana».

faría en la casa donde iba a imperar la nueva condesa de Woronzoff, esta mujer que acababa de lanzarle una mirada enchida de odio y de desprecio?

Después de la marcha de la Princesa —a la cual Sergio acompañó como de costumbre, hasta el carruaje—, Blanca, sacando fuerzas de flaqueza, irguió la frente, y, conmovida, vacilante, se dirigió al señor que disponía de ella sin solicitar siquiera su consentimiento.

—Señor Conde —dijo con tal emoción, que hubieran podido contarse en las vibraciones de su voz los latidos de su corazón—, debo manifestar a usted que me es imposible abandonar Francia, y que, por consiguiente, me veo obligada a renunciar al cargo que he venido desempeñando cerca de usted.

Blanca sintió que el enternecimiento y la gratitud le inundaban el corazón. El Conde hablaba de Estefanía, ¡sabía su nombre! ¿Quién se lo había enseñado? ¡Y asociaba al nombre de la pequeña Estefanía el recuerdo del sabio y del donadoso doctor que había de curarla!

—¿Qué visiones tan halagüeñas! —Estefanía en una magnífica hacienda, en





La señora de Roland se ruborizó intensamente después de leer y de releer la esquila de invitación.

—Pero la boda no se celebra hoy —exclamó—, porque hoy estamos a 23.

—Así es, querida esposa; pero hoy se celebra el matrimonio civil en la alcaldía y en la embajada, y soy tes. calde y ante su excelencia el embatigo de la bellísima novia ante el aljador. Pasado mañana, actuando de padre, la conduciré del brazo al altar. ¿Asistirás a la ceremonia religiosa, aun cuando sólo sea por curiosidad?

La señora de Roland, en vez de responder, abandonó la butaca en la cual

estaba sentada y llegó a besar tímidamente a su marido.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó el bondadoso doctor reteniendo a su mujer por una mano—. He aquí un beso que me produce completamente el efecto de un acto de contrición.

—Contrición perfecta, querido esposo. —En tal caso, otorgo plena absolución, sin imponer penitencia.

—¿Y la hermanita enferma a la cual asistes? —preguntó la señora de Roland, no respuesta aún de su turbación.

—Estoy también de fabricar las alas, es decir, de llevar a feliz término su curación pero para ello necesito, con tu permiso, naturalmente, tenerla algún

tiempo a mi lado. Antes del invierno la acompañaré a San Petersburgo, donde los condes de Woronzoff se instalarán cuando regresen de Italia. Van a viajar durante unas semanas; el viaje sería demasiado molesto para la niña.

—Yo me encargaré de ella con mucho gusto hasta entonces —dijo la señora de Roland con espontaneidad y con entusiasmo que sorprendieron al doctor.

—Acepto el ofrecimiento, pero a condición de que aceptes la invitación de la condesa de Woronzoff, que te ruega con todo interés, con vivo encarecimiento, que vayas conmigo a San Petersburgo a pasar una temporada. ¿Con-

venido?... Bueno, hasta luego.

La señora de Roland se asomó a un balcón a ver salir al doctor. Al lado del cochero estaba Tiberio, resplandeciente de gozo, hasta el extremo de olvidarse de su amigo «Esparadraps». Detrás del carruaje, Polidoro Sapin, correctamente vestido con una librea que le prestó Tiberio, se colocaba en el ojal un ramo de rosas blancas.

—Dime, doctor —gritó desde el balcón la señora de Roland—, ¿que significa eso? No sabía que tuvieses otro lacayo.

—Tranquilízate, es sólo por hoy. Ya te lo explicaré cuando vuelva. Pero este veterano compartió las tristezas y es justo que comparta las alegrías.



## LA GUERRA No. 11

**S**I alguien abrigara la idea de proponer este relato a los productores cinematográficos de Hollywood, ninguno de ellos dudaría un instante en devolverlo, hasta casi sin leerlo, con una nota que podría decir: «Inverosímil», o «exagerado», o bien, «fantástico». Sin embargo, no hay nada de eso. Este relato ha sido entresacado de la más cruda vida real; pero, ¿qué es lo que puede hacerse ahora que el héroe principal no habrá de levantarse después de la caída del telón de su drama: ni inclinarse graciosamente ante su «querido público», por la simple razón de haber muerto hace poco, cerca de Toledo (España)?

El autor del relato confiesa, que no «ha visto más que una vez a Iván Koptietzki, cuyo nombre, en verdad, es el de Raskovic, pero en más de una ocasión ha oído hablar de él como de uno de esos personajes más extraordinarios de nuestro siglo». El ha «festejado», el año pasado, su décima guerra. En esos momentos no pensaba de ningún modo que pronto iría a partir para la undécima, que debía ser al mismo tiempo, la última.

—No moriré nunca—decía a sus amigos—; las balas me conocen demasiado bien y me evitan. Sólo cuento 43 años y tengo la intención de retirarme después de la 25 guerra. Para entonces, espero que se me erija una estatua.

El destino no ha querido que llegara a esa apoteosis singular. Ivan Raskovic desapareció sin haber conseguido siquiera la mitad de su objetivo. Quedáramos sorprendidos si, a pesar de todo, no hubiera batido todos los records del mundo. Sólo en la Edad Media hubieran podido existir caballeros participantes en tantas guerras. Pero, ¿qué eran aquellas guerras comparadas con las en que Ivan Raskovic tomó parte?

**Voluntario a los 18 años**

De origen croata, Ivan Koptietzki Raskovic fué educado en casa de sus abuelos, en un pueblecito de la antigua Serbia, cerca de Nisk. Pertenecía a varias asociaciones patrióticas paneslavas, y a pesar de que era ciudadano austro-húngaro, se alistó a la edad de 18 años, como voluntario, en el ejército del rey Pedro Karageorgevitch, I de su nombre, durante las guerras balcánicas, entre 1911-13.

La gran guerra lo encontró todavía bajo las banderas. No dudó un instante, y por su ideal—la unión de los eslavos—tomó las armas contra la doble monarquía, donde más tarde habría de

ser considerado como desertor, condenado con la pena de muerte.

Pero, ya nos ha dicho que la muerte no quería a Koptietzki, cuyas ideas tuvieron que evolucionar forzosamente. En el otoño de 1918, volvió a Zagreb ganado por la causa de la revolución. Fué perseguido y tuvo que pensar en salvarse. Hubiera deseado pasar a Rusia, pero sólo llegó a Munich. Tomó parte en la guerra civil bávara. Herido en ella, se refugió en Salzburgo.

En el curso del verano de 1919, combatió en las filas húngaras contra los checos y los rumanos.

Una fuga de 3.000 kilómetros a pie, y vestido de mujer

Como la revolución húngara fué derrotada, vegetó entonces por varios meses en Viena; después volvió a triunfar en él su antigua idea de ir a Rusia. Con esta idea en la cabeza se dirigió nuevamente a Munich. La primera de sus amistades, una mujer, le hizo saber allí que estaba condenado a muerte y que corría gran riesgo, en el caso de ser descubierta y detenida. El fusilamiento sería casi instantáneo.

En realidad—pensó Koptietzki— que en Munich no tenía ninguna perspectiva; el hambre iba a acosarle, pues que no poseía ni un céntimo; pero, ante todo, no quería volver a Austria, donde también se le podía detener debido a varias aventuras en las que se encontró con la policía.

La caritativa amiga tuvo una idea. El tenía las manos y los pies pequeños, rasgos delicados, cabellos largos, y ante todo: una voz atiplada. Por qué no tratar de llegar a Rusia vestido de mujer?

Ivan no dudó ni un momento. Su amiga le prestó las ropas necesarias, algún dinero... y una navaja.

No tenía pasaporte, ni siquiera documentos particulares. La frontera rusbáltica, donde el control era menos severo, se hallaba ya a tres kilómetros de distancia... Lo que no constituía un gran obstáculo. Se decidió a salvar las dificultades a toda costa.

**A las puertas de Varsovia**

Llegó hasta Leningrado, que en aquella época se llamaba aún San Petersburgo. Durante su marcha pernoctó en varios conventos, en la corriente de los ríos bajo sus puentes y sobre los bancos.

Un buen día, en un periódico alemán, distinguió su foto. El artículo decía que la policía de Munich conocía su regreso a Baviera y se decidía a perseguirle. Una fuerte recompensa se ofrecía al que lo entregara, vivo o muerto.

Con tales recomendaciones, excusado

en decir que procuró salvarse, desfiló por el mundo. En Moscú no tuvo más remedio que alistarse en el ejército. Había un estado de guerra entre Rusia y Polonia, la sexta en la que debería intervenir Ivan Koptietzki, desde el ya remoto año 1911.

Tomó parte en el famoso avance hasta las puertas de Varsovia... Y allí fué la debacle de los rojos.

Firmada la paz, se le envió al Cáucaso. Esta expedición no fué considerada por Koptietzki como «una guerra seria», y, por ello no la colocó en su lista oficial.

A partir de allí, se otorgó un breve período de descanso.

**Hacia la Legión**

Pero Koptietzki no sólo se ocupó de hacer la guerra. Se preocupó también por la política. Conspiró en varias ocasiones no se sabe con qué bando. En 1924, debió abandonar Rusia. ¿Abandonar? ¡Huir!...

¿A dónde podía dirigirse? Unicamente hacia un lugar, ¡a la Legión!... Ya se ha dicho antes que Raskovic jamás dudó. Un año más tarde estalló la guerra marroquí. Era ésta su séptima guerra. Según el decir de sus amigos, se condujo en ella heroicamente. Pero su sangre de aventurero no le permitió permanecer mucho tiempo en un mismo sitio.

Ivan Raskovic que, en 25 guerras, pero sólo llegó a la undécima. Un soldado de fortuna con una historia... prodigiosa de aventuras y miserias...



El Negús y el Ras Desta. A las órdenes de este último combatió Raskovic durante la reciente guerra de Etiopía.

Después, con un falso pasaporte de un país sudamericano, entró por la primera vez en diecisiete años en Zagreb, para volver luego a París y pasar más tarde una temporada en la Costa Azul.

**El fin**

...Y llegamos a un epílogo. En España se empieza a combatir a sangre y fuego. Koptietzki no podía jugar pacíficamente a la ruleta mientras el cañón bramaba y las balas silbaban más allá de los Pirineos. Y, partió nuevamente.

—Hasta pronto—dijo a guisa de despedida a sus amigos.

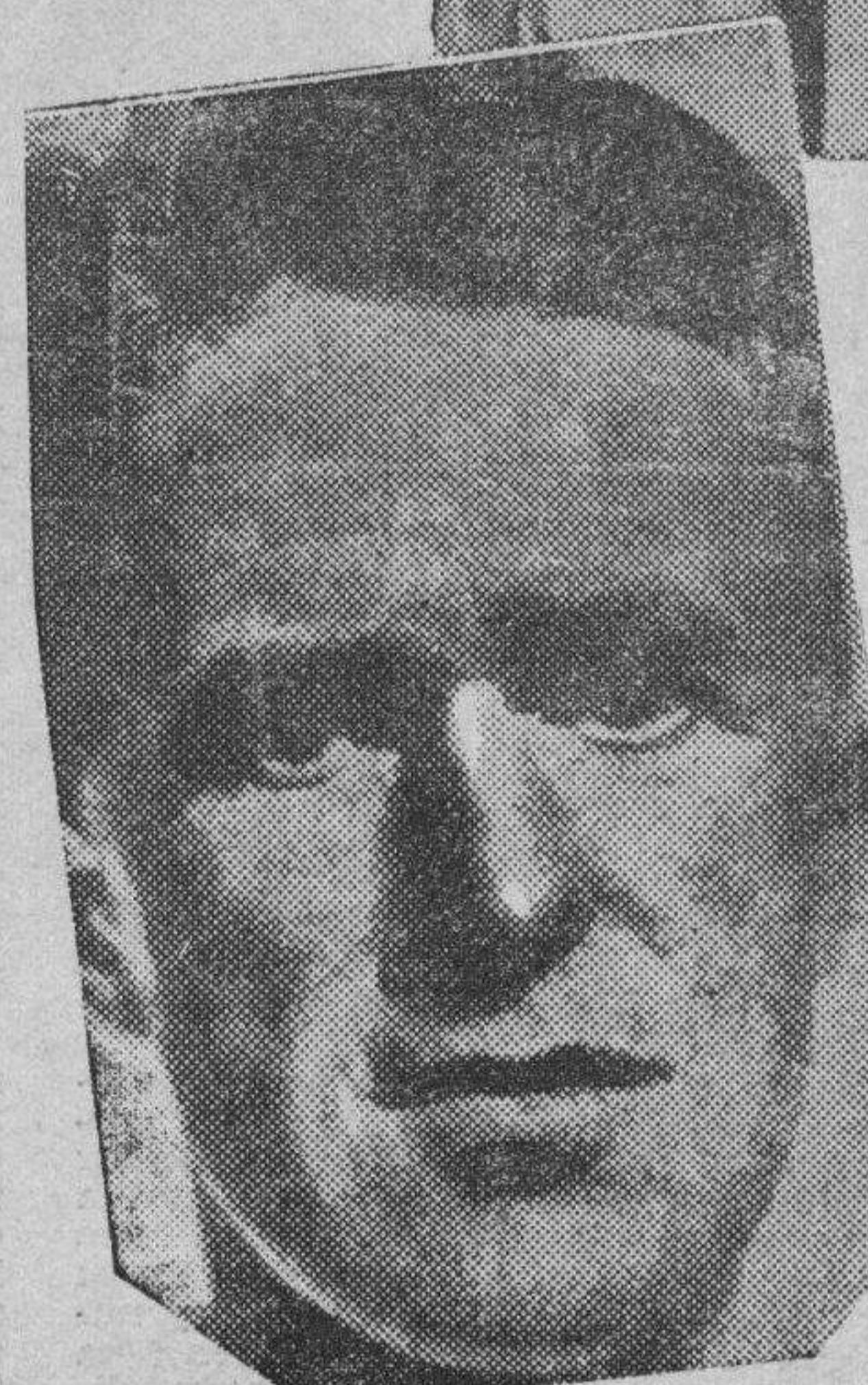
—Hasta pronto—respondieron aquéllos confiando en su suerte legendaria.

Pero los árboles, aunque se eleven, jamás han podido llegar al cielo. Parecía que once guerras bastaban para un ser humano.

Fué en Toledo, cuando cayó una enorme granada que metió en su cuerpo sus mil puntas de hierro.

El fin; el ocaso de la extraordinaria vida del guerrero No. 1 del siglo XX. Ivan Koptietzki comprendió que se cumplía su destino, y se resignó.

La guerra había terminado para él.

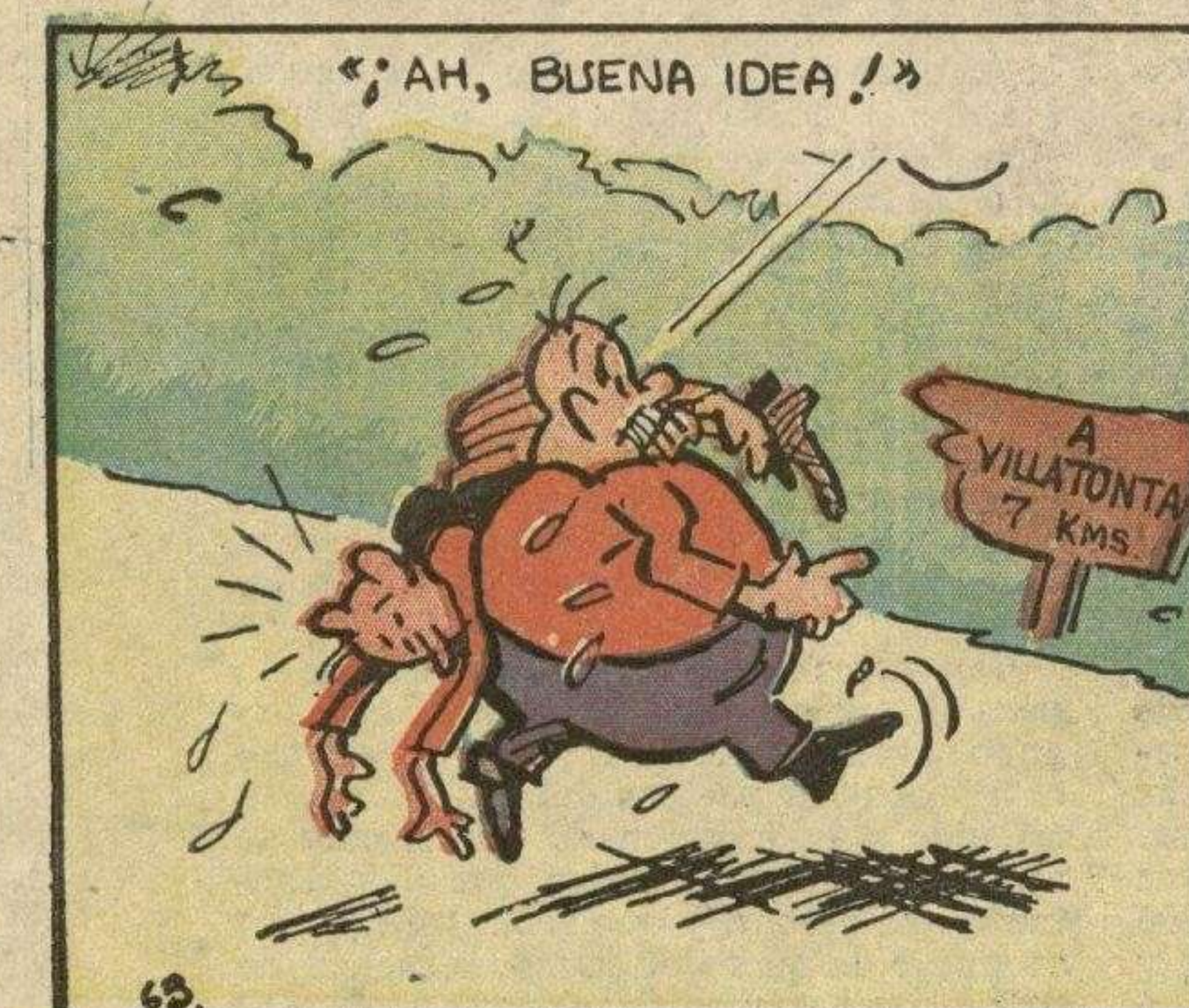
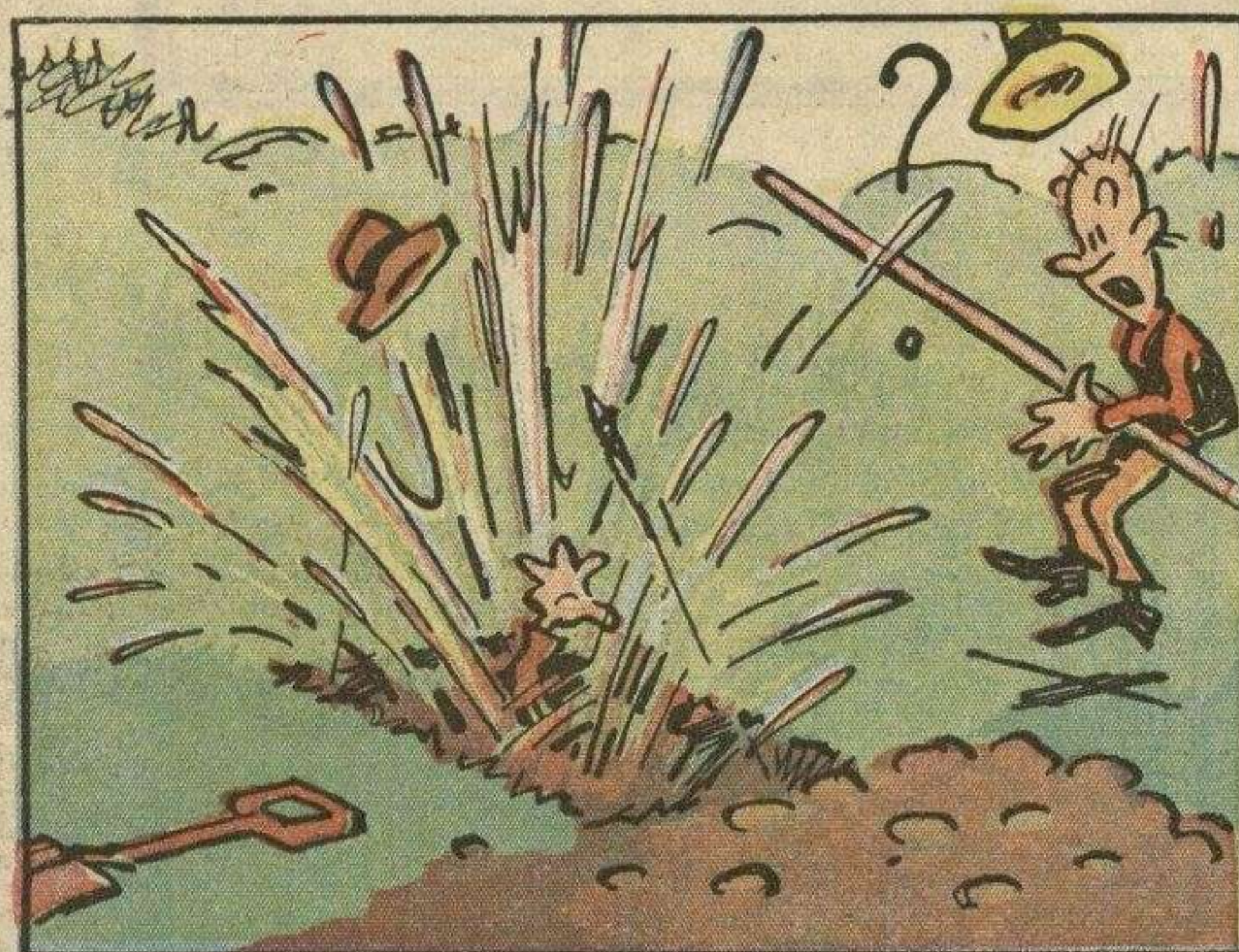


Iván Koptietzki Raskovic fué amigo del famoso coronel Lawrence, genio militar y aventurero en la Arabia, que lo vinculó después al ejército de Ibn el Saoun.



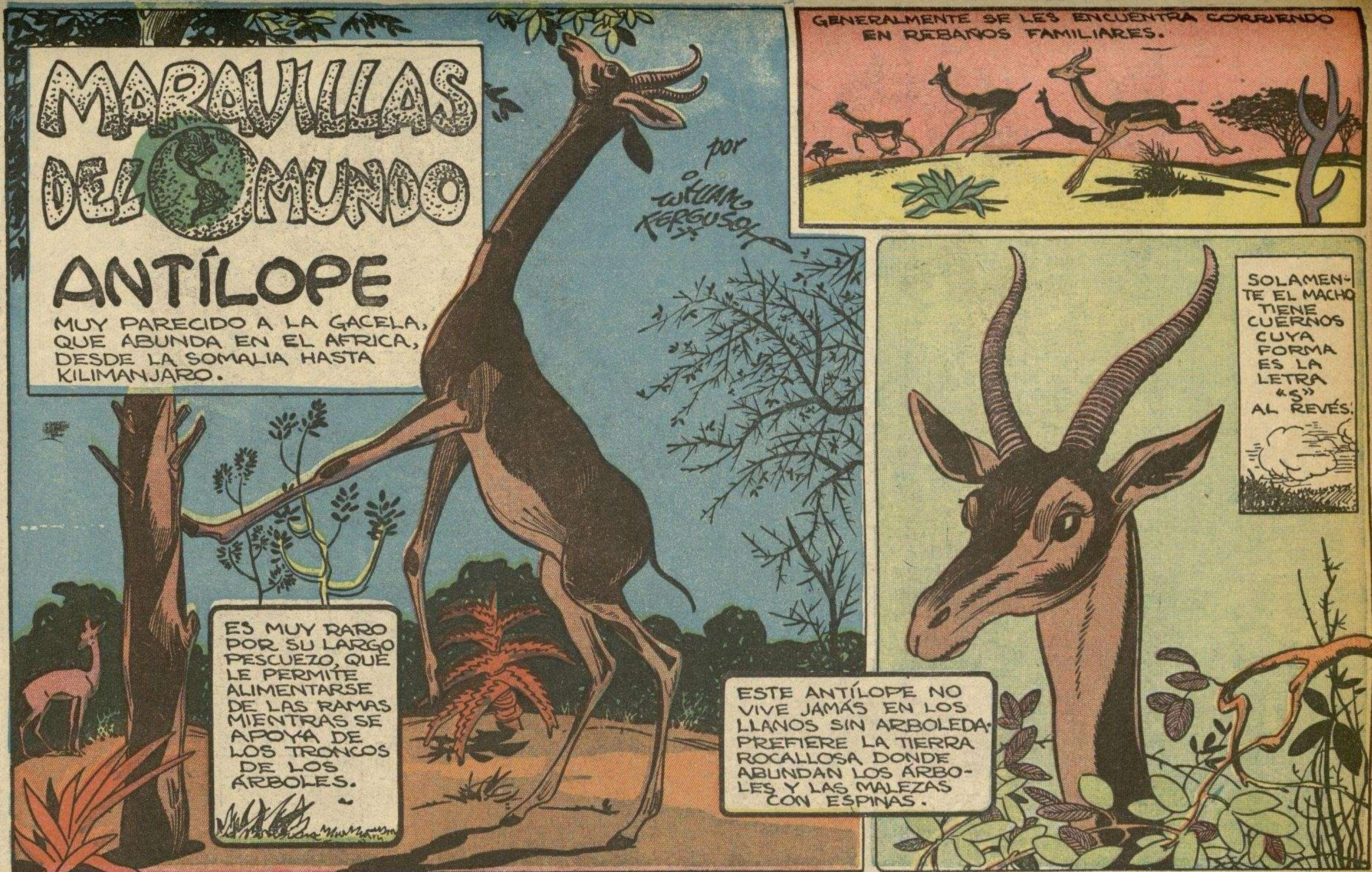
# EL LOCOARRIL POR FONTAINE FOX

CIRILO URDEMALES,  
EL BROMISTA PROFESIONAL



# MARAVILLAS DEL MUNDO ANTILOPE

MUY PARECIDO A LA GACELA,  
QUE ABUNDA EN EL AFRICA,  
DESDE LA SOMALIA HASTA  
KILIMANJARO.



ES MUY RARO  
POR SU LARGO  
PESCUZZO, QUE  
LE PERMITE  
ALIMENTARSE  
DE LAS RAMAS  
MIENTRAS SE  
APOYA DE  
LOS TRONCOS  
DE LOS  
ÁRBOLES.

ESTE ANTILOPE NO  
VIVE JAMÁS EN LOS  
LLANOS SIN ARBOLEDA.  
PREFIERE LA TIERRA  
ROCALLOSA DONDE  
ABUNDAN LOS ARBO-  
LES Y LAS MALEZAS  
CON ESPINAS.

SOLAMENTE  
EL MACHO  
TIENE  
CUERNOS  
CUYA  
FORMA  
ES LA  
LETRA  
«S»  
AL REVÉS.



# PECOSO Y SUS AMIGOS

Por Blosser





**T**ODOS los pueblos del orbe, o casi todos ante la serie de conflictos que vienen sacudiendo la paz desde principios de siglo, se creen predestinados a jugar un papel de honda ejemplaridad moral en el curso de los acontecimientos históricos; todos señalan las inconsistencias y defectos de otras naciones mientras se ufanan de sus propias virtudes sociales y políticas; casi todos se creen con derecho a predicar un camino de salvación a los demás y amonestan al vecino con máximas calculadas para aumentar la reputación, grande o limitada, de que gozan en el concierto de los países civilizados.

Sin embargo, la historia universal está llena de episodios que revelan las fallas de la responsabilidad humana aun en aquellas naciones poderosas que, en alguna época de su desenvolvimiento, han violado algún derecho y se han posesionado de lo que ambicionan, si necesario, por la fuerza. De esta participación en el credo de la violencia histórica no han podido escapar ni las tres potencias que en el presente se vanaglorian de ser las entidades más pacíficas de la tierra: Inglaterra, Francia y Estados Unidos.

Tal es la tesis que sostiene el Dr. Henry W. Lawrence, destacado profesor de historia y ciencias políticas del Colegio de Connecticut, Estados Unidos, que ha dedicado largos años al estudio de los problemas políticos y económicos del mundo. El Profesor Lawrence no deja de comprender el raro concepto de los valores históricos que lleva a cada país a creer que sus normas internacionales son las únicas buenas y las únicas que deben prevalecer; pero luego de repasar, con la frialdad del analista, los sucesos de los últimos cien años, se siente profundamente decepcionado y declara que la mayoría de las potencias tienen, cuando menos, varias páginas censurables en el capítulo de la conquista, aun cuando en tiempos posteriores hayan hecho lo posible por mantener una conducta diferente en sus relaciones con el resto de la familia humana.

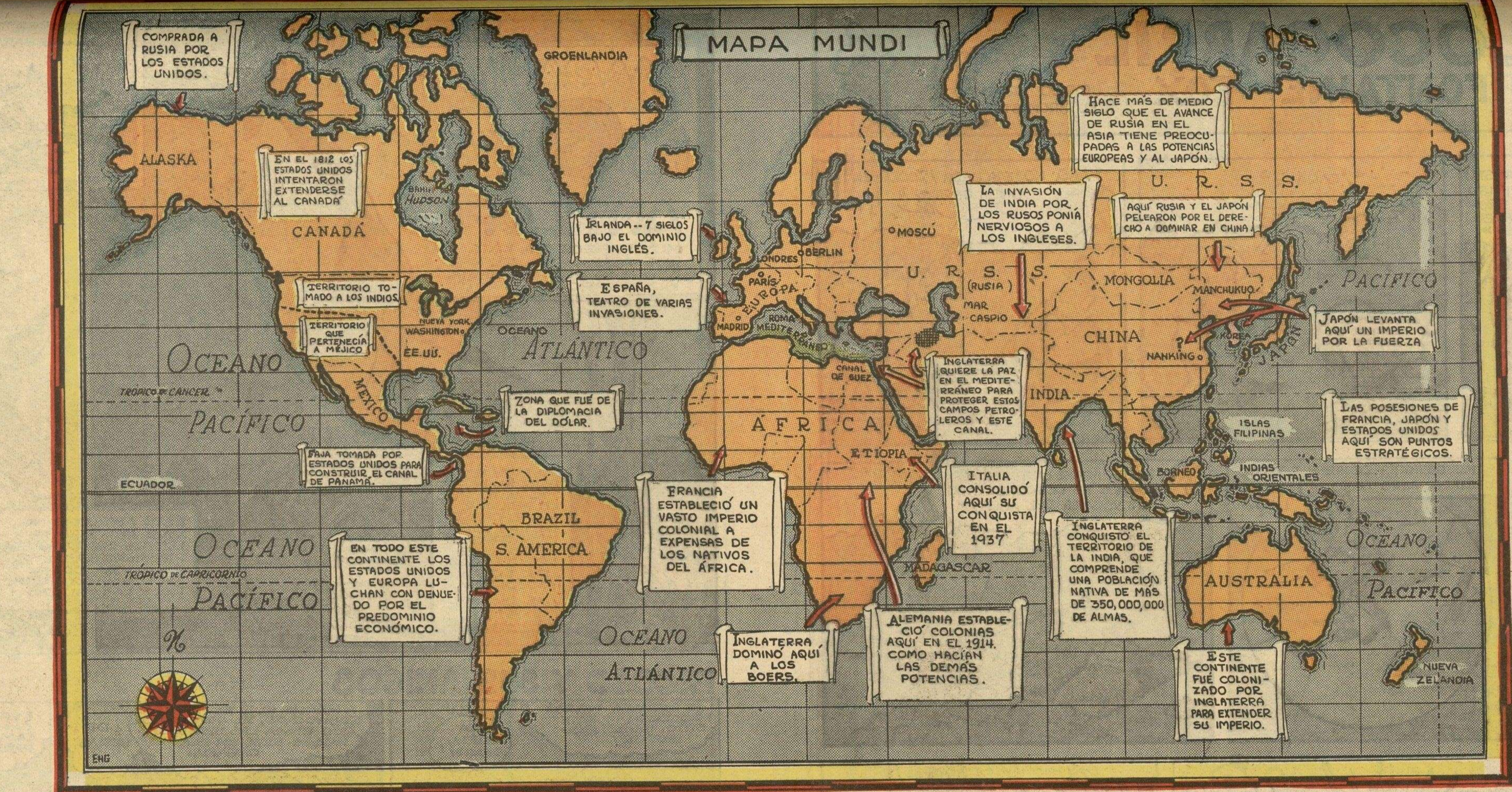
"Examinemos—dice—lo que nos enseña la historia, y no la historia elogiosa que cada país celebra con desfiles y discursos, sino las calamidades, las crueldades y los aspectos oscuros de las relaciones extranjeras de casi todas las naciones. Si del examen nos agrada lo que se refiere a otros países, y nos ofende lo que se refiere al nuestro, entonces lo más probable es que estemos sumamente necesitados de sus enseñanzas."

**R**EFIRIENDOSE a Francia, el Dr. Lawrence señala "la ciega ferocidad patriótica" que ha caracterizado a esta nación desde 1789. En su deseo de propagar las ideas revolucionarias, los caudillos del movimiento republicano prendieron la mecha de pólvora que había de incendiar a Europa, y llevaron a casi todos los pueblos del continente a iniciar revueltas contra los sistemas de gobierno que a la sazón tenían. En el 1798 Francia promulgó la famosa ley de alistamiento militar que exigía a todo varón hacer servicio en el ejército desde los 20 hasta los 25 años de edad. A poco de ponerse en vigor este estatuto, los demás países europeos adoptaron leyes parecidas.

En su afán de sojuzgar al mundo, Napoleón provocó una serie de guerras asoladoras que conmoveron los cimientos de la civilización occidental. A pesar del estruendoso fracaso de su campaña de conquista, y del trágico final del gran corso, no pasaron muchas décadas antes de que su descendiente, Napoleón III, intentara repetir las hazañas de aquél, culminando esta loca aventura en la derrota infligida a los franceses por Alemania en el 1870. Humillada por la frustración de su programa de conquista en el centro de Europa, Francia se dedicó entonces a establecer un vasto imperio colonial en África, Asia y las islas del Pacífico, sin olvidar un instante de la pérdida de Alsacia y Lorena, y cultivando siempre el pensamiento de la revancha.

"Esta sed de venganza—afirma el Profesor Lawrence—estimuló en el gobierno francés un deseo vehemente de provocar calamidades, hasta que se produjo la hecatombe de 1914, cuyas funestas consecuencias sólo fueron aplazadas por los tratados de 1919."

Contra el peligro de las ideas subversivas, Alemania se había estado preparando desde los días de Federico el Grande, apoyando su política extranjera, a



# LAS NACIONES y EL ESPIRITU de la CONQUISTA

igual que las demás naciones, en la palanca de la fuerza. Orgullosos del poder nacional ganado bajo el régimen de este emperador, los alemanes lograron fusionarse y consolidar la posición de su patria, resueltamente decididos a borrar de su historia el período de servidumbre en que vivieron a principios de siglo bajo el despotismo bonapartista.

"Desesperados,—apunta Lawrence—y arrepentidos del pecado imperdonable de la debilidad militar, los alemanes llegaron a creer que la política de Bismarck era indispensable para conquistar la elevada posición que su patria merecía. Fue Alemania una de las últimas naciones en entrar en la lucha por la posesión de colonias, pero se distinguió notablemente en el África por su sistema de explotación de los nativos. Sólo en medio de las derrotas que sufrió a la terminación de la guerra mundial, se decidió a realizar un breve experimento político basado en la paz. Los resultados inmediatos de esta política fueron tan desalentadores que más recientemente ha tendido que retornar al viejo apostolado de la fuerza."

**S**ERIA difícil determinar hasta qué punto el moderno militarismo alemán no responde a justificadas necesidades históricas. En el fondo, no se caracteriza, como el antiguo militarismo prusiano, por el dominio de las castas privilegiadas que ocupan todavía las posiciones más altas del ejército. Hoy, su fuerza motriz emana de la ideología na-

cionalista que representa el Partido Nazi, según la cual todos los alemanes de sangre aria, aun los que viven fuera de los límites geográficos del Reich, pertenecen a una misma comunidad étnográfica y espiritual, y son leales a un solo caudillo. El programa de reformas políticas, sociales y económicas del Nazismo no prescinde del empleo de la fuerza para realizar sus objetivos, aunque esa fuerza organizada no haya provocado, hasta la fecha, derramamientos de sangre en grande escala.

Para los alemanes, la fuerza es un escudo de defensa. Estiman que Inglaterra ha sido suficientemente astuta para predicar la santidad de los tratados, siempre y cuando que el cumplimiento de éstos no afecte sus intereses en algún rincón del planeta. Y puesto que estos intereses radican en el sostenimiento de su hegemonía comercial, la fuerza es uno de los métodos predilectos de que se vale para imponerlos dondequiera que planta su bandera. Practica la referida norma en los cuatro puntos cardinales del planeta, sin abandonar por un solo instante el fiel de la balanza en la política continental del centro de Europa.

Ante un gendarme tan formidable como Albión, los alemanes piensan que no es posible deponer las armas. El león británico infunde pavor y llena de aprensión a quien lo mira. Siete siglos de choques y odios en Irlanda; una alianza antisocial con los piratas de los tiempos

No existen Naciones buenas ni malas. La Historia nos enseña que las grandes potencias del mundo se apoderan de los territorios que necesitan para su desarrollo y que emplean la fuerza si les fallan otros medios. Así opina el Dr. Henry A. Lawrence, Prof. de Ciencias Políticas del Colegio de Connecticut, EE. UU.

Por R. Torres-Mazzoranna

de Elizabeth; los arduos de un sistema diplomático que ha despertado profunda desconfianza en las cancillerías europeas; el vasallaje total de India—estas son algunas de las responsabilidades que el Profesor Lawrence le anota a los ingleses.

De ahí que algunos observadores estimen que el militarismo alemán es una respuesta arrogante a las imposiciones del poder británico, por más que su radio de acción abarque también, según Hitler, la defensa de la cultura de Occidente contra el comunismo. Imparcialmente analizada la situación, puede decirse que los alemanes forman un bloque de granito cercado por enemigos de experiencia y convenios experimentales en el Mediterráneo, porque las fuerzas están niveladas; pero cuando esté convencida de que su establecimiento militar es preponderante en la ofensiva y en la defensiva, hay motivos para suponer que terminará

un dogma común y corriente de la política internacional?

¿No es la doctrina de la fuerza—se preguntan—la que se está practicando en las fábricas de armas y municiones, en los astilleros, en los aeródromos, de las primeras naciones del mundo, especialmente en la conservadora Inglaterra?

Cierto que, superficialmente, hay indicaciones de que los diplomáticos ingleses hacen esfuerzos por preservar la paz; pero la realidad, según otros, es que ellos quieren que la paz se funde en la conservación intacta de la supremacía inglesa. Ahora, dicen los desconfiados, la Gran Bretaña entretiene con promesas y convenios experimentales en el Mediterráneo, porque las fuerzas están niveladas; pero cuando esté convencida de que su establecimiento militar es preponderante en la ofensiva y en la defensiva, hay motivos para suponer que terminará

las conversaciones y utilizará con eficacia el método proverbial de los cañones.

Estos cañones son, a fin de cuentas, los que han empujado a Italia también a sus planes de reconquista. Humillada por Francia en Tunis; rechazada por los abisinios en Adowa hace 42 años; cogida entre dos fuegos por la conflagración de 1914; Italia abrazó el Fascismo como un principio de defensa y de lucha, guiada por el instinto de la conservación. Necesariamente interesada en el Mediterráneo, hubo de abandonar a sus aliadas Alemania y Austria en aquella guerra para unirse a Francia e Inglaterra, con la esperanza de que se le reconocieran ciertos derechos. Al repartirse el botín de ersalles, la dejaron sin nada, mientras la diplomacia franco-inglesa recibía las colonias arrebatadas a los poderes enemigos en África y Turquía.

A Italia se le iba de las manos lo poco que tenía en el Mediterráneo cuando surgió Mussolini, dispuesto a resucitar las glorias del imperio contra el principio de la hegemonía británica. Etiopía ha sido, en efecto, el primer ensayo formal de la nueva era de expansión europea, y cabe decir que las principales naciones que se opusieron—teóricamente nada más—a esta conquista, escasamente pueden sentirse autorizadas, a la luz de la historia, para censurar el hecho.

**C**LARO está que Inglaterra, en años recientes, ha intentado afianzar su

poderio probando fórmulas de dominio indirecto en su vasto imperio colonial; empero, este vasallaje disfrazado no tiene nada que envidiarle a los métodos directos de la conquista.

Aparte las violencias realizadas en Irlanda e India, de las cuales se hace eco el Profesor Lawrence, hay un punto estratégico del hemisferio oriental donde los ingleses—y también los holandeses—han desarrollado un sistema perfecto de explotación colonial: la península de Malaya. Sobre este vasto experimento imperialista acaba de publicar un libro el Profesor Rupert Emerson, de la Universidad de Yale, después de un año de estudio en las Indias Orientales.

Al sur de la referida península está situado el islote donde Inglaterra ha construido la primera base naval del mundo, la estación de Singapur. Desde esta plaza se domina el tráfico comercial de los países del remoto oriente, entre el Océano Índico y el Mar de China. Es la zona probable de la gran guerra del futuro, que se desatará a medida que aumente la turbulencia militarista en sus variadas formas allende las aguas del Pacífico. Un sin fin de fortalezas flotantes levantadas en un imperio económico internacional: Sumatra, Borneo, Java, Nueva Guinea, Australia, las Islas Filipinas, la Indochina Francesa. Miles de aviones de bombardeo; flotas que en total pueden agregar más de 700 unidades de combate; suficiente parque y combustible para sostener batallas que

Con estos bosquejos ilustrados basta para llegar a la conclusión, como ha llegado el historiador Lawrence, de que casi todos los pueblos del orbe han contribuido a la creación de un sistema de relaciones internacionales que deja bastante que desear, y que solamente podría asegurar la paz del mundo después de sufrir muchas modificaciones.

Elaboración: todos esos por subrayar a los nombres de otros doblados en las mismas y las plantaciones; indias y coquea importados por cientos de miles; malayos y mestizos de incontables razas que viven bajo la coacción imperialista de Inglaterra, Holanda y Francia.

Estas realidades históricas, mucho más sombrías que las de cualquier otro sector del mundo, nos revelan simultáneamente la naturaleza del conflicto que se avecina y los medios con que cuentan las naciones fuertes para hacer prevalecer sus demandas en el Oriente. Cinco naciones a cual más poderosa están abocadas a un conflicto armado de proporciones inconcebibles en las colonias de los Estrechos: Japón, Rusia, Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Ese conflicto puede estallar como consecuencia de una ruptura de hostilidades en Europa o puede surgir de la presente guerra sino-japonesa.

Porque la violencia de dos o tres naciones siempre trae la violencia de todas las naciones. La violencia de los tratados de 1919 ha hecho que Alemania e Italia, confrontadas con situaciones difíciles en su vida y en su radio de operaciones, busquen refugio en el Eje Berlín-Roma y se muestren dispuestas a cooperar con el Japón, ligándose así a los conflictos orientales a pesar de que su política carece de intereses allí. Por la misma razón, un movimiento militar contra Alemania o Italia en el que toma parte Rusia, enemigo natural de los japoneses, implicaría la participación inevitable de las demás potencias, en uno u otro bando, y en ambos hemisferios.

De todo lo cual se infiere que ninguna nación, ni aun los previsores Estados Unidos, pueden sustraerse a las complicaciones que rodean su política internacional. La neutralidad, el mero aislamiento, conforme recientes declaraciones del Presidente Roosevelt y de su Ministro de Estado el señor Hull, no han de impedir que la nación norteamericana haga uso de la fuerza para defender sus intereses en el punto más remoto de la tierra. Cosa que no podría ultrajar los escrúpulos del país, puesto que ya lo hizo en anteriores ocasiones.

Existe, además, para los Estados Unidos, el problema de los japoneses, que mantienen hoy, como fundamento de su política internacional, una filosofía de expansión apoyada por una organización militar eficientísima y de proporciones desconocidas. Al lado de estos modernos conquistadores, los rusos velan con codicia el territorio manchú, como en épocas anteriores velaban las inmediaciones de Constantinopla y las fronteras de la India inglesa.

**A**CERCA de Rusia, dice el Profesor Lawrence lo siguiente: "A pesar de ser el país más grande de Europa, Rusia se dejó llevar de su egoísmo para intentar la conquista de la mayor parte del Asia, y llegó a reclamar en Norte América un territorio que se extendía casi hasta la actual frontera de los Estados Unidos. Durante mucho tiempo constituyó una amenaza a la paz y la seguridad en varios puntos del mundo, notablemente en Constantinopla y en la frontera norte de la India Británica. Bajo el régimen de los bolshéviques no ha sido un factor de menos perturbación para sus vecinos."

Polonia, país eminentemente católico, le teme al avance rojo con justificadas razones históricas. Desde tiempo inmemorial, su soberanía nacional ha sido víctima de las agresiones externas, pero el recuerdo más imborrable del peligro moscovita data de fines del siglo 18, cuando se realizó el segundo desmembramiento de su territorio, bajo la presión de los ejércitos rusos, aunque con la aquiescencia de Austria y Prusia, que desde 1770 habían acordado el despojo a instancias de Federico el Grande. De allí en adelante, y más decididamente desde el Congreso de Viena, la lucha de los polacos por la libertad ha sido un holocausto. Hoy que la nación ha podido consolidar la independencia, tiene que prepararse para defender su soberanía, rodeada como está, por sus históricos invasores.

Con estos bosquejos ilustrados basta para llegar a la conclusión, como ha llegado el historiador Lawrence, de que casi todos los pueblos del orbe han contribuido a la creación de un sistema de relaciones internacionales que deja bastante que desear, y que solamente podría asegurar la paz del mundo después de sufrir muchas modificaciones.